Henry George Ward

MEXICO EN 1827

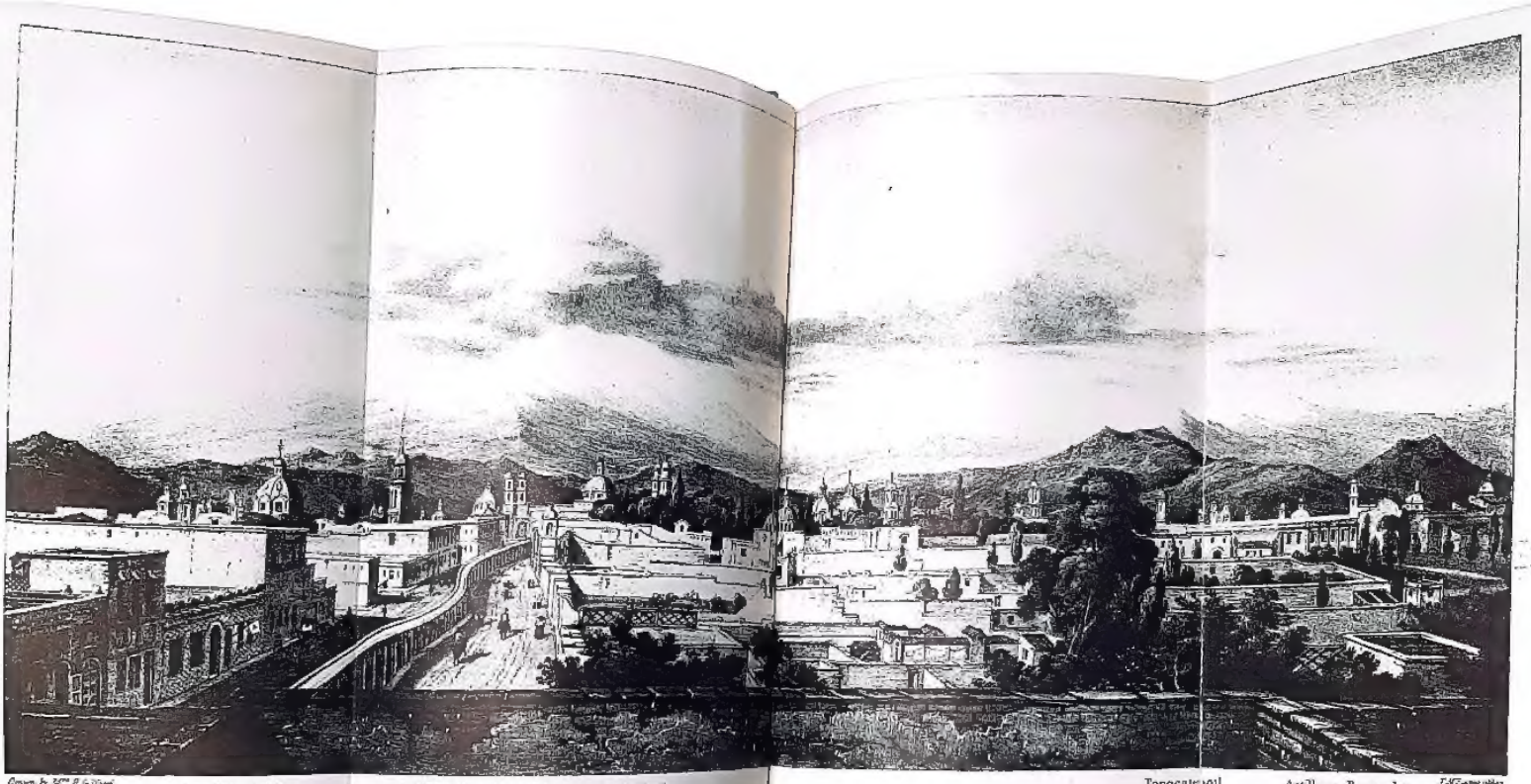
Biblioteca Americana

Proyectada por Pedro Henríquez Ureña
y publicada en su memoria

MÉXICO EN 1827

Traducción de

RICARDO HAAS



Drawn by Mr. H. G. Wood

San Juan de Dios — La Sta. Vera Cruz — Iztaccihuatl — Cathedral — Topocatepetl — Artillery Barracks

MEXICO.

Desde la azotea de la legion inglesa, en San Cosme.

H. G. WARD, *Esq.*

Encargado de negocios de Su Majestad en México
durante los años de 1825, 1826 y parte de 1827

MEXICO EN 1827

BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL
ESTADO DE JALISCO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1828
Primera edición en español, 1981

INSTITUTO DE BIBLIOTECAS

Biblioteca .....
No. Adquisición ..... 87134 .....
Factura .....
Fecha Entrega .....
Clasificación .....
Elem. No. ..... Vol No .....

BIBLIOTECA PUBLICA
DEL
ESTADO DE JALISCO

BPJ-050204

972.04
WAR
Ej. 1

© 1828, Henry Colburn, Londres.

D. R. © 1981, Fondo de Cultura Económica
Av. de la Universidad, 975; México 12, D. F.

ISBN 968-16-0645-0

Impreso en México

ESTUDIO PRELIMINAR

I

El libro de Henry George Ward, *México en 1827*, que ahora reseñamos en forma de prólogo, puede ser una deliciosa experiencia para la persona acostumbrada a la lectura de libros de viajes y un motivo de estudio para el intelectual dedicado a la investigación de la historiografía sobre viajes. Pero también seguramente causará asombro al lector que no sea aficionado o estudioso de la materia, pues se encuentra con un estudio serio y ameno a la vez de la realidad que prevaleció en México en aquella época. Entonces la curiosidad del lector se despierta y nace el deseo de saber por qué una persona ajena al país se interesó en estudiar a México y presentarlo ante el mundo a través de sus relatos.

Este libro puede satisfacer plenamente al lector que por curiosidad se interesó en él y, al mismo tiempo, ilustrará al intelectual que quiera estudiar a Ward como una expresión de su época. Creemos que ambos tipos de lectores, que en verdad quieran profundizar en el conocimiento del tema, deberán acudir a la historia en busca de la respuesta deseada, ya que, como afirma el doctor Edmundo O'Gorman, "en grandísima parte escribir historia es bello deporte de conjeturas. Lanzada alguna al campo de las opiniones, a veces alcanza la meta donde, tornándose en grave verdad, define el perfil de hombres y épocas 'tal como verdaderamente fueron' y son... para nosotros. No hay que renunciar nunca a la aspiración de fabricar verdades"...[1] "es que más llanamente somos eso, somos historia".[2]

II

Si acudimos a la ayuda de la historia, nos encontramos con que el deseo de visitar, estudiar y describir a México no fue una novedad que se le pudiera adjudicar al siglo XIX, ya que existe, según afirma el doctor Juan A. Ortega y Medina, "un vastísimo género literario viajero, a base del sujeto histórico México, que comenzado en el siglo XVI se ha prolongado hasta nuestros días, y que a la fecha, y a

[1] O'Gorman, Edmundo, *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Jalapa, Universidad Veracruzana, 1960, p. 182 (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras).

[2] *Ibidem*, p. 201.

juzgar por las trazas, aún no presenta síndromes de decrepitud o muerte".[3]

El deseo de aventura o simplemente el de satisfacer la curiosidad de conocer México no fue tampoco exclusivo de un país en particular, ya que tanto ingleses, como franceses, holandeses, alemanes, italianos, etc., lograron penetrar dentro del universo prohibido de las colonias españolas en el Nuevo Mundo, y de ello tenemos constancia en los relatos de sus viajes y aventuras; observaciones y documentos que para nosotros son importantes, ya que nos brindan la oportunidad de ponernos en contacto con la situación social, política, económica, religiosa y militar de las posesiones españolas en América.

Si bien no pretendemos en el presente estudio describir la historia de esta vastísima historiografía, sí quisiéramos reseñar, aunque sea en forma breve, el interés que motivó en los ingleses el afán por viajar a nuestro país; trabajo que nos servirá para comprender mejor el pensamiento de Ward como una expresión del siglo XIX.

Entre todas las colonias españolas, fue la Nueva España la que despertó mayor curiosidad en los viajeros anglosajones. Desde la centuria decimosexta existieron autores viajeros, trotamundos y hombres curiosos que trataron de penetrar en las nuevas colonias de América tan sigilosamente resguardadas por España.

Según afirma Ortega y Medina, "los ingleses del siglo XVI, viajeros por la Nueva España, pudieron hurtarse de la vigilancia paternalista española gracias a la favorable coyuntura política (1551-1580) que establecían en el panorama político-dinástico europeo los proyectos de Carlos V y Felipe II cara a Inglaterra: uncimiento de ésta al carro imperial y ultracatólico mediante enlaces matrimoniales tan caros a la política connubial habsburguiana: *Bella gerant aliis; tu felix Austria, nube.* Empero, cuando esta política fracasó, se cerró el postigo mercantilista para los ingleses, los cuales no pudieron en lo sucesivo penetrar en el coto colonial español salvo extemporáneamente, por mero azar o por fuerza mayor".[4]

Los viajeros británicos del siglo XVI satisficieron ante todo su deseo de conocer México y todas las novedades que el país les pudo brindar.

En el siglo XVII, Inglaterra se volvió más mercantilista y lo que buscó fue una preponderancia financiera. Por ello, al llegar al suelo novohispano los viajeros se fijaron tanto en las riquezas naturales como en las eclesiásticas y en las seglares.

[3] Brantz Mayer, *México, lo que fue y lo que es.* Prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. IX, Biblioteca Americana.

[4] *Ibidem*, p. VIII.

En el siglo XVIII se aminoró el interés anglosajón por Hispanoamérica, debido a las guerras que Inglaterra tuvo que sostener en tres continentes, sumadas a las de independencia en los Estados Unidos. Sin embargo, el tema de Hispanoamérica no pasó de moda para una serie de escritores, como William Robertson, que trataron de enjuiciarla a través de la razón, y a cuya luz España y sus colonias americanas fueron vistas más hacia el mal que hacia el bien.

El siglo XIX trajo la independencia de México y con ella el deseo de vivir sin ninguna clase de cordón umbilical. El viajero anglosajón que visitó México resintió los cambios que surgieron en el país, que fueron hasta cierto punto incomprensibles para él. "Por eso —afirma Ortega y Medina— tal vez el género literario anglosajón viajero, principalmente del siglo XIX, no hay muchas novedades ni originalidades; el inglés y el norteamericano seguirán viéndonos en lo esencial y constitutivamente medular como hijos o nietos más o menos espurios y degenerados de la vieja archidecadente España; y muy pocos, si bien los más observadores y, por lo mismo, los más brillantes y benévolos, serán los viajeros que logren desentenderse de este esquema previo para reflexionar por sí mismos, sin preconcepciones y sin prejuicios especialmente".[5]

Sin embargo, el número de obras escritas en este siglo superó a las de los siglos anteriores, ya que México como nación independiente abrió sus puertas al mundo. El *Ensayo político* de Humboldt, escrito a principios de siglo, también despertó en el europeo el deseo de visitar el país y de invertir en él en forma fácil para lograr muy fructíferas ganancias.

En el siglo XIX se formaron las grandes potencias económicas, entre las que se encuentran Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y Alemania. Todas estas potencias trataron de penetrar en aquellas partes del mundo en donde los elementos les eran propicios, y entre estos países se encontraba México, propicio por su atraso económico y, por lo tanto, campo adecuado para inversiones económicas. Empero, este objetivo no fue el único que tuvieron en mente los países desarrollados, ya que a través de sus miras de penetración económica también pensaron en la supremacía política. Debido a ello, el viajero del siglo XIX, que en muchas ocasiones fue fuente de información para su país, se fijó en caminos, inversiones bancarias, proyectos ferroviarios, aspecto social y político de la nación, etcétera.

En esta lucha por la penetración económica y política en Hispanoamérica se encontraron frente a frente Inglaterra y los Estados Unidos, la primera como potencia desarrollada y la segunda en pleno

[5] Brantz Mayer, *op. cit.*, pp. XI-XII.

proceso de crecimiento, "de aquí que en esta literatura viajera se pueda advertir el tema de la competencia y rivalidad económico-política angloamericanas frente a Hispanoamérica en general y en particular cara a México".[6]

III

La rivalidad que existió entre los Estados Unidos e Inglaterra fue motivo de estudio para varios historiadores que analizaron la situación, pero siempre con simpatía hacia uno de los bandos.

John E. Dougherty, de la Universidad de California, estudió el problema de la rivalidad angloamericana en un artículo que tituló "México, manzana de discordia entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos".[7] El autor de esta publicación se basó en la opinión de J. Fred Rippy[8] para afirmar que la diplomacia yanqui difundió ante todo la democracia, la paz y la libertad de comercio. Los norteamericanos se sintieron desde entonces como los protectores del Hemisferio Occidental ante cualquier agresión europea, y ya en el año de 1820 pretendieron establecer una hegemonía política sobre Latinoamérica.

Dougherty consideró que la Gran Bretaña, a diferencia de los Estados Unidos, tenía intereses de tipo económico y quería establecer un imperio de tipo comercial, mas no territorial, pues deseaba conseguir relaciones comerciales lucrativas, para lo cual contaba con un avanzado grado de industrialización y el suficiente capital. Es interesante hacer notar cómo este objetivo económico de la Gran Bretaña le proporcionó, en forma indirecta, la influencia política en los países con los que comerciaba; es más, a raíz de que Inglaterra obtuvo en 1810 el permiso de España para comerciar con sus colonias en América, se colocó en una situación tan dominante que le permitió impedir que cualquier otra nación europea pudiera intervenir. Fue así como se enfrentaron dos gigantes, los Estados Unidos en busca del dominio político sobre Latinoamérica y la Gran Bretaña en busca de un imperio comercial.

John E. Dougherty creyó que la Gran Bretaña, ya que no tuvo miras expansionistas, pudo aceptar el derecho legítimo de México para elegir su propio gobierno y su propia forma de vida y, por el

[6] Brantz Mayer, *op. cit.*, p. xv.

[7] Dougherty, John E., "México, manzana de discordia entre Gran Bretaña y los Estados Unidos", *Historia Mexicana*, núm. 74, octubre-diciembre, 1969.

[8] Rippy, J. Fred, *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America*. Baltimore y Londres, 1929. Citado por Dougherty, *op. cit.*, p. 159.

mismo motivo, optó por no intervenir en los asuntos internos de la nación. El interés de los Estados Unidos era territorial. Su pueblo estaba convencido de que tenía un "destino manifiesto" para ocupar y poseer el continente norteamericano. También se consideraba como el guía de un grupo de naciones con intereses comunes que los separaban de Europa. Los Estados Unidos eran una nación continental con ambiciones continentales: esperaban establecer su hegemonía sobre el continente norteamericano hasta Panamá, y México era uno de los principales obstáculos para realizar sus ambiciones. En sólo 25 años los Estados Unidos lograron algunos de los territorios anhelados. México fue la víctima. Con todo, en el quinquenio 1822-1827 sufrieron un revés. "Por otra parte, la Gran Bretaña era una nación universal cuyos intereses eran principalmente comerciales. Hizo esfuerzos tendientes a conseguir influencia política y financiera en México, a fin de poder crear un ambiente que aumentara las oportunidades para hacer negocios; la Gran Bretaña no tenía ambiciones territoriales en México y fue, más que los Estados Unidos, la primera garantía de independencia en México y las otras repúblicas latinoamericanas durante este período. Canning creía que una forma de gobierno monárquica promovería la estabilidad política en México, pero sólo apoyaría esa medida en caso de que no se opusiera al deseo de la mayoría. Los diplomáticos británicos tenían instrucciones en cada caso de no hacer nada para establecer una monarquía. En suma, en los años de 1820 la política de la Gran Bretaña fue mucho más favorable al porvenir de México, que la política de los Estados Unidos".[9]

No podemos menospreciar los esfuerzos del escritor antes mencionado al negar los verdaderos intereses políticos de Inglaterra en México; sin embargo, creemos que ni Dougherty ni cualquier otro escritor simpatizante de la política de Inglaterra pudieron ocultar el ahínco reprimido de la Gran Bretaña por fomentar en México un sistema de gobierno monárquico; en consecuencia, podemos afirmar que México fue efectivamente "manzana de discordia" entre dos potencias, que trataron cada una a su manera de infiltrarse tanto en su economía como en su política.

En 1823, Canning formó una comisión compuesta por Lionel Hervey, Henry George Ward y Charles T. O'Gorman para investigar las condiciones existentes en México con vista a negociar un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre México e Inglaterra.[10] "Canning afirmó, además, que la política futura de la Gran Bretaña

[9] Dougherty, *op. cit.*, pp. 186-187.
[10] *Ibidem*, p. 170.

en relación con México dependería únicamente de las respuestas que Hervey obtuviera a las siguientes preguntas:

1) El gobierno así constituido ¿ya notificó en algún acto público su determinación de permanecer independiente de España y de no admitir que la Madre Patria intervenga en nada?

2) ¿Se encuentra en posesión militar del país y en una condición militar respetable para defenderse de cualquier posible ataque de Europa?

3) ¿Ha obtenido un grado razonable de consistencia y goza de la confianza y buena voluntad, en todos los aspectos, de la gente?

4) ¿Ha repudiado y abolido la esclavitud? [11]

Joel R. Poinsett llegó a México como ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en 1825, poco tiempo después de que México y la Gran Bretaña empezaron a negociar el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación ya mencionado. El objetivo primordial de Poinsett fue ajustarse a los principios de la doctrina Monroe, pero al cabo de algunos meses decidió utilizar cualquier táctica para echar a perder la influencia británica en este país.

El arribo de Poinsett a México marcó el principio de la lucha diplomática que entre él y Ward se libró en suelo mexicano por establecer su hegemonía conforme a objetivos nacionalistas. Esta contienda tomó mayor auge después de que la Gran Bretaña y México firmaron en Londres el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación; este tratado no contenía ninguna cláusula que permitiese a México dar ventajas comerciales a ninguna otra nación latinoamericana, pero sí permitía la libertad religiosa, tanto para los ingleses residentes en México como para los mexicanos que viviesen en la Gran Bretaña.

Poinsett estaba molesto porque Ward y Morier se le habían adelantado y sentía que el presidente Guadalupe Victoria parecía ser adicto a los ingleses y que favorecía a Europa mostrando, a la vez, inclinaciones antiyanquistas. Las instrucciones que había recibido de Clay eran precisas: "Hacer adeptos hacia el sistema democrático estadounidense; defender la doctrina Monroe contra la tendencia mexicana de concertar alianzas con Europa; reivindicar el prestigio de los Estados Unidos en donde hubiese velado o manifiesto protectorado británico; insistir en el principio de la 'nación más favorecida' comercialmente cuando el gobierno de México otorgara

[11] Canning a Harvey, 10 de octubre, 1923, F. O., vol. 3, pp. 1-15. Citado por Dougherty, *op. cit.*, p. 171.

concesiones recíprocas a los estados hispanoamericanos; protestar contra cualquier ley perjudicial al comercio de Norteamérica; oponerse a los ardientes intentos de México sobre Cuba y adquirir territorio mexicano en el momento más oportuno".[12]

Poinsett se olvidó pronto de sus instrucciones y empezó a mostrar su agresividad tomando parte activa en la política mexicana. Logró atraer a gran parte de los legisladores mexicanos mediante la organización de logias de rito yorkino. El charlestoniano trató a toda costa de firmar un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Alamán.

Mientras tanto, Henry George Ward, "ni tardo ni perezoso, se ganó a la sociedad mexicana poniendo a disposición de las autoridades eclesiásticas su carruaje para conducir al templo de la Santa Cruz la venerada imagen de Nuestra Señora de los Remedios",[13] y no sólo eso, sino que empezó a gastar dinero a fin de asegurar que la influencia británica predominara e hizo de su casa un sitio de reunión para el partido que se oponía a los masones yorkinos apoyados por Poinsett, al que Ward veía más como un dirigente de un partido mexicano que como el ministro de una potencia extranjera. Si pecásemos un poco de sarcásticos, podríamos denominar a esta contienda como la lucha entre el té y el café. En este debate Ward gastó muchísimo dinero al tratar de contrapesar la creciente influencia de Poinsett. Canning aprobó por escrito las acciones de Ward opuestas a las actividades del norteamericano, pero jamás trató de aprobar y rembolsar los gastos adicionales, que según opinión de Ward fueron necesarios para mantener la influencia política suficiente a fin de proteger los intereses comerciales británicos. Se le tachó de extravagante y se le comunicó su retiro; lo único que Ward logró ganar fue que se le permitiera permanecer en México hasta la llegada de su sucesor Richard Pakenham.

Eduardo Enrique Ríos definió a Poinsett como "leal servidor de los intereses políticos, comerciales e imperialistas de su país; fiel intérprete de los propósitos de los hombres que guiaban el destino de su pueblo y producto de una época enferma de expansionismo, de ardor por la libertad, la democracia y el desenvolvimiento comercial... a un tiempo víctima y villano, por cumplir, bien que en perjuicio ajeno, la obligación que le había sido impuesta, de darle batalla a la Gran Bretaña en el Nuevo Mundo, y procurar por todos los medios el acrecentamiento territorial de los Estados Uni-

[12] Poinsett, J. R., *Notas sobre México*. Prólogo y notas de Eduardo Enrique Ríos. México, Editorial Jus, 1950, p. 27.
[13] *Ibidem*, p. 27.

dos".[14] Creemos que estas mismas palabras nos servirían para definir a Ward, con la salvedad de que nuestro personaje, al cumplir con su misión, lo hizo en perjuicio de su propia persona. Ward fue en nuestro país, en última instancia, un triunfador contra el enemigo, pero un derrotado en su propio campo.

IV

En su libro *México en 1827*, H. G. Ward aparece como una combinación de diplomático e historiador viajero, fiel a los intereses de su patria y de su siglo. Viajó a México con la imagen que de este país le habían proporcionado las lecturas de las obras de Robertson y del barón de Humboldt, entre otros autores. Sin embargo, a medida que conoció mejor la nación, se alejó de muchas ideas preconcebidas y formó sus propias concepciones; es más, trató de actualizar algunos de los temas que escribió Humboldt, para poder establecer una comparación entre el México de 1803 y el México de 1827. Fue así como, en algunos conceptos, no estuvo de acuerdo con sus maestros intelectuales; por ejemplo: observó que Humboldt habló con inexactitud sobre el clima y las minas de México. Ward no se dedicó a copiar lo que había leído en los libros de otros viajeros, sino que trató, ante todo, de escribir su propia vivencia y su sentir personal; se interesó en la naturaleza de México, así como en la producción, economía, religión, política e historia del país, dentro de la cual ahondó especialmente a fin de estudiar las causas de lo que él llamó la revolución americana, ya que consideró este tema de interés profundo y universal.

Cada uno de los asuntos antes mencionados podría ser motivo de estudio independiente, que en el caso de explayarnos más ocasionaría que ese prólogo dejara de ser breve, hasta convertirse de por sí en un libro. Por tal motivo creemos conveniente seleccionar exclusivamente los tres siguientes:

1) ¿Por qué escribió Ward su libro *México en 1827*?
2) ¿De qué técnica de investigación se valió Ward para escribir su libro?
3) Ward como historiador.

Una vez que hayamos esbozado los temas anteriores, sentiremos que siquiera hemos dado el primer paso en el estudio de este libro

[14] Poinsett, J. R., *op. cit.*, p. 31.

y dejaremos que los siguientes sean dados por los lectores interesados en el examen del mismo.

Ward fue un diplomático inglés, consciente de la tarea que se le había otorgado y dispuesto a cumplirla a pesar de todas las dificultades que se le presentaron. Consideró que, en realidad, se había prestado muy poca atención a los asuntos americanos y, por lo tanto, quiso hacer un estudio sobre México en lo particular, que sirviese como fuente de información a los capitalistas ingleses, con el objeto de lograr que se interesasen en los productos de México. En consecuencia, creemos que uno de los motivos principales que lo llevaron a escribir *México en 1827* fue recalcar la importancia que, desde un punto de vista económico, podría representar para el capitalista británico el hecho de que Inglaterra se convirtiese en país manufacturero de la materia prima mexicana. Por ello su interés se dirigió hacia las empresas y las operaciones que implicaban inversión de capital británico en cantidades muy elevadas. Especialmente le interesaron las minas, "cuya importancia, tanto para la Nueva España como para Europa, ha sido uno de mis principales objetivos", "ya que es a las minas a donde debemos dirigir nuestras miradas como fuentes de todo mejoramiento futuro de México".

En un principio, esta investigación la llevó a cabo por curiosidad y después como un deber público, puesto que le habían transmitido órdenes de Su Majestad para que tratara de determinar la cantidad exacta de plata producida y exportada durante los últimos treinta años.

La relación la debería enviar al gobierno junto con una estimación de la probable producción futura; por tal motivo, se vio obligado a estudiar todo lo relacionado con la minería de la manera más profunda que le fue posible. "Trataré, por medio de una declaración llana de las ventajas y desventajas de los lineamientos seguidos, de mostrar la naturaleza de las esperanzas que todavía se pueden tener razonablemente con respecto al resultado."

Henry George Ward también intentó, a través de su libro, fomentar la inmigración inglesa a México: "Este país fácilmente podría absorber la totalidad de la población excedente de la Gran Bretaña."

En resumen, podemos decir que el diplomático inglés trató, por todos los medios posibles, de incrementar la economía y la política de su país en México, a través de una fuerte inmigración inglesa, para lo cual hacía ver a sus compatriotas las ventajas que tendrían al invertir en las minas mexicanas, o bien los interesaba en otro tipo de productos mexicanos que no fuesen plata o metales. *México*

en 1827 también fue una advertencia a los ingleses para que no perdiesen el tiempo, si es que pensaban invertir en México, ya que, de no ser así, serían los Estados Unidos los vencedores en esta "carrera".

Ward se sintió como un misionero decidido a lograr un buen entendimiento entre México e Inglaterra: "Si he tenido éxito en este intento, mi recompensa consistirá en la satisfacción de pensar que las labores de estos últimos seis meses puedan tender a consolidar el buen entendimiento entre la Gran Bretaña y México, cuya promoción durante los dos años anteriores ha sido mi mayor anhelo."

Para poder llevar a cabo su estudio, Ward se documentó en libros de viajeros que habían venido con anterioridad a México, en libros escritos por historiadores mexicanos como Carlos María de Bustamante y en sus propias observaciones, producto de sus viajes al interior de la República. Trató de conseguir y recopilar la mayor cantidad de datos disponibles respecto a la producción anterior de las minas, se puso en comunicación con los directores de diferentes compañías y visitó personalmente los distritos mineros más cercanos a la capital.

Ward se quejó, en varias ocasiones, de las dificultades que tuvo que vencer para poder llegar a cierto tipo de fuentes en busca de los datos necesarios. Sin embargo, siempre procuró conseguir los documentos, que para él eran más importantes que tantas teorías resultado de opiniones personales. "Ha sido extremadamente difícil —comentó Ward—, durante los últimos tres años, obtener en México datos suficientemente exactos para garantizar cualquier opinión definitiva"; "los registros de los diferentes puestos han sido muy irregulares durante los últimos tres años". Y en páginas posteriores vuelve a escribir: "Debó asentar la premisa de que los datos en que han de basarse cálculos como éstos, dada la situación actual de México, son demasiado escasos para admitir la posibilidad de obtener resultados exactos."

El diplomático inglés no se dedicó únicamente a la recopilación y selección de documentos sino que, a veces, también le interesó la opinión emitida por otras personas sobre cualquier problema o acontecimiento. Así, por ejemplo, en una ocasión escribió: "He oído decir, inclusive a españoles, que las relaciones publicadas en ese tiempo de sus confesiones y de su pretendida penitencia fueron inventadas." Cuando se refirió a Guadalupe Victoria, dijo: "La unánime evidencia de sus compatriotas confirma la verdad de sus sufrimientos, tal como frecuentemente lo he oído de su propia boca." En fin, trató de documentarse por todos los medios posibles con

objeto de escribir un libro que estuviese basado, más que nada, en datos serios que se pudiesen comprobar. "Mi objetivo debe consistir en reunir la mayor información posible en mi trabajo actual y así hacerlo independiente de aquellos que lo han precedido, por el expediente de entrar en detalles cuyo conocimiento no podría obtenerse de otras fuentes, sin una perpetua y agobiante referencia a autoridades, que en su mayoría no están al alcance del público en general." Sin embargo, y a pesar de la advertencia anterior, nos encontramos en el libro con una copiosa cantidad de citas bibliográficas intercaladas en el texto o en forma de notas al pie de página, lo que nos permite darnos una idea del material con que contó Ward para poder escribirlo. Fue el producto tanto de una ardua investigación, de un constante interrogatorio a libros, documentos y personas como, finalmente, de las conclusiones personales del autor.

Como podemos advertir a través de esta obra, Ward fue un diplomático y un investigador consciente de sus obligaciones, pero también fue un historiador inquieto que vio al México de su tiempo como una consecuencia de su pasado, es decir, de su historia. En *México en 1827* Ward fue un historiador en busca de la verdad, que en algunas ocasiones intentó verla objetivamente, como cuando le pidió al lector que desechase opiniones concebidas a la ligera, ya "que hacen que tan frecuentemente se distorsione el juicio y bajo cuya influencia es inútil la búsqueda de la verdad, e imposible llegar a obtenerla". Pero en otras ocasiones, esta verdad se convirtió en subjetiva, como cuando escribió sobre la utilidad de su trabajo: "Su probable importancia se puede deducir más fácilmente de los hechos que trataré de englobar en el presente trabajo, a fin de permitir a mis lectores que se formen sus propias conclusiones sobre datos cuya autenticidad me he esforzado por verificar plenamente." Es decir, Ward aceptó la existencia de una verdad absoluta y objetiva, pero también se dio cuenta de que era imposible llegar a ella, ya que cada persona tenía su verdad, y por lo tanto quiso brindar a sus lectores la oportunidad de fabricar sus propias conclusiones o verdades. Tampoco pudo aspirar a una verdad objetiva, pues, por ejemplo, "al hablar de sucesos tan recientes como el ascenso y la caída de Iturbide, es difícil llegar a la verdad exacta, particularmente donde todas las cosas están distorsionadas por el partidarismo." Y, por último, se vio impedido de llegar a la verdad objetiva "porque ha sido extremadamente difícil, durante los últimos tres años, obtener en México datos suficientemente exactos para garantizar cualquier opinión definitiva. Por consiguiente, con frecuencia me será imposible

demostrar a satisfacción lo correcto de las conclusiones que me sienta inclinado a sacar, aun cuando las apariencias generales sean suficientemente fuertes para justificarlas ante mí mismo."

Una vez que Ward aceptó la imposibilidad de llegar a la verdad objetiva reconoció también que, a pesar de todos sus esfuerzos por "evitar hasta donde es posible todas las teorías y presentar lo que ha sido como el mejor criterio de lo que nuevamente puede ser", no pudo en su obra alcanzar el análisis exacto, sino más bien se tuvo que conformar con una estimación razonable; reconoció que sus observaciones "son meramente una opinión privada, pero como tal las someto a la consideración de mis lectores, quienes les darán mucha o poca importancia, según crean que lo merecen."

Ward se consideró un observador objetivo, pues era "persona deseosa de presentar ante el público un panorama imparcial del estado actual y de las capacidades de México", como si el ser imparcial fuera una cualidad humana o existiese en el devenir humano. En otra ocasión escribió que se esforzó "por presentar una visión justa y desapasionada". Debemos hacer notar que Ward aceptó la idea de partidarismo, pero no se la quiso aplicar a sí mismo, ya que se consideró un observador imparcial. Creemos que esta actitud tuvo en él una razón de ser, desde el momento en que aceptó la imposibilidad de llegar a la verdad absoluta por los motivos antes descritos y tuvo que hacerse de una razón lo suficientemente fuerte que respaldase su trabajo, y esa razón fue la imparcialidad. Ésta le sirvió de garantía ante sus compatriotas, ya que le brindó la oportunidad de relatarles las ventajas y desventajas de este país; también le cayó como anillo al dedo cuando sacó sus conclusiones sobre los acontecimientos históricos de México y le ayudó, asimismo, a disfrazar sus verdaderos sentimientos hacia la República Mexicana, ya que como observador imparcial no se debería dejar influir por el espíritu de ningún partido.

Es ahora cuando nos toca preguntar: ¿Existe la imparcialidad? ¿Pudo Ward ser un historiador imparcial? Creemos que al tratar de responder a estas preguntas es cuando nos damos cuenta de que Ward, como historiador, entró en una franca contraposición de ideas, ya que no quiso o no pudo reconocer que el ser subjetivo hacía a una persona parcial. Llegamos, pues, a la conclusión de que H. G. Ward fue un viajero que vio en México lo que le convino, un diplomático que trató de ganar para su país todas las prerrogativas político-económicas y un historiador que presentó la problemática y la realidad mexicana tal y como a él le convenía que el mundo anglosajón la entendiese.

Por último, queremos agradecer, desde aquí, al doctor Juan A. Ortega y Medina el haber despertado en nosotros el interés por el estudio de esta obra y el habernos alentado a la elaboración de este prólogo.

MATY F. DE SOMMER

PREFACIO

Es difícil, para una persona deseosa de presentar ante el público un panorama imparcial del estado actual y de las capacidades de México, determinar exactamente en qué punto comenzar su cometido. Hace tres años, no se ponía en tela de juicio nada que pudiera tender a encarecer la opinión en boga acerca de sus recursos, Ahora, las aserciones más cautelosas son recibidas con una sonrisa, y los hechos, por bien demostrados que puedan estar, difícilmente se admiten como tales si van contra una opinión preconcebida. Este estado de cosas es probablemente consecuencia natural de la ventaja obtenida cuando las barreras que durante tanto tiempo separaron al Viejo Mundo del Nuevo fueron inicialmente removidas por algunos hombres guiados sólo por su entusiasmo, y por muchos que, al mismo tiempo, no tenían mejor objetivo que aprovecharse de ese entusiasmo ajeno. Unos y otros contribuyeron, infortunadamente, a excitar la imaginación de los ignorantes, presentando ante ellos un estado de cosas que no tenía ningún fundamento ni en la naturaleza ni en la verdad.

Vista a través de una esperanza ilusoria, la América Española no presentaba más que perspectivas ventajosas. Un éxito grande e instantáneo habría de acompañar allí a toda empresa, sin tener que utilizar aquellos medios de los que depende el éxito, según la experiencia del mundo lo ha demostrado hasta ahora. Del tiempo, de la industria, de la perseverancia, de un conocimiento del escenario en donde habrían de comenzar las operaciones, de los hombres que las habrían de dirigir, del idioma y de las peculiaridades del país en que se iban a llevar a cabo; de todo esto se decía que eran consideraciones de poca importancia; se argüía que sólo hacía falta capital; y los hechos, importantes por sí mismos, se torcían y tergiversaban tanto a fin de favorecer esta teoría, que, cuando se demostró su falacia, se vinieron abajo junto con la superestructura a la que habían servido de base.

La credulidad sin paralelo entre los desilusionados fue seguida por una obstinada incredulidad. Los estados y las aventuras trasatlánticas fueron objeto de una condenación indiscriminada; y hoy en día, las empresas de mayor utilidad pública son estigmatizadas como pompas de jabón, porque, durante un período de especulación desenfrenada, posiblemente las pompas de jabón fueron recomendadas de igual manera a la atención del público.

Es posible que, de un examen más detenido del tema, podamos deducir que las ilusiones de 1824 y el desaliento de 1828 se originan en la misma causa, a saber, la falta de datos apropiados para normar nuestras opiniones. La esperanza de poder ser capaz de suministrar estos datos, con respecto a una muy interesante porción de los anteriores dominios de España, me ha inducido a emprender la presente tarea.

Si en su ejecución me he excedido de aquellos límites a que usualmente están confinados trabajos de naturaleza efímera (como deben serlo todos los relatos de un país nuevo y en desarrollo), debo alegar como excusa la imposibilidad de suponer a la generalidad de mis lectores familiarizados con alguna parte de mi tema, sin volver ininteligible lo que tengo que comunicar con respecto al resto.

Es tan poca la atención que se ha prestado hasta ahora a los asuntos americanos, que generalmente me encuentro con que los vastos territorios ahora distribuidos entre los nuevos estados están clasificados como provincias o condados pertenecientes a un reino y no como imperios que ocupan la mitad de un mundo. Repetidamente se me ha preguntado, desde mi regreso a Inglaterra, si es correcta la descripción de las Pampas hecha por el capitán Head, a pesar de que México se encuentra 19 grados al norte del ecuador y Buenos Aires 34 grados al sur del ecuador, en tanto que hombres muy leídos y bien informados sobre cualquier otro tema se han extrañado de que yo, después de una residencia de tres años en la capital de la Nueva España, no estuviera íntimamente familiarizado con la situación en Lima y Santiago, Bolivia y Bogotá.

En estas circunstancias, he pensado que mi objetivo deberá consistir en reunir la mayor información posible en mi actual trabajo y hacerlo así independiente de aquellos que lo han precedido, por el expediente de entrar en detalles cuyo conocimiento no podría obtenerse de otras fuentes sin una perpetua y agobiante referencia a autoridades que en su mayoría no están al alcance del público en general.

Por ejemplo, además del *Essai politique* del barón de Humboldt, a quien he expresado mi reconocimiento en otro lugar, me he valido extensamente de *El Español,* cuyo elocuente autor, el señor Blanco White, ha reunido no sólo la más curiosa colección de papeles de Estado existentes hoy día sobre el período en que empezó a aparecer la inclinación a la independencia en las colonias españolas, sino también un cúmulo de reflexiones sobre asuntos americanos, tan moderadas, tan juiciosas y tan admirablemente adaptadas a las circunstancias de la época que, si sus consejos hubiesen sido escuchados

por las partes en contienda, podrían haberse evitado no pocas de las calamidades que desde entonces han caído sobre ellas.

Igualmente me he valido con liberalidad, en mi bosquejo de la revolución, del *Cuadro histórico* de don Carlos Bustamante, así como de Robinson, Brackenbridge, y de muchos otros trabajos publicados en los Estados Unidos y muy poco leídos en Inglaterra; y de cada uno de ellos he tomado todo lo que, según mis propias observaciones, me pareció correcto.

Se verá, así lo creo, que el conjunto indica con suficiente claridad las causas de la revolución americana; y éstas, a su vez, son la mejor garantía de su estabilidad.

El tema es de interés profundo y universal, ya que de la duración del nuevo orden de cosas dependen las perspectivas de los nacientes estados. La revolución ha afectado no solamente sus relaciones políticas, sino también sus relaciones comerciales con el resto del mundo; su influencia se ha extendido a su agricultura y a su minería, y a ambas, después de haberlas amenazado con la aniquilación total, les ha dado nuevo impulso, abriéndoles un campo nuevo y más extenso. Pero sólo la libertad puede curar los males que ha causado la lucha por la libertad y, por consiguiente, determinar la probabilidad de su permanencia en un primer paso hacia la consideración de sus efectos.

Me he esforzado por averiguar cómo han influido en México esas causas sobre cada ramo de los grandes intereses del Estado, pero más particularmente sobre las minas, cuya importancia, tanto para la Nueva España como para Europa, ha sido uno de mis principales objetivos.

Ya que mis puntos de vista sobre este tema difieren de manera radical de los que generalmente se sostienen, creo de justicia declarar, abiertamente y sin reservas, que el puesto que tuve el honor de ocupar en México hacía imposible que me interesara en el resultado de las empresas que me rodeaban, excepto de aquellas operaciones en las cuales, según mi impresión, se había invertido capital británico en cantidades muy elevadas.

Nunca he poseído una sola acción minera; y sin embargo, debido a circunstancias mencionadas en el cuerpo de mi trabajo, probablemente haya visto más acerca de las minas de la Nueva España y tenga en mi poder mayor información con respecto a sus anteriores productos, que la mayoría de aquellos cuyas fortunas dependen del resultado del actual intento para que sean trabajadas por capital extranjero.

Con respecto a mi opinión sobre sus actuales perspectivas, el pú-

blico ya tiene ahora en su poder los datos en los que ésta se funda y podrá rectificar cualesquiera errores en que yo pueda haber incurrido inadvertidamente.* Convencido de que todas las compañías mineras deberían desear la publicidad como única garantía contra las sospechas que tan frecuentemente han socavado su crédito, he expuesto ante el mundo, sin reservas, la información completa que tengo ahora en mi poder con respecto a ellas, junto con mis propias observaciones sobre la manera en que sus negocios han sido dirigidos. Confío en que el resultado será que produzca la impresión de que estas grandes empresas han sido dirigidas hábilmente en su mayoría y todas honestamente; que si se han cometido errores, han sido errores extremadamente difíciles de evitar y que, a pesar de que las inversiones son grandes, la magnitud del objetivo (demostrada con documentos de fecha muy reciente) guarda proporción justa con la magnitud del riesgo.

Sólo me resta añadir acerca del mapa anexo, que a pesar de haber sido compilado de datos muy incorrectos (ya que inclusive no se ha fijado todavía exactamente la latitud y la longitud sino de muy pocos de los principales lugares de la Nueva España), se hallará útil en muchos puntos esenciales.

Presenta la nueva división territorial del país en estados, con el nombre de los "partidos" o distritos en que se encuentran divididos esos estados; e igualmente rectifica muchos errores locales, tanto en las provincias centrales como septentrionales, ya que el coronel Bourne, caballero que recientemente ha regresado de Sonora y Sinaloa, ha sido tan amable de proporcionarme gran cantidad de valiosa información estadística respecto a dichos estados.

Con respecto al mapa de rutas, tengo que expresar mi agradecimiento al señor Beaufoy, por la ayuda que me ha prestado proporcionándome una copia de sus rutas en las inmediaciones de la capital y desde allí hasta Tampico y Veracruz. Con excepción de la expedición al sur de Valladolid, ambos recorrimos el mismo suelo; pero podrá verse que en mi viaje al norte, en que no contaba sino con mis propias observaciones para guiarme, no pude entrar en tantos

* Entre estos errores debo mencionar cómo, en la Sección I del Libro Cuarto, podría pensarse que he recusado un principio de economía política, interpretando el aumento en la tasa de interés en México como una prueba de una disminución del medio circulante, cuando puede ser sólo una indicación de la posibilidad de emplear el capital más ventajosamente. El hecho es, sin embargo, correcto, ya que el vacío creado en la circulación por la remisión de la propiedad de los españoles antiguos a Europa no fue llenado con inversiones de extranjeros, ni por el producto de las minas, que, juntos, no proporcionaron nada equivalente a la cantidad sustraída en numerario.

detalles como en mis visitas a los distritos centrales de Tlalpujahua, Temascaltepec y Real del Monte, en los cuales conté con la ayuda de las observaciones del señor Beaufoy, además de las mías.

Las distancias están calculadas, en general, por el número estimado de leguas y por tiempo, combinados.

Los ríos sólo han sido señalados en donde cortan el camino, ya que el curso de la mayoría es muy poco conocido.

Las montañas se han delineado de manera similar, y ni siquiera se ha hecho el intento de conectar los dos grandes ramales de la sierra Madre, llenando el espacio intermedio, aunque su dirección se puede percibir fácilmente.

Las altitudes están tomadas de Humboldt, dondequiera que las haya dado, habiéndose reducido las toesas a pies ingleses; y se han agregado las del Real del Monte, del Doctor, Catorce, Zacatecas y Bolaños, según las mediciones hechas por el general Wavel, el capitán Wilde, el señor Glennie y el doctor Coulter.

Todos los dibujos fueron trazados en el propio lugar, muchos de ellos en circunstancias que a la mayoría de las personas hubieran hecho desistir del intento, ya que la fatiga y un sol calcinante se combinaban frecuentemente para hacer desagradable tal labor. Menciono esto en justicia a la señora Ward, cuyo nombre, conforme a la costumbre, aparece en todas aquellas ilustraciones que debo agradecer a su lápiz.

Con respecto al tenor general de mi trabajo, que, según se verá, difiere materialmente del adoptado en algunas publicaciones recientes, no me disculparé por esta falta de coincidencia entre mis opiniones y las de mis predecesores. He encontrado mucha amabilidad en México, y me daría mucha tristeza pensar que esta amabilidad se debía completamente a mi puesto público, el cual era una ventaja sólo en cuanto me ponía en contacto más general e inmediato con los nativos. En esto están basadas mis opiniones sobre su carácter. No era mi objetivo escribir ni una sátira sobre la naturaleza humana en general, ni una crítica sobre aquellas peculiaridades de carácter en que difieren los extranjeros de nosotros mismos. Podría haber logrado lo primero sin salir del país, y en caso de que mi felicidad hubiera dependido de lo segundo, hubiera sido un hombre muy miserable durante catorce años de mi vida, la mayoría de los cuales pasé casi del todo en el extranjero. Confieso, por lo tanto, que mi deseo ha sido tratar más bien de lo bueno que de lo malo y separar las partes valiosas del carácter nacional de las heces y escoria que, debido a un largo período de mal gobierno, seguido por la disolución total de todos los lazos sociales, difícilmente podrían

dejar de salir a la superficie. Si he tenido éxito en este intento, mi recompensa consistirá en la satisfacción de pensar que las labores de estos últimos seis meses puedan tender a consolidar el buen entendimiento entre la Gran Bretaña y México, cuya promoción durante los dos años anteriores ha sido mi mayor anhelo.

UNITED STATES
PACIFIC
OCEAN
GULF OF
MEXICO
MEXICO.

SECCIÓN I

LÍMITES, ESTRUCTURA GEOLÓGICA, CLIMA

La República de México, que abarca todo el vasto territorio anteriormente sujeto al virreinato de la Nueva España, está limitada al este y al sudeste por el Golfo de México y el mar Caribe, al occidente por el Pacífico, al sur por Guatemala, que ocupa una parte del istmo de Darién, y al norte por los Estados Unidos.

La línea exacta que separa las provincias de las Chiapas y de Tabasco, del territorio de Guatemala, aún no ha sido fijada y actualmente es motivo de una amistosa discusión entre los dos gobiernos. Hacia el norte, la frontera está definida con exactitud suficiente por el tratado de Washington, cuya validez, desde la declaración de la Independencia, ha sido tácitamente reconocida tanto por México como por los Estados Unidos.*

De acuerdo con el tercer artículo de este tratado, la línea divisoria entre México y Louisiana (cedida entonces por España a los Estados Unidos) comienza en el río Sabina, que desagua en el Golfo de México, aproximadamente a los 29° de latitud norte y los 94° de longitud oeste, y sigue su curso hasta su unión con el río Rojo de Natchitoches, que sirve a su vez para demarcar la frontera hasta los 100° de longitud oeste, donde la línea corre directamente hacia el norte hasta el río Arkansas, al cual sigue en su curso hasta su nacimiento en los 42° de latitud norte, desde donde se traza otra línea directa (inmediatamente sobre el paralelo 42°) hasta la costa del Pacífico; queda así dividida la totalidad del continente septentrional de América entre las dos repúblicas rivales, con excepción de las colonias británicas.

Una ojeada al mapa que se acompaña explicará este arreglo, al parecer complicado, y actualmente de poca importancia, excepto por lo que respecta a la costa oriental, ya que entre la frontera fijada y los últimos establecimientos de los americanos y de los mexicanos en el norte y occidente media un vasto espacio, ocupado únicamente por tribus indígenas que nunca hasta ahora han sido dominadas y sobre las que ninguno de los dos gobiernos posee la menor autoridad. Con excepción de una estrecha faja de misiones en la Nueva California, en la costa occidental, que termina en el puerto de San

* Este tratado fue firmado el 22 de febrero de 1819, por el señor Adams y el caballero [de] Onís, que era entonces ministro español en Washington.

Francisco en la latitud 36°, y de la aislada provincia de Nuevo México, cuya capital (Santa Fe) se encuentra situada en el mismo paralelo que San Francisco, de todo el país comprendido entre los 28° y 42° de latitud norte no ha tomado posesión ninguna población blanca; siendo casi desconocido, deberán transcurrir siglos antes que la civilización de América pueda aumentar lo suficiente como para darle algún valor. Probablemente será uno de los últimos reductos de los hombres en estado de semibarbarie, pues hacia esta dirección se están retirando los indios, desalojados del valle del Mississippi por las rápidas emigraciones que han tenido lugar durante los últimos veinte años desde los antiguos estados angloamericanos del Atlántico.*

En la frontera noreste el caso es distinto, ya que allí la rica y bella provincia de Texas puede convertirse en una fuente de discordias, si es que ambos gobiernos no logran remover con habilidad todos los motivos de diferencias, ateniéndose al arreglo antes mencionado, al cual (directa o indirectamente) cada una de las partes ha dado ya su consentimiento.

Según puede percibirse por esta descripción del territorio mexicano, entre los puntos más distantes al SSE y NNO (el extremo sur de Yucatán y la línea divisoria en donde corre hacia el Pacífico) se extiende por más de 27° de latitud, o sea 1 876½ millas oficiales inglesas. Su mayor anchura se encuentra en el paralelo 30° de latitud norte, en donde, desde el Red River (río Colorado) de Texas hasta la costa de Sonora, Humboldt ** da la distancia de 364 leguas, de 25 leguas por grado.

Nada puede haber más imperfecto hasta ahora que nuestro conocimiento de este vasto país. Incluso muy pocos de los principales pueblos y ríos están correctamente localizados, y consecuentemente, ni siquiera existen los elementos de un buen mapa. Humboldt hizo mucho por corregir los errores que prevalecían en su tiempo; pero sus observaciones personales estuvieron confinadas a un círculo relativamente reducido, y en las de otros no podía confiar. En poco tiempo, sin embargo, se obtendrán adiciones considerables a nuestro acervo de información, ya que entre los extranjeros que actualmente

* Si alguno de mis lectores deseara información respecto a la forma como han sido manejados estos establecimientos occidentales y la extraordinaria manera en que han prosperado, los puedo referir al libro de Flint titulado *Journal of a ten year's residence in the valley of the Mississippi*, el cual, aunque escrito en estilo poco cuidadoso, es un trabajo tan interesante como instructivo.

** En su *Ensayo político*, Humboldt se sirve de las leguas cuadradas comunes, de 25 por grado. También las había de 26½ por grado. [T.]

exploran el territorio mexicano hay algunos hombres de ciencia que emplean sus horas de esparcimiento en hacer observaciones y trazar su ruta a través de las varias partes del país que se ven obligados a visitar con motivo de sus ocupaciones.*

El resultado de estas investigaciones, al combinarse con la información estadística que están recabando los gobiernos de los diferentes estados y con los estudios topográficos militares del Estado Mayor, será en extremo valioso; y probablemente no pasarán muchos años antes de que el interior de México sea tan bien conocido como el de la mayor parte de los países del Viejo Mundo.

El territorio de México presenta, de acuerdo con Humboldt, una superficie de 118 478 leguas cuadradas, de 25 por grado; pero esta estimación no incluye el territorio entre el extremo norte de Nuevo México y Sonora y la línea divisoria según ha sido fijada más recientemente por el tratado de Washington, cuya extensión aún no ha sido bien definida. Treinta y cinco mil quinientas leguas cuadradas, que comprenden los estados de Zacatecas, Guadalajara, Guanajuato, Valladolid, México, la Puebla, Veracruz, Oaxaca y Mérida, se encuentran en los trópicos o lo que usualmente se denomina la zona tórrida, mientras que Nuevo México, Durango, la Nueva y la Vieja California, Sonora y gran parte de la antigua intendencia de San Luis Potosí, que comprenden en total 82 mil leguas cuadradas, se encuentran fuera de los trópicos o bajo la zona templada. Toda la extensión de la República es igual a una cuarta parte de Europa, o igual a Francia, Austria, España, Portugal y la Gran Bretaña juntas; y la diferencia de latitud por sí sola, sobre una superficie tan enorme, tiene el efecto natural de causar cambios considerables en el clima de los puntos más distantes.

Sin embargo, no se debe tanto a esta circunstancia como a la peculiaridad de su estructura geológica el que México tenga tan singular variedad de climas, razón por la cual se diferencia de la mayoría de los países.

Debo llamar particularmente la atención de mis lectores sobre este punto, ya que, si no se tiene una comprensión adecuada de sus causas, gran parte de este bosquejo resultaría ininteligible.

* Aludo en particular al capitán Vitch, director de la Compañía del Real del Monte, y al señor Glennie, uno de los comisionados de la United Mexican Asociation, quienes han trabajado infatigablemente en sus investigaciones. El capitán Vitch casi ha completado un mapa muy valioso del interior del país; y el señor Glennie posee una serie de observaciones, hechas por él mismo, que comprenden desde Oaxaca (100 leguas al SO de México) hasta Chihuahua y Guaymas, puerto éste en el extremo norte del golfo de California.

La cordillera de los Andes, después de atravesar la totalidad de América del Sur y el istmo de Panamá, se separa en dos ramales al entrar en el continente norte, y éstos, al dirigirse hacia el oriente y hacia el occidente conservando siempre su dirección al norte, dejan en el centro una plataforma inmensa o Mesa Central, atravesada por los puntos más altos y los riscos de la gran cadena montañosa en la cual se apoya, pero que se eleva, en las partes más centrales, hasta la enorme altura de siete mil pies sobre el nivel del mar.

Esta elevación la pierde, en parte, al acercarse al norte, por la desaparición gradual del ramal oriental de los Andes, que desciende casi hasta ponerse al nivel del océano cerca del paralelo 26° de latitud norte, como para dar lugar a los poderosos ríos que bañan Texas, Louisiana y las Floridas pero hacia el occidente la cordillera continúa en una línea casi ininterrumpida a través de Durango y Sonora, hacia las fronteras de los Estados Unidos, en donde se divide en varias ramificaciones hasta que se pierde su curso en las regiones desconocidas del norte.

En la totalidad de esta Mesa Central, el efecto de la situación geográfica se neutraliza por la extrema rarificación del aire, mientras que en los declives orientales y occidentales recupera su influencia natural al aproximarse al nivel del mar, hasta que la faja o cinturón de terreno llano que se extiende desde la base de la cordillera hasta el océano queda sujeta al mismo grado de calor que prevalece en las Indias Orientales u Occidentales o en cualquier otro país similarmente expuesto a los rayos de un sol tropical.

Por consiguiente, México, Guanajuato, Zacatecas y las otras grandes poblaciones que están en la Mesa Central disfrutan de una temperatura totalmente diferente de la que priva en Veracruz, Tampico, Acapulco y San Blas, que están situadas casi sobre los mismos paralelos en las costas oriental y occidental; mientras que el espacio intermedio está sujeto a casi cualquier cambio posible de temperatura.

Conforme se asciende desde Veracruz, los climas (parafraseando la expresión de Humboldt) se suceden en capas (*"se suivent par couches"*), y así en sólo el transcurso de dos días el viajero pasa revista a toda la escala de la vegetación.

Las plantas parásitas de los trópicos desaparecen prontamente para dar cabida al roble perenne, y la atmósfera mortífera de Veracruz se transforma en el dulce y suave aire de Jalapa. Un poco más adelante, el roble se ve sustituido por el pino, el aire se vuelve más penetrante, el sol, a pesar de que pica, ya no tiene el mismo efecto nocivo sobre el cuerpo humano, y la naturaleza adquiere un

aspecto nuevo y peculiar. Bajo un cielo sin nubes y en una atmósfera brillantemente pura, hay gran escasez de humedad y una vegetación poco exuberante; las vastas llanuras se suceden interminablemente, cada una separada del resto por una pequeña cordillera, que divide al país a intervalos regulares, y parecen haber formado, en algún período distante, los lechos de una cadena de lagos. Tal es, con algunas ligeras variantes, el carácter de la Mesa Central desde México hasta Chihuahua. Dondequiera que hay agua, hay fertilidad; pero los ríos son pocos e insignificantes en comparación con las majestuosas corrientes de los Estados Unidos; y en los intervalos, el sol reseca el suelo en vez de enriquecerlo. Planicies áridas y elevadas ocupan una inmensa porción del centro del país entre Zacatecas, Durango y Saltillo; y la naturaleza no recobra su acostumbrado vigor hasta que las corrientes que se filtran poco a poco desde la cordillera se han formado lo suficiente como para proporcionar humedad en su paso hacia el océano. Al desaparecer la rama oriental de la cordillera, o más bien, cuando se repliega hacia el occidente, el espacio fertilizado por estas corrientes se vuelve más extenso, hasta que, en Texas, una región baja, pero poblada de bosques y dotada de hermosos ríos, toma el lugar de las monótonas estepas del interior.

El río Grande de Santiago, que atraviesa el Bajío y desagua en el Pacífico cerca de San Blas, y el Río Bravo del Norte, que entra al Golfo de México a los 26° de latitud norte, son los dos ríos principales de la Mesa Central, y este último, de hecho, a duras penas merece dicho título, ya que continúa su curso a través de una parte del país en donde se pierde la cordillera Oriental,* mientras el primero de los mencionados nace en el propio centro de México y el distrito a través del cual pasa es uno de los más ricos del mundo conocido.

Humboldt dice que la temperatura media de la costa es de 25° del termómetro centígrado (o 76° de Fahrenheit) y la de la Mesa Central es de 17° centígrados (64° Fahrenheit). Pero en un país tan extenso como México, una teoría general sobre este tema debe estar sujeta a grandes excepciones. Una ubicación de tal manera resguardada que da fuerza adicional a los rayos reflejados del sol u otra demasiado expuesta a los vientos del noroeste que a veces barren el país con violencia increíble; el acceso más cercano por el lado del Pacífico (en donde el aire es perceptiblemente más suave); la falta o la abundancia de agua; todas éstas son circunstancias

* Nace al pie de las montañas de sierra Verde y atraviesa un espacio de 512 leguas antes de llegar al Golfo.

que afectan la temperatura de la manera más opuesta, inclusive a la misma altura y en el mismo paralelo, y que, por lo tanto, hacen imposible, basándose únicamente en la elevación, formarse una idea exacta del clima de la Mesa Central. Humboldt señala que en el valle de río Verde, en donde se cultiva con éxito el azúcar aproximadamente a cuatro mil pies más arriba del grado de elevación que experimentos previos le habían inducido a fijar, se produce el calor mínimo requerido para su cultivo; y yo mismo he visto un pequeño lugar, en las cercanías de Guadalajara, que ofrece un fenómeno semejante.* Además de estas peculiaridades locales, que se presentan sin haber ninguna diferencia sensible de elevación que las pueda ocasionar, cada pequeño quiebre o descenso en la superficie de la Mesa Central produce un aumento de calor, del mismo modo que un ascenso desde la costa produce una disminución del mismo.

La transición es a veces extremadamente repentina, ya que una barranca profunda, o cañada, es motivo suficiente para ocasionarla. Así ocurre con la cañada de Querétaro y la famosa barranca de Regla, en Real del Monte, que se encuentran ubicadas en el centro de la Mesa Central y casi al mismo nivel que la capital, donde la faz de la naturaleza cambia completamente en unos cuantos cientos de yardas. La exuberancia de la vegetación tropical remplaza el crecimiento raquítico peculiar de la Mesa Central; los pájaros ostentan un plumaje más abigarrado; los habitantes ofrecen una expresión más calmada e indolente; y todo el escenario presenta las características de otro mundo.

Los mismos efectos se producen dondequiera que ocurren las mismas causas; y ya que en una cadena montañosa las desigualdades de la superficie son por naturaleza muy grandes, es casi imposible avanzar cualquier distancia, ya sea hacia el este o al oeste de la capital, sin experimentar estas transiciones, que a veces se presentan repetidamente en el curso de un solo día. Los nativos, sin penetrar en su origen, expresan esta realidad al denominar a estas barrancas cálidas y poco profundas como "tierra caliente", término que implica siempre una porción del país en la que (cualesquiera que sean las causas) siempre hay el suficiente calor para producir los frutos y, con los frutos, las enfermedades de los trópicos. El nombre de "tierra fría" se aplica a los distritos montañosos que se elevan por encima del nivel de la capital, hasta los límites de la nieve eterna; mientras que la "tierra templada" abarca, en su acepción más general, todo

* La villa de Zapotlanejo, para una relación de la cual véase "Narración personal", Libro Quinto.

lo que no está incluido bajo las otras dos divisiones. Muchos piensan, sin embargo, que se aplica más particularmente a climas como el de Jalapa y Chilpancingo (sobre el ascenso oriental y occidental desde la costa), que se encuentran mucho más abajo del nivel de la Mesa Central; y yo, por mi parte, he averiguado que siempre que un habitante de cualquier lugar lo aplicaba a la temperatura de cualquier otro, implicaba un aumento y no una disminución de calor. De acuerdo con lo anterior, un nativo de México seguramente diría que Jalapa es tierra templada, a pesar de que, probablemente, un nativo de Jalapa no diría lo mismo de México; mientras que ambas serían designadas de la misma manera por un habitante de tierra fría, a cuyo distrito la naturaleza le ha asignado un grado de calor muy inferior al de cualquiera de los otros dos.

No obstante la forma tan arbitraria en que se usan estos términos, los emplearé frecuentemente en el curso de este trabajo, ya que, en tanto no se lleve a cabo una medición barométrica de todo el país y se fije la altura relativa de los principales puntos, requeriría una explicación tediosa el dar la idea correcta de lo que significan con seguridad las palabras tierra caliente y tierra templada. A fin de ilustrar todavía más el carácter peculiar del país, para lo cual temo no se puedan encontrar palabras que den una idea adecuada, adjunto aquí un bosquejo de México, que, aunque es una vista a ojo de pájaro, sin pretensiones de exactitud geográfica, puede servir para mostrar la posición relativa de la tierra caliente y de la Mesa Central, y para explicar la variedad de climas en el espacio intermedio.

La anterior división de la Nueva España en lo que se llamó el Reino de México y las Provincias Internas de Oriente y de Occidente, nunca estuvo muy bien definida; y hoy en día es de poca importancia, ya que, bajo el sistema actual, la República está distribuida en estados que componen el gobierno federal. El número de estos estados es de diecinueve; comienzan al sur, con la península de Yucatán o Mérida hacia el este, y Tabasco, las Chiapas y Oaxaca hacia el sur y el oeste; siguen sucesivamente hacia el norte Veracruz, Tamaulipas, San Luis Potosí, Nuevo León, Coahuila y Texas, que comprenden todo el territorio hasta las fronteras de los Estados Unidos, por el lado del Golfo; la Puebla, México, Valladolid, Guadalajara, Sonora y Sinaloa, cuyos extremos occidentales lindan en el Pacífico; y Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, Durango, Chihuahua y Nuevo México, que ocupan el centro del país y se extienden entre los dos océanos hacia la frontera del norte. Todavía más allá de éstos están la Vieja y la Nueva California (las cuales en algunos mapas aparecen con el nombre de Nueva Albión), y el territorio

indio, cuya extensión y cuyos habitantes son desconocidos casi por igual. Las dos Californias y Nuevo México todavía no reciben el rango de estados independientes, ya que el número de sus habitantes no les permite tener representación en el Congreso. Cada uno de los otros envía una cuota de diputados, en proporción al número de sus habitantes.

Ya que es el carácter general del país y no el de los estados en sí lo que forma el tema considerado en el presente capítulo, reservaré para otra parte de mi trabajo los detalles estadísticos que recopilé durante mi visita al interior y procederé a indicar aquí algunas de las circunstancias por las que el destino de México como país tiene mayores probabilidades de verse influido.

La naturaleza le ha concedido un suelo muy fértil y un clima bajo el cual casi todas las producciones del Viejo y del Nuevo Mundo encuentran el grado exacto de calor para producirse a la perfección. Sin embargo, la peculiaridad de su configuración, en la que se origina tal variedad de climas, neutraliza en cierta medida las ventajas que de otra manera se derivarían de ella, volviendo extremadamente difícil la comunicación entre la Mesa Central y la costa, y confinando a muy estrechos límites los intercambios de los estados del interior entre sí. En la Mesa Central no hay canales (con excepción del que va de Chalco a México, con una extensión de siete leguas) ni ríos navegables; ni tampoco la naturaleza de los caminos permite un uso general de los carruajes, y por consiguiente, todo se acarrea en mulas de un punto a otro; y esta forma de transporte, al aplicarse a los productos agrícolas más voluminosos del país, aumenta enormemente el precio de los artículos de consumo más general antes de que puedan llegar a los principales mercados. Así, por ejemplo, en la capital, que recibe sus abastecimientos de un círculo de probablemente sesenta leguas, que comprende el Valle de México y las fértiles llanuras de Toluca al igual que las grandes tierras maiceras del Bajío y de la Puebla, el trigo, la cebada, la paja, el maíz y la madera no solamente son caros, sino que su suministro es incierto;* mientras que en los distritos inmediatamente afuera de este círculo, pero que por su distancia están excluidos del mercado, los mismos artículos son sencillamente abundantes y se pueden comprar a un precio muy inferior.

El mismo efecto se produce en los alrededores de cada una de las grandes poblaciones del interior y más particularmente en los

* El trigo se vende por 14 y 16 dólares la carga (300 libras); la cebada por 4 o 5 dólares, según la estación; el carbón por un dólar, y durante la estación de lluvias, por un dólar y medio la arroba (de 25 libras).

distritos mineros, en donde, en atención al número de animales empleados, la demanda es muy grande. Pero para el grueso de la producción del país no hay mercado nacional, y por consiguiente no hay incentivos para la industria, excepto para la producción de lo necesario para la manutención.

No hay duda de que en la Mesa Central podrá remediarse en cierta medida esta desventaja, y los puntos distantes se pueden poner más en contacto estableciendo líneas de caminos que atraviesen el país de norte a sur, o inclusive canales, tan pronto como la civilización y la población de la República estén lo suficientemente avanzadas para intentarlo. La naturaleza del suelo más bien favorecería el proyecto que oponerse a él; pero hacia el oriente y hacia el occidente, los obstáculos a vencer son muy serios. En el lado oriental, en especial, el descenso desde la Mesa Central es tan precipitado que me parece muy dudoso el que se pueda construir un camino lo suficientemente bueno para abrir una comunicación entre la costa y los hacendados de la Mesa Central; quiero decir, una comunicación tal que les permitiera llevar sus productos a los mercados de las Indias Occidentales, e inclusive al europeo, al mismo precio que la harina proveniente de los Estados Unidos. Cierto es que, debido al extraordinario rendimiento y a lo bajo de los salarios en México, se podría absorber el mayor gasto del transporte; pero, ya que los americanos están en posesión del mercado, dicho costo debe ser tan reducido como para disminuir el precio del trigo mexicano, en primera instancia, a una cifra más baja de la que pueda ser ofrecida por los agricultores de Kentucky y por los estados occidentales angloamericanos.

Comprobar y llevar a cabo lo anterior (de ser practicable) debería ser el gran objetivo del gobierno mexicano, ya que nada tendría un efecto tan inmediato sobre los intereses generales del país. Los barcos que abastecen a México de las manufacturas europeas se regresan en lastre u obtienen con dificultad una carga de palo de Campeche o de café; y en no habiéndolos, los envíos se hacen únicamente en numerario. Los caminos, en caso de construirse con éxito —como el barón de Humboldt y muchos otros hombres de ciencia opinan que puede hacerse—, darían un carácter muy diferente al comercio, proporcionando gran cantidad de materias primas para la exportación, con lo que se incrementarían inmediatamente el consumo del país (al darle a la propiedad un valor que por ahora es relativamente nulo) y las ventajas del comerciante extranjero, permitiéndole invertir sus ganancias inmediatamente en una segunda aventura. Nada de esto se ha hecho hasta ahora. Las proposiciones

formuladas en 1825 por casas extranjeras respetables, para el establecimiento de una línea de caminos entre Veracruz y la capital, no fueron aprovechadas porque el gobierno creía que la manía inglesa de hacer inversiones extranjeras sería eterna; y cuando en 1826 se percató de su error, ningún capitalista extranjero estuvo dispuesto a invertir ni un chelín en el proyecto. Por consiguiente, con excepción de algunas mejoras temporales hechas por la Compañía del Real del Monte para la conducción de sus máquinas de vapor, la principal comunicación con la costa está actualmente en el mismo estado en que se hallaba en 1815, cuando la soberbia calzada de piedra construida por los negociantes de Veracruz en 1803 fue destruida por los insurgentes a fin de cortar las comunicaciones entre la Península y las autoridades españolas y los negociantes de la capital. Cuando esta calzada esté completamente reparada y se continúe a través de la Mesa Central hasta las inmediaciones de las tierras de cereal de la Puebla, se puede esperar que se produzca un gran cambio en la prosperidad agrícola del país, si las opiniones de aquellos que piensan que es posible llevar harina mexicana al mercado de La Habana a un precio más bajo que el de los Estados Unidos muestran ser correctas. Yo por mi parte me inclino a dudar de que México pueda encontrar una fuente de riqueza en la exportación de sus cereales o 'materiales para pan', como se les llamaría en los Estados Unidos; y no por ninguna deficiencia para producirlos casi en cualquier cantidad, sino por la falta de un mercado para el producto una vez que éste se coseche. El consumo de las islas de las Antillas es extremadamente limitado, y gran parte de las naciones europeas han estado tratando por varios años de independizarse de los abastecimientos externos, mediante el expediente de cultivar granos suficientes para su consumo doméstico. Los efectos que este sistema ha producido ya en los Estados Unidos prueban la poca confianza que México puede depositar en el mercado extranjero. Las exportaciones de 'materiales para pan' desde los Estados Unidos montaron en 1817 20 388 000 dólares y en 1821 5 296 000 (véase *United States* de Mellish); y la consecuencia de este brusco descenso hubiera sido la ruina inevitable para los estados que cultivaban granos, si no hubieran utilizado inmediatamente en manufacturas el capital y la población empleados antes por la agricultura. Pero la necesidad de hacer esto, en un país donde la navegación interna proporcionaba al terrateniente todas las facilidades para poder disponer de sus producciones, no presenta a los propietarios de un país donde no existen dichas facilidades casi ninguna perspectiva de intentar llevar al mercado productos de una descrip-

ción similar, por más apropiada que para su crecimiento sea la naturaleza del suelo.

Por consiguiente, creo que las exportaciones de México en granos nunca serán muy considerables; pero en aquellos artículos que denominamos producciones coloniales, para los que existe una demanda constante en Europa y para cuya producción está tan admirablemente dotada una gran porción de su territorio, tiene una fuente de riqueza tan inagotable como la de sus propias minas. Toda la costa oriental de México, que se extiende en longitud desde el río Coatzacoalcos hasta la frontera norte y en anchura desde el océano hasta el punto sobre la falda de la cordillera en donde los frutos tropicales dejan de producirse, es susceptible de muy gran cultivo; y ninguna parte de las hoy agotadas islas puede competir con la fertilidad de su suelo virgen.

El estado de Veracruz por sí solo es capaz de abastecer de azúcar a toda Europa. Humboldt estima que la producción de su tierra más rica es de 2 800 kilogramos por hectárea, mientras que la de Cuba no excede de 1 400 kilogramos; así que el balance es dos a uno a favor de Veracruz.

El café se produce en una proporción casi igualmente extraordinaria. El añil y el tabaco tienen similar éxito, y un poco hacia el norte, el estado de Texas, que goza del mismo clima que Louisiana o Carolina del Sur, está igualmente bien adaptado para el cultivo del algodón, la gran materia prima de los Estados Unidos. México nunca podrá carecer de mercado para estos artículos tan preciosos, hacia los que está dirigida ahora la atención de los terratenientes. Se han establecido inmensas plantaciones de café, durante los últimos cuatro años, en las cercanías de Córdoba y Orizaba; en Texas, los colonos americanos han plantado considerables extensiones con algodón; y el restablecimiento de trapiches para la caña, que crece ahora casi espontáneamente por todo Veracruz, será uno de los primeros efectos de la recuperación del país de ese estado de estancamiento absoluto en el cual ha quedado todo, durante los últimos quince años, a causa de la guerra civil.

La perspectiva de un abastecimiento tan abundante de muchos de estos artículos, que hasta ahora han sido considerados como de lujo, es de interés para Europa y para la Gran Bretaña en especial. No puede haber duda de que la apertura del continente americano tendrá el efecto de convertir casi en universal el uso de muchas cosas que han estado reservadas por largo tiempo a unos pocos privilegiados; mientras que el consumo de estos mismos artículos en el Viejo Mundo conducirá a un uso más generalizado de las manu-

facturas europeas en el Nuevo Mundo, entre gentes que hasta ahora han estado excluidas de los beneficios de la civilización.

La mejor prueba que de esto puede ofrecerse es el cambio que yo mismo he presenciado, en el curso de tres años, en los vestidos y la apariencia de las clases bajas en México. Antes de la revolución, las calles de la capital estaban infestadas con una casta de léperos desnudos, cuyo número se suponía de casi veinte mil, y que fueron en algún tiempo la desgracia y la ruina de todos los lugares públicos. Esta clase ha desaparecido casi totalmente en la actualidad; la ropa se ha vuelto de uso tan común, que nadie aparece sin ella. En los distritos mineros se ha presentado un cambio similar; y al irse desarrollando los recursos del país, hay muy poca duda de que este cambio se vaya extendiendo gradualmente hasta las provincias más remotas.

Durante el presente siglo, México no puede ser un país manufacturero y probablemente no intente serlo. Sus minas y su agricultura le permitirán, contando únicamente con industria común, gozar de todas las ventajas de las artes trasatlánticas y llevar a su propia puerta los lujos de la civilización más avanzada. México está provisto abundantemente, dentro de él mismo, de lo indispensable para subsistir, como se verá en las siguientes secciones, que contendrán una descripción general de su población y de sus productos.

Tampoco puede ser una gran potencia marítima, ya que sus puertos en el lado del Atlántico son apenas suficientes para los propósitos del comercio y ciertamente la naturaleza no los dotó para servir de depósitos navales. La mayor parte de ellos, son inseguros y algunos son simplemente lugares de escala. La entrada a sus principales ríos está obstruida por bancos de arena, y a pesar de que por medio del arte se pueden corregir en cierta medida estas deficiencias, no puede dárseles, sin embargo, lo que la naturaleza les ha negado; esto es, una bahía de suficiente magnitud para convertirse en estación apropiada para cualquier fuerza marítima considerable. Afortunadamente, esto no es de ninguna manera esencial para la prosperidad del país, ya que la cercanía con los Estados Unidos, así como la multitud de barcos europeos que buscan los puertos de México con los productos manufacturados de sus respectivos países, le proporcionarán suficientes facilidades para la exportación de sus materias primas, en la cantidad que se desee.

En la costa occidental el caso es diferente. Desde Acapulco hasta Guaymas (en el golfo de California) hay una serie de magníficos puertos en muchos de los cuales no ha entrado todavía barco algu-

no. El mismo Acapulco (probablemente el mejor fondeadero de todo el mundo) es muy poco frecuentado; su importancia cesó al desaparecer el comercio de los galeones, y no es probable que vuelva a recobrar su anterior fama. El comercio con China y la India ha seguido una línea diferente, y la mayoría de los barcos que en él descargaban, ahora lo hacen en los puertos de San Blas, Mazatlán y Guaymas, ya que la demanda por las mercancías de China ha resultado ser mayor en la parte norte y occidental de la Mesa Central, la cual todavía no está suficientemente abastecida con las manufacturas europeas, en tanto que el mercado de la capital está absolutamente saturado. Sin embargo, deberán transcurrir muchos años antes que el comercio de la costa occidental de México pueda adquirir siquiera parte de la importancia que tiene el del lado oriental, ya que, habiendo muy poca diferencia entre las producciones agrícolas de los países con los cuales puede mantener relaciones a través del Pacífico (Guayaquil, Perú y Chile, China y Calcuta) y las suyas propias, todos los envíos se deben hacer en numerario, con excepción de las pieles, sebo y trigo de California, de los que ya se realiza un gran comercio.

He tratado hasta ahora los principales rasgos que caracterizan a México como país, con excepción de su riqueza mineral. La plata se puede considerar como uno de los principales artículos de la Nueva España, pero como ya tendré ocasión de penetrar en este tema de manera más extensa en el Libro Cuarto de este bosquejo, libro que está dedicado al tema minero, sería superfluo afirmar algo aquí, a no ser el hecho de que el promedio anual de la plata extraída antes de la revolución era de 24 millones de dólares; suma por sí sola bastante (sin tomar en cuenta las producciones agrícolas) para convertir al país capaz de producirla en un mercado valioso para las manufacturas europeas.

Cuando se agrega esto a las fuentes de riqueza que ya he mencionado, y a las que me referiré más ampliamente en la Sección III, México se coloca casi en el primer lugar entre las naciones consumidoras, y su progreso en tal sentido hacia el sitio que está destinado a ocupar entre las grandes comunidades del mundo debería ser objeto del más profundo interés para todos. En caso de que mi presente empeño tenga el efecto de atraer sobre ese tema la atención que alguien mejor calificado que yo para hacerle justicia, todo lo que puedo esperar de este bosquejo se verá ampliamente recompensado.

SECCIÓN II

POBLACIÓN

El primer censo que se hizo de la población de México fue el levantado en el año 1793 por órdenes del virrey, conde de Revillagigedo, y en él puede verse que el número de habitantes registrados sumaba 4 483 529. Éste era el mínimo de la población, ya que, independientemente de la dificultad que siempre acompaña a las investigaciones estadísticas, es bien sabido que en América a un censo siempre se le considera como el preludio de algún nuevo sistema de contribuciones, que los nativos tratan de eludir disminuyendo el número de aquellos sobre los cuales ha de operar. Humboldt añade una sexta parte a fin de cubrir la deficiencia y estima un total de 5 200 000 almas (en 1794). Piensa que, en diecinueve años, esta población se debería duplicar de acuerdo a la proporción promedio de nacimientos contra muertes dada por los registros parroquiales de todas partes del país (170%), a menos que su progreso se vea detenido por la peste o por el hambre; y él considera más que probable que, para la época de su visita (1803), la población ya hubiese ascendido a 6 millones y medio.

Desde entonces, sólo se ha levantado un censo muy imperfecto (en 1806) y, a pesar de su imperfección, demostró que la estimación de Humboldt era correcta, ya que se obtuvo un mínimo (o sea, la cantidad registrada) de 6 millones y medio de población. Las guerras civiles que han asolado desde entonces al país deben haber hecho imposible cualquier aumento considerable, no sólo por la mortandad que ocasionaron en el campo de batalla sino también al privar a la población agrícola de sus medios de subsistencia; durante esta contienda, los distritos más fértiles fueron los que más sufrieron y el viajero que ahora atraviese por las llanuras del Bajío a duras penas se podrá imaginar, si no es por las ruinas visibles a su derredor, que en algún tiempo estuvieron densamente pobladas y florecientes de cultivos.

Sin embargo, los habitantes, a pesar de haber sido expulsados de sus antiguos asientos, no fueron exterminados; ni existe razón alguna para suponer que más de trescientas mil personas en total hayan perecido durante la guerra. El resto, de acuerdo con el curso ordinario de las cosas, debe haber aumentado. Por consiguiente, si, en lugar de suponer que la población se haya doblado de 1806 a 1826

(lo cual ciertamente no ha sucedido), añado un millón y medio al mínimum de 1806, como la proporción de aumento durante los últimos veinte años, y estimo la totalidad de la población de México en 1827 como de 8 millones, creo estar haciendo un cómputo muy moderado, en lo cual seré confirmado por el censo que ahora se está levantando en los diferentes estados.

Antes de la revolución, esta población estaba dividida en siete castas diferentes: *1)* los antiguos españoles, llamados gachupines en la historia de las guerras civiles; *2)* los criollos o blancos de raza europea pura, nacidos en América y considerados por los antiguos españoles como nativos; *3)* los indios o raza indígena de color cobrizo; *4)* los mestizos o casta mezclada de blancos e indios, que gradualmente se fueron fusionando con los criollos al volverse más remota la mezcla con la raza indígena; *5)* los mulatos o descendientes de blancos y negros; *6)* los zambos o chinos, descendientes de negros e indios; y *7)* los negros africanos, ya fuesen manumitidos o esclavos.

De estas castas, las tres primeras y la última eran puras y, en sus varias combinaciones, dieron lugar a las otras, que a su vez estaban subdivididas *ad infinitum* en designaciones que expresaban la relación guardada por cada generación de sus descendientes con los blancos (cuarterones, quinterones, etc.), ya que era deseable cualquier aproximación a ellos por ser el color reinante.

El principal asiento de la población blanca de México es la Mesa Central, hacia cuyo centro está igualmente concentrada la raza india (en las intendencias de la Puebla, México, Guanajuato, Oaxaca y Valladolid), mientras que la frontera norte está habitada casi completamente por blancos y descendientes de blancos, ante los cuales, según se supone, se retiró la población indígena en tiempos de la Conquista. En Durango, Nuevo México y las Provincias Internas, la raza indígena pura es casi desconocida; en Sonora vuelve a encontrarse, ya que los conquistadores atajaron allí a las últimas tribus de los habitantes originales, que no alcanzaron a poner al río Gila (a los 33° de latitud norte) entre ellas y las armas españolas. Las costas están habitadas, tanto hacia el oriente como hacia el occidente, por mulatos y zambos, o cuando menos por una raza en que predomina la mezcla de sangre africana. Era en estas insalubres regiones donde se empleaba principalmente a los esclavos importados antes a México, pues los nativos de la Mesa Central no eran capaces de resistir el clima tan extremadamente caluroso.

Se han multiplicado allí de una manera extraordinaria por matrimonios con la raza indígena; ya forman una raza mezclada adap-

tada admirablemente a la tierra caliente, pero que no posee, en su apariencia, ni las características del Nuevo Mundo ni las del Viejo.

Los mestizos (descendientes de nativos e indios) se encuentran en cualquier parte del país y lo más seguro es que, dado el número tan reducido de mujeres españolas que llegaron en un principio al Nuevo Mundo, la gran masa de la población tenga alguna mezcla de sangre indígena. Pocos entre las clases medias (licenciados, curas o clerecía parroquial, artesanos, soldados y pequeños propietarios de tierras) podrían probar que están exentos de ella, y ahora que una conexión con los aborígenes ha cesado de ser desventajosa, pocos tratan de negarla. En mi bosquejo de la revolución siempre incluyo a esta clase bajo la denominación de criollos, ya que comparten con los blancos descendientes de españoles puros las desventajas de la privación de derechos políticos a que estaban condenados todos los nativos y sienten, junto con ellos, esa enemistad contra los gachupines (o españoles antiguos), que la preferencia de que constantemente estos últimos eran objeto no dejaba de excitar.

Después de los indios puros, cuyo número en 1803 se suponía que excedía de los 2 millones y medio, los mestizos eran la casta más numerosa; sin embargo, es imposible precisar la proporción exacta que guardaban con el total de la población, ya que muchos de ellos, como lo he dicho antes, estaban incluidos entre los blancos puros, a los que se estimaba, antes de la revolución, en 1 200 000, incluyendo de 70 a 80 mil europeos establecidos en diferentes partes del país.

De los mulatos, zambos y otras castas mezcladas no se sabe nada cierto.

Por este bosquejo se puede ver que la población de la Nueva España está compuesta de elementos muy heterogéneos; y, de hecho, todavía no están correctamente determinados los innumerables matices de diferencia que existen entre sus habitantes.

Por ejemplo, los indios, que a primera vista parecen formar una gran masa y comprenden casi las dos quintas partes del total de la población, están divididos y subdivididos entre sí de la manera más extraordinaria.

Consisten en varias tribus, semejantes por su color y por algunas características generales que parecen anunciar un origen común, pero que difieren completamente en lengua, costumbres y vestimenta. Se sabe que en el territorio mexicano se hablan no menos de veinte lenguas diferentes, y muchas de ellas no son dialectos cuyo origen se pueda encontrar en una raíz común, sino que difieren tan enteramente entre sí como las lenguas de origen eslavo y teutónico en Europa. Algunas tienen letras que no existen en otras y

en la mayoría hay una diferencia de sonido que llama la atención inclusive del oído no acostumbrado. La pronunciación gutural baja del mexicano o azteca contrasta singularmente con el sonoro otomí,* que prevalece en el vecino estado de Vallodolid, y éste a su vez se dice que es totalmente distinto al dialecto de algunas tribus del norte. Probablemente no haya un problema más digno de la consideración de los filósofos que la dilucidación de esta extraordinaria anomalía en la historia de la raza indígena: no se conoce nada acerca del modo como se pobló América, aparte del hecho de que el reflujo de población ha ido constantemente de norte a sur. Se dice que se han descubierto analogías entre la lengua de algunos indígenas de las partes del sur de Chile y la usada por la raza azteca en México; pero el espacio intermedio está lleno de dialectos de un carácter enteramente distinto, y tampoco existe la más ligera conexión entre la lengua peruana y la mexicana, no obstante la preeminencia, en cuanto a civilización se refiere, lograda por cada una de estas naciones. Ciertamente sería interesante descubrir algún modo de explicar estos hechos tan singulares e indicar la región de donde deben haber procedido estas olas sucesivas de emigrantes y la Babel donde se haya originado su confusión de lenguas. Yo no creo que hasta ahora se haya hecho ni siquiera una probable conjetura sobre este asunto.

La política de España consistía en promover una constante rivalidad entre los diferentes grupos de habitantes de sus colonias, creando pequeños matices imaginarios de superioridad entre ellos, con lo cual se evitaba que dos cualesquiera pudieran tener un interés común. De las causas de enemistad que prevalecían entre los criollos y los gachupines ya tendré ocasión de hablar más extensamente al tratar de la política colonial de la madre patria;** entre el resto, el rango, que se originaba en una conexión más cercana o más remota con el color predominante, era la cuestión en contienda. La blancura de la piel era la norma general de nobleza, y de ahí la expresión tan frecuente en una disputa: "¿Es posible que se crea usted más blanco que yo?" Pero el rey se reservaba para sí el poder de

* Dondequiera que la lengua azteca se encuentra en uso, la letra *r* es desconocida, mientras que en dialecto otomí se presenta casi en cada palabra. Así tenemos Popocatépetl, Iztaccíhuatl, Tenochtitlán, y esa palabra que no se puede pronunciar, dada por Humboldt, y que significa 'venerable sacerdote, a quien aprecio como un padre', Notlazomahuizteopixcatatzin, todas aztecas y todas sin *r*; mientras que en Valladolid los nombres que predominan son Acámbaro, Puruándiro, Zitácuaro y Zinapécuaro, en todos los cuales la *r* desempeña un papel predominante.

** Véase la Sección IV de este libro.

conferir los honores de la blancura a cualquier individuo de cualquier grupo, y esto se hacía por un decreto de la Audiencia, concretado en las palabras: "Que se tenga por blanco", y se tomaban los más grandes trabajos para impresionar a la gente con la importancia de estas distinciones, que equivalían de hecho a una patente de nobleza. Realmente, durante mucho tiempo hicieron el efecto de conservar las desavenencias entre las diferentes castas mezcladas; cada una de ellas tenía miedo de descastarse por una alianza con su inferior, mientras que el criollo blanco, orgulloso de la pureza de su propia sangre, supuestamente veía más abajo al resto de sus conciudadanos, con un desprecio muy similar al que tenía el español antiguo por él.

De tal manera prevalecía este sentimiento en 1803, que Humboldt, observador sumamente inteligente y filosófico, expresa sus temores de que un gobierno criollo (en caso de que pudiera existir) tratara de establecer una línea de demarcación entre ellos y las castas todavía más fuerte que la fijada por un gobierno que no tenía interés en favorecer a ninguna de las partes y únicamente pretendía mantenerlas a todas abajo. Los sucesos de los últimos diecisiete años han probado que esos temores eran infundados. Desde los primeros albores de la revolución, los criollos se vieron obligados a procurar una alianza de las clases mezcladas, y en todas sus proclamas se encuentra que presentan su propia causa y la de los aborígenes como una sola. Las distinciones de castas se aglutinaron en la grande y vital distinción de americanos y europeos; y contra éstos (los europeos), apoyados como estaban por toda la fuerza de España y ocupando, como lo hacían, casi todos los empleos públicos del país, no se podría haber hecho nada sino a través de una coalición general de los nativos. De ahí lo aparentemente absurdo que es oír a los descendientes de los primeros conquistadores (ya que, estrictamente hablando, eso eran los criollos) acusar gravemente a España de todas las atrocidades que sus propios antepasados cometieron; oírlos invocar los nombres de Moctezuma y de Atahualpa,* explayándose sobre las miserias que habían sufrido los indios y esforzándose por descubrir alguna afinidad entre los sufrimientos de esa sumisa raza y la suya propia.

Es consolador, sin embargo, pensar que esta necesidad de identificarse a sí mismos con los aborígenes, sin importar lo absurdo del argumento, ha llegado a buenos resultados prácticos. Ya no puede

* Véase el *Cuadro histórico* de Carlos Bustamante, *passim*, y el primer Manifiesto del Congreso de Buenos Aires, en el que se presenta la matanza de Caxamarca como uno de los alegatos para la Independencia.

decirse que existan castas en México ni tampoco, creo yo, en ninguna otra parte de la América española: muchos de los personajes más distinguidos de la guerra revolucionaria pertenecían a las razas mezcladas y, bajo el sistema ahora establecido, todos tienen igual derecho a la ciudadanía y están igualmente capacitados para ocupar las más altas dignidades del Estado. Varios curas de extracción indígena pura han sido ya diputados; y tengo amistad con un hombre joven, de notables habilidades, que es miembro del Supremo Tribunal de Justicia en Durango. También el general Guerrero, que en 1824 era uno de los miembros del Poder Ejecutivo y es ahora candidato a la presidencia, tiene una fuerte mezcla de sangre africana en sus venas y ello no se considera como desgracia. Lo anterior no es poca indicación de la mejoría que, según puede esperarse, se produciría en poco tiempo. Rescatado el país de la degradación política y habiendo despertado a un sentido de existencia política, espero no ser considerado como un teórico al suponer que se realizará en él una mejoría sensible y que muchos de los miembros más valiosos de la comunidad, de aquí en adelante, procederán precisamente de las clases que antes estaban excluidas de cualquier participación en la dirección de los asuntos de su país.

No puedo concluir este bosquejo de la población de México sin llamar la atención hacia la gran ventaja de que goza la Nueva España sobre sus vecinos, tanto del norte como del sur, con la ausencia casi total de población africana pura. La importación de esclavos a México fue siempre poco considerable y su número en 1793 no excedía de 6 mil. De éstos, muchos han muerto, muchos han sido manumitidos, y el resto escapó de sus amos en 1810 y buscó la libertad en las filas del ejército insurgente; de tal manera que creo tener razón al declarar que difícilmente se puede encontrar un solo esclavo en la porción central de la República.

En Texas (sobre la frontera norte), los colonos norteamericanos han introducido unos cuantos, pero todas las importaciones posteriores están prohibidas por ley y se han tomado providencias para asegurar la libertad de la descendencia de los esclavos actuales. El número de éstos debe ser excesivamente pequeño (probablemente no excedan de 50 en total), ya que en la solemnidad anual que se lleva a cabo en la capital el 16 de septiembre para conmemorar la proclamación de la Independencia por Hidalgo en Dolores y parte de la cual consiste en que el propio presidente dé la libertad a cierto número de esclavos, en 1826 hubo gran dificultad para hallar personas a quienes conferir esta gracia, y dudo mucho que se pueda encontrar alguna para el presente año.

Las ventajas de tal posición sólo pueden apreciarse por aquellos que conocen los inconvenientes y los peligros que acompañan a un orden contrario de cosas. En los Estados Unidos, donde esclavos, mulatos y negros libres constituyen más de una sexta parte de la población,* son una fuente constante de inquietud y de alarma. En un país donde se invoca incesantemente la libertad civil y donde todo se hace en su nombre y para su perpetuación, son una casta proscrita y degradada, sin esperanzas de ninguna mejoría. La esclavitud descansa sobre la supuesta inferioridad natural del esclavo respecto a su amo; conceder al esclavo manumitido una participación en los derechos políticos, junto con su antiguo señor, destruiría del todo esta base, y por consiguiente, el negro libre no solamente está desterrado de la sociedad de los blancos, sino que se halla excluido muy cuidadosamente del poder; y no ciertamente por la ley, sino en virtud del uso común, ya que la ley, en general, no reconoce diferencias de color ni establece distinciones, excepto entre dueño de esclavos y esclavo.** La consecuencia de esto es que la hostilidad existente entre los negros libres y los blancos, en los Estados Unidos, es todavía más inveterada que la de los esclavos hacia sus amos; y que en alguno de los estados (Virginia en especial) se ha estimado necesario promulgar leyes que obligan a todos los esclavos manumitidos a abandonar el estado; mientras que en otros se prohíbe, bajo pena de severas multas e inclusive de castigo corporal, enseñar a un esclavo a leer o a escribir.***

México se halla exento de todos estos males. En su territorio, la raza africana está ya amalgamada con la indígena y cuando la educación haya preparado a sus descendientes para ejercer los altos derechos de la ciudadanía, no habrá ni leyes ni costumbres que los aparten de obtener los primeros puestos del Estado. Entre tanto, proporcionan a las tierras calientes una raza muy útil de trabajadores, que, como no es atacada por el vómito (o fiebre de Vera-

* Según el censo de 1810, la población total se elevaba a 7 239 903 habitantes, de los que 1 377 810 eran negros, ya fuesen libres o esclavos; según el de 1820, la población total era de 9 638 226, de los que 1 538 118 eran esclavos y 233 557 negros libres.

** En algunos estados no es éste el caso: por ejemplo, en Carolina del Sur la gente negra libre no es elegible por ley para ocupar ningún puesto público. Un senador o un representante debe ser un hombre blanco libre, no contaminado con ninguna mezcla de sangre africana. Véase *United States* de Mellish, p. 275.

*** Véase *Sketch of the internal condition of the United States* ("Bosquejo de la condición interna de los Estados Unidos"), de Mr. Política, del que he tomado muchas de las observaciones anteriores.

cruz), ejecuta la mayor parte de las faenas en las poblaciones de la costa y cultiva, en el interior, las producciones que son peculiares de la tierra caliente.

La cuestión del trabajo libre se puede enarbolar cuanto se quiera en otras partes, pero en México ya está decidida. El azúcar, el café y el añil, que abundan en muchas partes del país y que a pesar de que no se exportan actualmente se cultivan en cantidades suficientes para un consumo doméstico muy grande, son cultivados en su totalidad por hombres libres. No hay un solo esclavo en el valle de Cuernavaca o en los alrededores de Orizaba y de Córdoba, que son las grandes zonas productoras para el azúcar y el café. Toda la labor es ejecutada allí por los indios y por las razas mixtas, y la falta de mano de obra es casi desconocida. Sobre este asunto daré algunos detalles adicionales en la sección siguiente, que trata de las producciones del suelo mexicano. Aquí sólo me resta añadir que, tanto en el Nuevo Mundo como en el Viejo, la Gran Bretaña ha hecho todo lo que está a su alcance para mejorar la condición de la raza africana. La abolición del tráfico de esclavos fue una condición *sine qua non* de su relación con los nuevos estados americanos. Es reconfortante reflexionar sobre la presteza con que se cumplió en México este deseo; sin embargo, no dudo de que llevará en ello su propia recompensa, ya que la política no está menos interesada que la humanidad en la supresión de aquellas leyes que, al perpetuar la diferencia entre amo y esclavo, ponen en peligro la seguridad de todo el cuerpo político, colocando los intereses de una porción de la sociedad en oposición directa a los de todo el resto.

hacía imposible la competencia por parte de los comerciantes de la capital, que tenían que pagar los derechos establecidos por la aduana. Los precios en San Luis se han elevado conforme han disminuido las facilidades para el contrabando; pero todavía hay suficientes coyunturas para el contrabandista en una costa de trescientas leguas de extensión, y son muy pocos los artículos de manufactura extranjera que no se puedan comprar en el norte a un precio muy inferior al que deberían tener de no haberse eludido el pago de los derechos.

Además de su comercio extranjero, San Luis abastece a los estados vecinos de León y Coahuila con mercancías domésticas de diversas clases. En el pueblo abundan los sastres, sombrereros, curtidores y herreros; últimamente también se ha establecido allí una curtiduría y, en pequeña escala, toda la población parece industriosa. Con excepción de la capital, el estado no tiene poblaciones grandes. Se divide en haciendas, pocas de las cuales tienen una extensión mayor de treinta sitios,* en tanto que el promedio general es de unos catorce.

Muchas de estas haciendas serían valiosas debido a la extraordinaria feracidad del suelo, pero la falta de mercado hace que la producción agrícola tenga muy poca demanda. El maíz se vende, en años ordinarios, a cuatro y seis reales la fanega (uno o uno y medio dólares por carga de 300 libras), e inclusive a este precio no siempre se encuentran compradores.

En 1826, lo seco de la estación había dado un valor poco usual a todas las existencias (ya que casi toda la cosecha del año se había perdido) y el maíz se estaba vendiendo en las cercanías de San Luis a veinte reales la fanega, y a treinta y treinta y seis reales cerca de Catorce, donde era mayor la demanda y precario el abastecimiento; pero éste era un suceso del que no había habido ejemplo en más de veinte años. En general, al bajo precio del grano se debe atribuir la preferencia que se dá a las haciendas de ganado en el norte. La mayoría de las haciendas de San Luis son vastos pastizales para ovejas, y Durango, Zacatecas y Chihuahua producen gran proporción de las mulas y los caballos con que se abastecen los estados australes de la Federación.

Uno de los distritos más fértiles de la antigua intendencia de San Luis Potosí, ahora dividida en cuatro estados soberanos,** era el valle del Maíz, en el declive oriental de la cordillera que separa la

* El sitio de ganado mayor de México abarca un cuadrado de cinco mil varas o una superficie de veinticinco millones de varas.

** Coahuila y Texas, Nuevo León, Tamaulipas y San Luis.

La subida a Catorce.

La subida a Catorce

SECCIÓN V

REGRESO DE DURANGO A SOMBRERETE. ZACATECAS. MINAS DE VETA GRANDE Y DE LA UNITED COMPANY. CAMINO A TRAVÉS DE LOS ESTADOS DE GUADALAJARA Y VALLADOLID, POR OZUMATLÁN Y TLALPUJAHUA A LA CAPITAL. UNA RELACIÓN SOBRE LOS ESTADOS DE MÉXICO, VERACRUZ, OAXACA, YUCATÁN Y TABASCO

Salí de Durango el 19 de diciembre, sumamente complacido de la amable recepción que me habían brindado algunas de las más respetables familias criollas, a las que fui presentado durante mi corta visita. Entre éstas, se encontraban dos hermanas del general Victoria, políticas muy vivaces y entusiastas, habilidad para la que había en Durango, infortunadamente, mucho campo. La población estaba dividida en dos partidos: liberales y serviles; los primeros, amigos y partidarios del gobernador, ávidos de promover toda clase de reformas útiles; y los últimos, dispuestos a dar la batalla, bajo los estandartes del cabildo de la catedral, como oponentes a toda innovación, especialmente en asuntos relativos a la Iglesia. La contienda empezó con un intento que la legislatura del estado hizo para forzar a los canónigos a que aplicaran, a los fines para los que fueron legados, ciertos fondos que habían sido consignados por el cabildo como perdidos entre la masa de los bienes de la Iglesia, denominados Obras Pías.

Los canónigos negaban a las autoridades civiles el derecho de intervenir, y, dada la violencia de su oposición, por algún tiempo pusieron en peligro la tranquilidad del estado. Sin embargo, la disputa terminó amigablemente poco después de mi visita a Durango, cuando el cabildo consintió en proporcionar el dinero requerido por el gobierno, en forma de préstamo, con la condición de que se dejara por la paz la propuesta investigación.

El gobernador tenía la intención de utilizar estos fondos en la ejecución de un proyecto que cambiaría totalmente la apariencia del valle de Durango. En la actualidad, el pueblo recibe su abasto de agua de un solitario manantial, el ojo de agua de los Remedios, que, aunque suficiente para las necesidades ordinarias, sólo ofrece a los habitantes los medios para irrigar una porción muy pequeña de la tierra destinada a huertos en los alrededores de la población. Sin embargo, se ha determinado que, trazando un canal desde el río hasta el noroeste del valle, podría obtenerse una caída suficiente

intenciones y se limitaron a una guerra de palabras, que continuó hasta que hubimos abandonado la plaza, más allá de lo cual nadie intentó seguirnos ni incomodarnos. Sin embargo, no nos sentimos tranquilos hasta que hubimos abandonado la ciudad y los Palmares (bosque de palmeras enanas que se extendía varias millas a la redonda, y famoso como escena de muchos robos), donde casi esperábamos un ataque y estábamos preparados para hacerle frente.

En justicia a los habitantes de Zacatecas, debo agregar que el tratamiento poco hospitalario de que con tanta razón nos quejamos se limitó exclusivamente a la capital, e inclusive ahí no fue más allá de la clase trabajadora: raza ignorante y brutal, hundida en una baja corrupción y culpable de excesos contra sus propios integrantes, a la que el gobierno tiene poca energía para reprimir. La población agrícola es bondadosa y hospitalaria; y de los hacendados, las autoridades y los ciudadanos más respetables recibimos toda clase de pruebas de la más amistosa disposición.

Dejamos Zacatecas el 26 de diciembre, y dormimos en San Jacinto (a doce leguas de la población), magnífica hacienda perteneciente a la marquesa de Ruhl, donde se puede decir que empieza el cultivo que hace famoso al distrito de Aguas Calientes. El 27 llegamos a la ciudad de este nombre, a eso de las tres de la tarde. El camino desde San Jacinto resultó bastante interesante, ya que los ranchos se multiplicaban a nuestro alrededor a cada paso. Vimos por todos lados inmensos campos de maíz, y encontramos enormes carretas tiradas por bueyes, algunas cargadas con chile, otras con zacate y otras más con olotes; los caballos, vacas y bueyes abundaban en los potreros, generalmente rodeados de paredes y profundas zanjas, y todo parecía denotar una población floreciente y próspera.

En medio de toda esta abundancia, sin embargo, estábamos casi muertos de hambre; porque habiendo perdido de vista imprudentemente el coche al salir de la hacienda, por haber tomado una ruta distinta, nos encontramos separados de nuestras provisiones, sin ninguna perspectiva de reunírnosles hasta llegar a Aguas Calientes, donde ambos caminos se juntan de nuevo. En estas circunstancias, pues como de costumbre habíamos salido sin desayunar, nos alegró mucho encontrar, alrededor de la una de la tarde, a un hombre que llevaba un gran plato de frijoles y tortillas a unos pastores que se hallaban en un campo cercano. Nos abalanzamos sobre la comida con violencia; llenamos de agua una calabaza en un manantial no lejano; un árbol de tamaño poco usual nos brindó protección contra el sol; y a pesar de la sencillez de nuestro alimento, cuando hubimos limpiado completamente nuestro plato de frijoles y chile, al que

atacamos alternativamente con cucharas de Moctezuma,* estuvimos de acuerdo en que muy pocas veces habíamos cocinado comida más deliciosa.

Encontramos una posada muy tolerable en Aguas Calientes, pero no se nos permitió permanecer en ella mucho tiempo, ya que el marqués de Guadalupe, a quien habíamos conocido en la capital, insistió en que nos mudáramos de inmediato a su casa, donde pasamos todo el día siguiente.

La conducta de este caballero puede servir de ejemplo a todos los grandes propietarios de la Nueva España. Posee catorce haciendas, que en 1813, cuando por vez primera pasaron a su poder, estaban en tal estado de ruina, que la totalidad de las rentas obtenidas de ellas no excedía de tres mil dólares anuales. Inmediatamente abandonó la capital y durante diez años se dedicó a la supervisión personal de sus haciendas, que son ahora las más valiosas de los alrededores. Las represas y edificios han sido reparados, y se ha recobrado el ganado perdido durante los primeros años de la revolución; de manera que el marqués obtiene ya de su posesión una renta de 75 mil dólares al año (15 mil libras esterlinas), y espera un aumento coniderable. Su caballada y yeguas de cría en Ciénega de Mata y otras haciendas de cría ascienden a ocho mil animales; y en 1826 vendió. sólo a la Bolaños Company, quince mil fanegas de maíz. Asimismo, está explotando las minas de Asientos de Ibarra, de las que parece tener una elevada opinión. La veta es de una anchura inmensa (cerca de veinte varas), y los minerales extremadamente abundantes, aunque pobres. Esto hace necesaria la construcción de instalaciones de beneficio en gran escala, y como el marqués desea que las minas sufraguen por lo menos una parte de los gastos, los progresos del establecimiento son lentos.

La población de Aguas Calientes está bellamente construida y situada: algunas de las casas son muy elegantes, particularmente la de la familia de Guadalupe, que ocupa medio lado de la gran plaza. En las cercanías de la ciudad existen fuentes de aguas minerales termales, de donde proviene su nombre. El agua es hermosamente clara y su temperatura deliciosa. Las fuentes de aguas minerales abundan en todo el distrito. Unas cuantas son aprovechadas para irrigación; pero la mayoría han resultado inaplicables a este propósito o a cualquier otro uso agrícola, por la cantidad de alumbre que contiene el agua, que, después de un tiempo, deja una delgada capa blanca

* Cucharas de Moctezuma es un nombre que frecuentemente se da a las tortillas, pues, debido a su flexibilidad, las usan constantemente las clases bajas como sustituto de las cucharas.

sobre el suelo y lo hace totalmente infecundo. En estos casos se requieren algunos años para que la tierra recobre su fertilidad.

Aguas Calientes produce casi la cuarta parte del maíz y la tercera del chile y frijol que se cosechan en el estado de Zacatecas; la cosecha promedio anual del primero es de 140 952 fanegas, del segundo, de 7 293 fanegas, y del tercero (que se vende por peso), de 4 291 arrobas. El trigo cosechado promedia 4 749 cargas (de 300 libras), pero es superado por la producción anual de Fresnillo, donde la cosecha registrada es de 7 230 cargas.

Asimismo, la población tiene la fábrica de manta más grande que conocí en México. Se llama el obraje de Pimentel y da trabajo a 350 hombres y mujeres dentro de las paredes del establecimiento. En ella se consumen anualmente cinco mil arrobas de lana; y lo barato de este artículo esencial (que raras veces sube arriba de doce reales la arroba y con frecuencia se puede comprar hasta en siete) permite al propietario, cuyo principal negocio consiste en un contrato con el gobierno, entregar su tela en Querétaro al mismo precio que los fabricantes de esa ciudad, quienes raras veces pueden obtener lana por menos de catorce reales la arroba.

Los colores más usados son rojo, verde, amarillo y azul. Para el primero se utiliza cochinilla como pigmento, a razón de cerca de 4 1/2 libras por pieza de manta de cuarenta varas de longitud y 60 libras de peso; pues tales son la calidad y dimensiones fijadas por los términos del contrato. El añil produce un azul excelente. Para el amarillo se emplean dos pigmentos: uno extraído de la semilla de una planta parásita que abunda sobre los árboles de pimiento peruano en el Bajío y se llama zacatlascal; el otro, el palo moralete, árbol de tierra caliente traído principalmente desde Amatlán de las Cañas. El zacatlascal es con mucho el más fuerte de los dos: sólo se necesitan 6 1/2 libras para cada pieza de manta (la libra cuesta dos y medio reales), mientras que del moralete se tienen que utilizar una arroba y cuarto, a siete reales la arroba, además del gasto de machacarlo. Sin embargo, el moralete se usa más generalmente, debido a la dificultad de asegurar un abastecimiento continuo de zacatlascal. Cualquiera de los dos más el añil, disueltos en ácido sulfúrico, proporcionan un verde muy bueno.

Los precios por vara son: escarlata, veinticuatro reales; verde, dieciocho; azul, dieciséis; amarillo, quince. Lo caro de la cochinilla, que se trae desde Oaxaca y cuesta allí tres dólares la libra, y la escasez del añil son las causas de la diferencia de precio.

En Aguas Calientes nos percatamos por primera vez de esa diferencia en el clima que se hace tan patente al acercarse a la costa

occidental. Desaparece la aspereza del viento del norte y es reemplazada por una sensación suave y fragante en el aire, desconocida inclusive en verano en la capital, donde las noches y mañanas son generalmente frías. Nada podría exceder la bondad y cortesía sin afectación con que nuestros anfitriones nos hicieron los honores de su casa. La marquesa, hermana de la señora de Regla, con toda la belleza y todo el talento que hacen famosa a la familia por el lado materno, nos solicitaba encarecidamente que prolongáramos nuestra estancia, pero teníamos demasiada urgencia de regresar a México para permitirnos la tentación, y el 29 de diciembre dejamos Aguas Calientes y tomamos el camino directo a Guadalajara, por la Villita (a diez leguas de distancia), donde dormimos.

Humboldt ha cometido un error en su mapa (que ha sido desde entonces copiado por todo mundo) al incluir a Aguas Calientes dentro de la provincia de Guadalajara y no en la de Zacatecas, a la que pertenece. Asimismo, omite casi todos los pueblos en el camino a Guadalajara, y los ríos están puestos muy erróneamente; el que es atravesado por el puente de Calderón no se registra, y el río Grande aparece muy próximo a Guadalajara, a la que no se acerca más de seis leguas. La línea divisoria entre los dos estados se encuentra, en realidad, entre Aguas Calientes y la Villita. La primera parte del camino es plana; las últimas dos leguas, de lomerío; el pueblo está situado en una barranca, como lo están la mayoría en el camino a Guadalajara; supongo que por la oportunidad del agua. Encontramos tolerable la posada, y, además del abastecimiento ordinario de provisiones, conseguimos algo de leche helada, sazonada con vainilla y azúcar, que después de un viaje caluroso resultó muy agradable.

30 de diciembre. San Juan de los Lagos, ocho leguas. Este pueblo es famoso por su feria anual, que comienza el ocho de diciembre, y por una iglesia dedicada a la Virgen, que sería considerada como un magnífico edificio en cualquier parte del mundo. En su actual situación, el efecto es tal vez mayor por el contraste con las casas de adobe y lo primitivo del paisaje que la rodean. No estoy familiarizado con las circunstancias que dieron su fama inicial a la imagen de Nuestra Señora, en cuyo honor se construyó el templo; pero se supone que todavía tiene el poder de hacer milagros, y a la puerta del templo se venden, por una bicoca, medallas de valor inapreciable para quienes creen en su eficacia.

El pueblo se encuentra en una profunda barranca, casi al nivel del río del mismo nombre; la posada, construida de piedra, es muy espaciosa, y durante la feria resulta una propiedad de gran valor, pues cada cuarto se renta por diez dólares diarios. Me pesó mucho

no haber podido visitar San Juan durante esta época, pues dicen que lo que se ve es excepcionalmente singular. Miles de caballos y mulas son congregados en los montes circundantes, y casi cada cuarto de cada casa está lleno de mercancía de manufactura extranjera o doméstica, de la cual los comerciantes del norte hacen su selección y se proveen de suministros para todo el año. Diversiones de todas clases se entremezclan a los negocios del día. Peleas de gallos, monte y bailes ocupan las horas de descanso; y como la feria es punto de reunión de los propietarios de haciendas y de sus familias, en cien leguas a la redonda, no existe tal vez ningún lugar de la Federación donde se puedan ver con tanta pureza las costumbres nacionales. En la actualidad la feria está perdiendo importancia, pues últimamente se han abierto tantos canales a la importación de mercancías extranjeras, que se han vuelto accesibles a toda clase de habitantes en sus respectivos estados; pero probablemente se mantendrá la reunión por mucho tiempo con fines de placer, aun cuando ya no sea esencial para el abasto de necesidades imperiosas.

31 de diciembre. (La Venta, catorce leguas.) Salimos de San Juan poco antes de las siete, y a las once llegamos a Jalos, donde desayunamos. Se dice que la distancia es de cinco leguas, pero en realidad es de siete. En Jalos estuvimos dos horas, y la mayor parte de ellas se ocupó en negociar la compra de dos caballos, por uno de los cuales di cuarenta y tres dólares, y por el otro veintiséis, más una mula de carga que ya no podía seguir adelante. Hicimos un infortunado intercambio de mulas en Zacatecas, donde nos libramos de varios pobres animales con el lomo pelado, y recibimos en cambio unas criaturas de muy buena estampa, pero tan poco aptas para el trabajo, que todas se quedaron antes de llegar a Guadalajara. Existe una enfermedad peculiar de México, llamada el asoleado, a la que se ven expuestos tanto los caballos como las mulas, si están gordos, cuando tienen que soportar la acción violenta del sol. De hecho es un *coup de soleil,* pero en lugar de afectar la cabeza, afecta el corazón. La sangre circula con tremenda rapidez; e inclusive antes de que la enfermedad llegue a su clímax, el pulso es tan violento que se puede palpar y hace temblar todo el cuerpo del animal a cada latido. En esta situación, el único remedio eficaz consiste en desangrarlo casi hasta el agotamiento. Los paliativos son bastante usados por los mexicanos, pero el caballo generalmente sufre una recaída por el más mínimo esfuerzo; y este hecho es tan conocido, que una de las primeras pruebas a que se sujeta a un caballo, cuando se va a comprar, es correrlo al galope por una distancia de cien yardas al sol, asegurándose después, colocando la mano sobre la cruz, de que

no tiene el latido peculiar que indica esta dolencia. Nosotros descuidamos esta precaución con nuestras mulas de Zacatecas y nos fallaron una por una. Una murió en el camino y otras tres fueron dadas como parte del precio por los caballos, única forma de evitar una pérdida total.

De Jalos seguimos a la Venta (siete leguas más), miserable hacienda sin carne, sin maíz, sin leche, sin nada, donde a pesar de todo nos vimos obligados a dormir.

El 1° de enero de 1827 llegamos a Tepatitlán, un pueblo muy bonito a once leguas de la Venta, levantado sobre una eminencia, al pie de la cual una pequeña corriente serpentea a través de la planicie, con una faja de cipreses que, como es usual, señala su curso. Tepatitlán es un pueblo ranchero, cabeza de un distrito muy fértil, con una población de 25 524 almas, rico en maíz, cebada, caballos y ganado bovino. La cantidad de grano sembrado se calcula en 3 553 fanegas anuales; y el rendimiento promedia, en la cosecha de maíz, sesenta, y en la de cebada, doce fanegas por cada una sembrada.

Encontramos la posada buena y las provisiones abundantes. Además, yo había tenido señalado éxito en mi deporte matutino, pues había matado, además de liebres, de las que ya nos estábamos cansando, varias codornices y patos de diferentes clases, que abundaban en el río o arroyo, pueblo abajo; de manera que recibimos el año nuevo con un banquete suntuoso. El clima era tan moderado, que pusimos la mesa al aire libre, bajo el pórtico de la posada, y estuvimos sentados allí hasta entrada la noche, platicando con el señor Martin, a quien conocí por primera vez en Suecia en 1816, de nuestras aventuras pasadas y perspectivas futuras, y preguntándonos, ya que el destino nos había juntado en dos puntos tan distantes, en qué otra parte del mundo nos tocaría en suerte entrar de nuevo en contacto.

2 de enero. Salimos de Tepatitlán a las siete de la mañana y a las dos llegamos a Zapotlán o Zapotlanejo. Distancia: doce leguas.

En la mesa o meseta que se extiende hasta cerro Gordo maté varios pájaros que los nativos llaman gordillos, pero que se asemejan en ojo, plumaje y apariencia general a nuestra chochaperdiz. Son casi del doble de tamaño y de igual delicadeza de sabor.

A lo lejos, Zapotlanejo, aparece como una masa de verdor; su situación está extremadamente resguardada al norte y al este, y el suministro de agua es abundante; pero la bajada desde Zacatecas, que debe de ser considerable, había sido tan lenta, que a pesar de la creciente suavidad del aire no estábamos preparados para encon-

trarnos tan repentinamente transportados a la tierra caliente o rodeados de una vegetación digna de la misma vega de Cuautla. Todas las frutas de que pueda presumir Jalapa se encuentran en este aislado lugar; y vimos con asombro, a medida que nos acercábamos, el oscuro follaje del aguacate y de la chirimoya, en contraste con el verde claro de la caña de azúcar y el amarillo brillante de la naranja. Por la tarde, nos dimos un festín con zapotes y otras frutas deliciosas, de que nos habíamos visto privados por largo tiempo; y a la siguiente mañana nos proveímos de una carga de naranjas para el camino, cuyo valor nunca se aprecia tan completamente como después de un viaje polvoso bajo un sol abrasador.

Alrededor de cuatro leguas al noreste de Zapotlanejo pasamos el puente de Calderón, famoso en los anales de la revolución por la batalla que resultó fatal para Hidalgo y que dio su título a Calleja. Está construido sobre un río de márgenes escarpadamente empinadas, y presenta una posición muy favorable para la defensa si sólo es atacado por el frente, pero desventajosa si se le flanquea, como lo hizo la caballería realista. Sobre el cerro, hacia el lado de Guadalajara, todavía existe un montículo de piedras cubierto con infinidad de pequeñas cruces, que señala el lugar donde se cuenta que la matanza fue mayor.

3 de enero. (De Zapotlán a Guadalajara, diez leguas.) Desde el momento en que salimos de la barranca en que se encuentra Zapotlán, perdimos de vista la exuberante vegetación de que se halla rodeado el pueblo. Los campos recuperaron su antigua tonalidad café; rastrojos de maíz se sucedían unos a otros interminablemente; y la Mesa, con sus usuales características, se extendía de nuevo a nuestro alrededor.

Desayunamos en la villa de Puente Grande, donde hay uno magnífico de veintiséis arcos, construido sobre el río Lerma o río Grande de Santiago, a seis leguas de Guadalajara y cuatro de Zapotlán. El ancho del río en este punto es bastante considerable, y grande el volumen de agua en la temporada de lluvias; pero durante seis meses del año está seca la mayor parte de su lecho; y debido a este incierto abasto, así como a las grandes masas de roca arrastradas por la corriente durante las lluvias periódicas, creo que cualquier intento de hacer navegable el río Grande se vería acompañado de gran dificultad. Sin embargo, muchos lo consideran como el futuro medio de comunicación entre el Bajío y el Pacífico, y esperan confiados la época en que la harina mexicana, transportada por este canal, reemplace a la de Chile en los mercados de Lima y Guayaquil. Sin decidir acerca de la posibilidad o imposibilidad de este plan, sólo es nece-

sario decir que México deberá estar en una situación muy distinta a la actual antes de que se pueda intentar su ejecución. La obra debe ser el trabajo de un país altamente próspero y poblado, y no de uno donde los elementos de la prosperidad están apenas empezando a desarrollarse. Por lo tanto, ciertamente no pertenece al período que abarca mi presente trabajo, aunque tal vez en 1927 sus ventajas sean comentadas por algún futuro historiador mexicano.

Permanecí largo tiempo en el puente, retrasado del resto de mi grupo, cazando patos, y tal vez me habría pasado la mañana allí si no hubiera recibido una carta del señor Ritchie, comerciante inglés muy respetable establecido en Guadalajara, que había tenido la bondad de ofrecernos alojamiento en su casa durante nuestra estancia en la ciudad; escrita apresuradamente, me informaba que las autoridades principales del estado venían con él a encontrarnos a la villa de San Pedro. De inmediato me dirigí a ese lugar, pero no llegué sino mucho después que el carruaje, y encontré congregado un numeroso grupo que nos había estado esperando durante algún tiempo. Zacatecas nos había echado a perder para tales cortesías, o, por lo menos, nos dejó totalmente impreparados para recibirlas; y yo estaba no poco avergonzado de nuestra apariencia, llenos de polvo, al tomar nuestros lugares en los alegres carruajes traídos para nuestra recepción.

El acceso a Guadalajara se encuentra en una vega plana, pero rica; la población cubre una gran extensión de terreno y su vista desde la hacienda de Batres (al sureste) es muy pintoresca, aun cuando no hay ninguna cordillera en el fondo para descansar la vista. La casa del señor Ritchie, a donde llegamos entre las dos y las tres de la tarde, está situada en una de las calles principales, y a pesar de lo grande de nuestro grupo, su hospitalidad encontró los medios de proporcionarnos alojamiento a todos. Sólo los sirvientes y las mulas fueron enviados a una posada, que, por lo que de ella vi, parecía especialmente mala.

El estado de Jalisco o Guadalajara empieza, como ya se ha señalado, un poco hacia el oeste de Aguas Calientes y ocupa todo el espacio intermedio entre esa población y las playas del Pacífico. Este extenso territorio está dividido en ocho cantones o distritos (Guadalajara, Lagos, la Barca, Sayula, Etzatlán, Autlán, Tepic y Colotlán), y éstos, a su vez, están subdivididos en veintiséis departamentos, que tienen en total 318 pueblos, 387 haciendas y 2 534 ranchos, con una población registrada de 656 830 almas. Antes de la separación del distrito de Colima, que ha preferido convertirse en territorio de la Federación (o sea, colocarse bajo la inspección in-

mediata del Supremo Gobierno), Jalisco tenía ochocientos mil habitantes. El número actual no excede al dado por el censo; ya que el gobierno, convencido de la inexactitud de los informes remitidos por los ayuntamientos, les ha agregado un sexto para cubrir las inevitables deficiencias.

La población de la capital, en 1823, era de 46 804; pero ha aumentado considerablemente desde esa época, y en 1827 se suponía que ascendía a cerca de sesenta mil almas. La ciudad en sí está catalogada como la segunda de la República, y aun cuando tal pretensión es impugnada por la Puebla, yo creo que merece justamente esa designación. Sin embargo, las calles están tristes y desiertas, ya que la mayoría de las clases bajas tienen ocupación en sus propias casas, donde en pequeña escala realizan diferentes oficios, al igual que en San Luis. Son buenos herreros, carpinteros, orfebres y sombrereros, y famosos por su habilidad en el trabajo de la piel así como en la fabricación de una especie de loza de barro porosa, de la que abastecen no únicamente a todo México sino a las naciones vecinas sobre el Pacífico. Esa loza se hace en parte en Guadalajara y en parte en las dos villas de San Pedro y Tonalá, donde los habitantes no tienen otra ocupación. Se tejen también rebozos y tápalos (chales de calicó a rayas, muy usados por las clases bajas) en cantidades considerables, así como anteriormente se hacían mantas (cobijas); pero este ramo del comercio, después de mucho sufrir en 1812 cuando fue abierto el puerto de San Blas por el general Cruz, ha sido totalmente arruinado por las recientes importaciones de los Estados Unidos, introducidas de contrabando a través de Tampico, Soto la Marina y Refugio, en la costa oriental.

En la actualidad, Guadalajara deriva poca o ninguna ventaja de su comercio extranjero, pues San Blas se ha abandonado casi como puerto, a consecuencia de su natural inferioridad frente a Mazatlán y Guaymas, así como a causa de la molesta conducta de los oficiales de la aduana en ese lugar; de lo cual ya he dado todos los detalles necesarios en la Sección V del Libro Tercero.

Las mercancías extranjeras se introducen por tierra desde San Luis o México. Sólo existe un establecimiento mercantil extranjero en la capital (el del señor Ritchie) y tres en Tepic; y es probable que aun éstos pronto se vean obligados a tratar de establecerse más al norte, a menos que la apertura de los puertos de Manzanillo y Navidad (hasta ahora poco frecuentados) diera nuevo impulso al comercio directo.

Con una población tan grande, las rentas públicas del estado de Jalisco podrían ser muy considerables; sin embargo, no han resul-

tado suficientes para cubrir los gastos. Esto se debe principalmente a la abolición de las alcabalas, en lugar de las cuales el congreso estableció una contribución directa o impuesto sobre la renta, a sugerencia del finado gobernador, don Prisciliano Sánchez. La medida fue tan impopular, que la cantidad recaudada nunca excedió de 230 mil dólares; y para cubrir el déficit se restablecieron algunas de las antiguas alcabalas, además de esta contribución. Aun así, el contingente, que asciende a 365 mil dólares al año, no es cubierto, y el estado tiene cuentas atrasadas con la Federación por la cantidad de 108 mil dólares. Los gastos anuales del gobierno son de 200 mil dólares, incluyendo los salarios del gobernador y del vicegobernador, más ocho jefes políticos, que presiden los ocho cantones, treinta diputados y ocho senadores, cada uno de los cuales recibe un salario de 3 mil dólares.

Para cubrir estos cargos, se tienen, además de los ramos de renta pública ya mencionados: el cuarto de los diezmos, que promedia anualmente de 85 mil a 90 mil dólares; la producción de las fábricas de tabaco, todavía no muy bien organizadas; y los derechos municipales, que son considerables, además del tres por ciento sobre las mercancías extranjeras. Todas estas rentas producen únicamente 500 mil dólares, aun cuando las de 1812 a 1821 ascendieron a cuatro millones anuales. Sin embargo, en esa época San Blas era en todo el territorio mexicano el único puerto que estaba abierto al comercio extranjero, además de Veracruz, y, en consecuencia, los derechos sobre mercancías destinadas al consumo de los estados del norte, que ahora se abastecen a través de sus propios puertos, se acumulaban en Jalisco.

Las minas de Guadalajara, con excepción de las de Bolaños, que me dio mucha pena no poder visitar, son de menor importancia que las de los demás estados centrales. Bolaños está situada en una barranca, cuya parte inferior queda a sólo 3 107 pies sobre el nivel del mar. De los trabajos que allí se están llevando a cabo, ya he hecho un relato (Libro Sexto, Sección II), al que no puedo añadir nada. En Comanja, distrito entre Lagos y León, la United Company ha contratado las minas de Diamantillo y Guardarraya, que de acuerdo con el informe del señor Alamán se pueden considerar como un mero experimento. La veta principal de Comanja es considerada como prolongación de la veta Madre de Guanajuato; pero desde la expulsión de los jesuitas, que explotaron allí la famosa mina de los Remedios, ha sido poco explorada. La sierra de Comanja es en parte volcánica y en parte basáltica. Además de la plata, abundan el hierro magnético, el plomo y el estaño; pero el pueblo en sí fue

destruido durante la guerra, y las riquezas minerales de sus alrededores raras veces son exploradas.

En la tierra caliente, entre Guadalajara y Tepic, existen asimismo algunos minerales, a la fecha poco explotados. De éstos, el único de importancia parece ser Tlostotipaquillo, donde las minas del coronel José Chiafino deben de haber rendido, según papeles que el señor Ritchie tuvo la bondad de proporcionarme, de 1806 a 1810 una utilidad líquida de 234 932 dólares, y de 1820 a 1824, 268 143 dólares. Actualmente se encuentran abandonadas por la muerte de su propietario.

Jalisco es sin duda el estado donde las ideas republicanas han hecho mayores progresos, pero dudo si la violencia de los ataques dirigidos contra todo aquello que haya estado conectado con el antiguo sistema no ha producido en algunos aspectos un efecto negativo. La libertad de imprenta ha degenerado en libertinaje; y el deseo de debilitar la influencia del clero (todopoderoso en una ciudad que por tanto tiempo ha sido sede de un obispado muy rico) llevó al desaparecido gobernador a una contienda en que pareció al fin como reconocido partidario del ateísmo.

Como en Durango, se hizo necesaria la intervención del Supremo Gobierno para detener el excesivo celo con que el partido liberal impulsaba las reformas eclesiásticas, a fin de evitar que produjeran muy graves consecuencias. De acuerdo con el artículo séptimo de la Constitución de Jalisco, el estado incautó toda la propiedad de la Iglesia y, a su vez, se echó a cuestas el tomar providencias adecuadas para los ministros de la religión. Esta medida encontró esforzada resistencia por parte del cabildo, que inclusive amenazó con excomunión al gobernador y al congreso si perseveraban en su intento de ponerla en vigor; la cuestión de derecho fue referida por fin al Congres oGeneral, el cual decidió que no se podía obligar legalmente a las autoridades eclesiásticas a jurar fidelidad al nuevo código en condiciones tan en detrimento de sus propios intereses. De acuerdo con lo anterior, la Constitución fue jurada sin el artículo séptimo (que, sin embargo, todavía se conserva como parte del texto impreso), y esta prudente resolución detuvo por un tiempo toda innovación posterior. No obstante, se había hecho lo suficiente para excitar un espíritu de inveterada hostilidad entre las autoridades eclesiásticas y civiles, y hasta la fecha ha continuado la contienda. El gobernador, don Prisciliano Sánchez, murió un poco antes de mi llegada a Jalisco, en estado de excomunión, por haber sido uno de los editores de *El Astro*, periódico en que fueron proclamadas las doctrinas a que ya he hecho alusión; y su sucesor, don Antonio

Cumplido, está, según creo, bajo la misma sentencia. Todos los partidarios de reformas eclesiásticas moderadas en México deploran tal estado de cosas en Guadalajara. Las autoridades, con su conducta, han dado al cabildo un pretexto muy justo como acallar como herejía todo intento de innovación; y aunque me inclino a pensar que la influencia de la Iglesia está disminuyendo rápidamente, todavía tiene gran dominio sobre las conciencias y, si se la orilla al extremo, puede resultar un enemigo peligroso para la tranquilidad del país.

En todos los asuntos no conectados con la religión, el gobierno de Jalisco ha mostrado un laudable deseo para el mejoramiento de la educación pública. Se han establecido escuelas en todas partes del estado y han sido puestas bajo la inmediata supervisión de los jefes políticos. De acuerdo con un artículo de la Constitución, quienes para el año de 1840 no sepan leer perderán el derecho a votar en las elecciones. En la capital se ha establecido un colegio a expensas de la hacienda pública, sobre la base más liberal. Se han contratado profesores de anatomía y lenguas modernas (los dos franceses, muy inteligentes), con un salario de 2 mil dólares al año. Se espera dentro de poco a un profesor de mineralogía de Friburgo, y el señor Jones (yerno del señor Lancaster) ha sido designado para vigilar la aplicación del sistema lancasteriano en todo el estado, con sueldo similar. El gobierno está acondicionando un magnífico edificio para esta nueva institución, e iban a empezar allí las clases una semana después de mi partida.

La ciudad de Guadalajara es bonita, sus calles amplias, y muchas de sus casas excelentes. Existen catorce plazas, doce fuentes y varios conventos e iglesias, la principal de las cuales (la catedral), es todavía un magnífico edificio, a pesar de la destrucción de las cúpulas de ambas torres en el gran terremoto de 1818.

La alameda o paseo público está muy bellamente distribuida, ya que los árboles, en lugar de estar acomodados en formación de batalla, en líneas rectas, cortándose unos a otros en ángulo recto como la calle, cubren una gran extensión de terreno en hileras irregulares, y en el verano todo el espacio libre se llena de flores, particularmente de rosas, que dan una apariencia muy animada. En el centro hay, también, una fuente con agua corriente en todo su derredor. Dentro de la ciudad, los portales son el principal punto de reunión, pues además de varias tiendas elegantes bien provistas de manufacturas europeas y chinas, tienen gran número de puestos cubiertos de producción doméstica, frutas de todas clases, loza de barro de Tonalá, grandes cantidades de zapatos, mangas, sillas de montar, pájaros en jaulas, dulces de calabazate y miles de chu-

cherías de las que parece haber incesante demanda. Como cada uno de estos puestos paga una pequeña renta de piso, los conventos a los que pertenecen los portales obtienen un ingreso considerable. Son la contraparte del Parián en México, pero infinitamente más adornados, y construidos con igual solidez y buen gusto.

Guadalajara posee una casa de moneda y cuatro prensas tipográficas, todas ellas establecidas desde la revolución. La casa de moneda está bajo la dirección de un inglés, el señor Murray, cuya historia es un ejemplo curioso de los inesperados sesgos que puede tomar el destino del hombre sin que se tenga en cuenta para nada su propio libre albedrío. Fue hecho prisionero en el sitio de Gibraltar como guardia marina del servicio británico y llevado por el buque que lo capturó directamente a Lima, donde, de acuerdo con la política habitual del gobierno español colonial, fue tratado con bondad pero con miras de que olvidara toda idea de volver alguna vez a Europa. Como era muy joven, abandonó su religión, y viendo que era imposible escapar, se abrió camino en el servicio español, hasta que fue trasladado de Perú a México y logró su actual colocación, que ha mantenido desde 1812. Es muy respetado y disfruta de condiciones muy cómodas; de sus antiguas conexiones nada sabe, y ha olvidado casi su lengua nativa, de manera que piensa que es inútil hacer indagaciones que pudieran aturdirlo y dejarlo perplejo, sin agregar nada a sus perspectivas de bienestar durante el resto de su vida.

Permanecimos en Guadalajara del 3 al 7 de enero, y durante ese tiempo recibimos toda clase de cortesías y bondades por parte de las autoridades y de los principales habitantes del lugar. El jefe político, don Francisco Duque, y don Joaquín Parrés, comandante militar, me proporcionaron una gran cantidad de información útil, así como don Antonio Gutiérrez y Ulloa, un español muy inteligente y caballeroso, por muchos años intendente del estado. Durante su administración, los ingresos ascendieron a cuatro millones de dólares anuales (de 1812 a 1818), con los que se cubrieron todos los gastos del ejército del general Cruz y se sufragaron otros cargos.

De los canónigos (la mayoría españoles antiguos) nada vimos. Se cree que su influencia está en decadencia, y los liberales de la capital declaran que si no hubieran sido frenados por los decretos del Supremo Congreso, Jalisco habría puesto un memorable ejemplo al resto de la Federación y humillado de golpe el orgullo del clero. Sobre este punto ya he expresado mis dudas. Se debe admitir, sin embargo, que su autoridad no es, de ninguna manera, lo que fue. Iturbide se echó en brazos del partido de la alta clerecía, lo que no pudo evitar que fuera arrojado del trono; y entre las clases medias

de la sociedad, día a día está ganando terreno una inclinación a poner en tela de juicio la autoridad de la Iglesia, aun en asuntos espirituales. En cuestiones temporales, hemos visto que se la rechaza completamente. Si en la actualidad se pregunta a cualquier joven de Guadalajara cuáles son sus principios religiosos, dirá que es "naturalista", lo que quiere decir, sin ninguna religión. Ni tampoco es de sorprender que se difundieran tales principios, si se toman en consideración las vergonzosas mascaradas con que los frailes en particular tratan de conservar su influencia sobre la mente de las clases bajas. En Zacatecas, la víspera de Navidad, vimos desfilar por las calles de la ciudad una figura de Nuestro Salvador vestido con una bata de seda verde, con un pañuelo de sol * amarrado a los hombros; mientras la Virgen María le seguía adornada con un sombrero francés a la última moda, ladeado un poco sobre la cabeza.

Los pobres son enseñados a venerar estas imágenes; los ricos, o mejor, los bien informados, de hecho suelen hincar la rodilla, pero en privado ridiculizan la superstición con que tienen que conformarse externamente; y la religión misma comparte en una forma bien calculada los sentimientos que tan odiosas exhibiciones excitan.

El 7 de enero dejamos Guadalajara y dormimos en Atequiza, hacienda muy hermosamente situada a once leguas de la ciudad, cerca de una gran planicie de sembradíos de trigo, que acababa de ser regada y era del más delicado verde que pueda imaginarse. La hacienda tiene trece sitios y las tierras son en general de riego, pero el rendimiento del trigo rara vez pasa de treinta por uno y no promedia mucho más de veinticinco. Fuimos recibidos con gran hospitalidad por el propietario, conocido del señor Ritchie; y hasta ya entrada la noche permanecimos sentados en un corredor abierto, gozando de una temperatura desconocida en las provincias centrales aun durante los meses más calientes.

A la mañana siguiente (8 de enero), dejamos el camino real a la Barca, por donde nuestro carruaje y nuestras mulas de carga procedieron hacia Ocotlán, y cortamos a través de las montañas, casi en dirección al oeste, hacia el campamento de Tlachichilco (a cuatro leguas de Atequiza), sobre las márgenes del lago de Chapala. Este magnífico lago está marcado en el mapa de Humboldt como poco conocido, y la distancia desde Guadalajara parece mucho mayor de la que realmente es. Por tanto, es fácil llegar a Tlachichilco en un día, pues la distancia no excede de treinta, o cuando mucho

* Un gran pañuelo blanco, usado por los rancheros en la forma descrita, para protegerse la espalda del sol. La impropiedad o, más bien, lo impío de su empleo en una festividad religiosa, no requiere comentario.

treinta y cinco millas. Uno poco más arriba de este lugar, que fue una estación militar durante la guerra civil, se ofrece a la vista el inmenso vaso de Chapala. Tiene de treinta y seis a cuarenta leguas de longitud, y su ancho varía entre cinco y ocho leguas; las montañas circundantes están desprovistas de vegetación, pero son escarpadas y descienden de golpe hasta la orilla del agua, mientras la isla de Mexcala, casi opuesta a Tlachichilco, sirve como punto de descanso sobre el que se posa con placer la vista al cruzar la vasta extensión de agua azul oscuro. Esta isla, ahora usada como presidio, fue ocupada durante los años de 1811, 1812 y 1813 por los indios de las villas circunvecinas, que, encabezados por sus curas se declararon en favor de la causa de la Independencia y se mantuvieron en esta fuerte posición contra todos los esfuerzos del general Cruz (entonces comandante de Guadalajara) para desalojarlos. Estaban bien provistos de canoas y desde su fortificación hacían frecuentes incursiones al país circundante, interceptando destacamentos aislados de tropas realistas y regresando al lago cargados de provisiones antes de que se pudiera organizar un grupo para atacarlos. Y su rendición no tuvo lugar sino hasta 1814, cuando, cortada toda comunicación con las playas gracias a la construcción de varias cañoneras en Tlachichilco y después de repeler diversos ataques, fueron obligados a capitular por hambre.

Nos embarcamos en una de estas cañoneras, que todavía está en el campamento en buen estado de conservación, después de desayunar pescado blanco, por el que es famoso Chapala, con la señora del comandante (la señora Rodríguez). Este pescado se halla en muchos lugares de la Mesa Central, pero no llega a ser tan grande en los lagos cercanos a la capital como en los de Pátzcuaro y Chapala, desde donde, en las grandes ocasiones, es enviado directamente a México, ligeramente rociado con sal o conservado en nieve. Me dio gusto poder proveer a la señora Rodríguez, en retribución, con algunas piezas de aves acuáticas, que, aunque abundan a las orillas del lago, rara vez son probadas por los nativos, ya que no tienen armas que puedan matar un pato a cincuenta yardas de la orilla.

Mandamos nuestros caballos a San Pedro, una villa india a tres leguas de Tlachichilco, y proseguimos hacia allí por agua, cruzando hasta medio lago para tener una mejor vista de Mexçala, donde lamentamos no tener tiempo de desembarcar. San Pedro está situado sobre la abrupta serranía que separa Chapala del valle de Ocotlán, a través del cual sigue su curso el río Grande. La vista del lago desde la cumbre denominada la Coronilla es casi igual a la del lago de Ginebra desde las montañas arriba de Vevay. Su vasta ex-

tensión, su forma, el escarpado perfil de las montañas circundantes y el cielo azul claro le dan una vista sorprendente, a la que muy pocos pinceles podrían hacer justicia.

Desde San Pedro hasta las márgenes del río Grande, en el punto donde vuelve a salir del lago de Chapala, al que entra cerca de la Barca, calculamos que la distancia era de cerca de cinco leguas; las primeras dos, montañosas; las últimas tres, sobre una planicie que cruzamos a paso rápido. Aun a este paso, apenas podíamos mantener a nuestro guía (un correo indio, de San Pedro) a la vista. Continuó a un trote muy rápido sobre toda clase de terreno, ahora desapareciendo en una barranca, otras veces dejándose ver a medias en la oscuridad de la noche cincuenta yardas adelante de las cabezas de nuestros caballos, hasta que llegamos al trasbordador, a donde había prometido llevarnos. Ocotlán está situado sobre la margen sur del río, de corriente ancha y rápida. Hallamos que el paso no estaba exento de peligro; pues, como sólo teníamos un sirviente con nosotros, la señora Ward, el señor Martin y yo íbamos sentados en una chalupa apenas suficientemente grande para que cupiéramos y guiada por un individuo con un palo cuyo largo no alcanzaba para tocar fondo en las partes más profundas. Cada uno tiraba de un caballo por medio de un lazo, mientras las sillas y riendas se encontraban amontonadas entre nosotros; el sirviente permaneció en la orilla para forzar a los animales a entrar en el agua, lo cual hicieron con renuencia, porque estaba oscura y fría; y cuando llegaron al centro, al no ver la orilla opuesta, empezaron a nadar en distintas direcciones y casi voltearon el bote. Transcurrió más de media hora antes de que todos hubiéramos desembarcado; y el señor Carrington, que se había adelantado en la mañana para supervisar el paso de las mulas de carga y el carruaje, nos dijo que les había llevado cerca de cuatro horas lograrlo. En Sombrerete había comprado dieciséis mulas de Durango, de la hacienda del Ojo, bellos ejemplares, pero perfectamente cerriles, y tan ágiles en todos sus movimientos, que si decidían separarse de sus compañeras no teníamos casi ningún caballo suficientemente veloz que pudiera acercárseles a distancia apropiada para lazarlas mientras corrían a toda velocidad. Asustadas con el agua, estas bestias se dispersaron en todas direcciones; y sólo juntando a varios rancheros para ayudar a los sirvientes fue como Carrington pudo por fin forzarlas a entrar en la corriente, lo cual se logró rodeándolas poco a poco con los lazos dando vueltas en el aire al tiempo que se les gritaba fuertemente, hasta que una de las más valientes se arrojó al agua y de inmediato fue seguida por el resto.

Conozco pocos casos que mejor puedan servir de ejemplo de la absoluta inutilidad de los sirvientes ingleses en un viaje por México, que su intento de domar estas mulas. Ninguna de ellas había sido aparejada anteriormente, y sin embargo, tiraron de nuestro carruaje todo el camino desde Sombrerete hasta la capital. Los primeros días, la operación de atraparlas era realmente impresionante. Las mulas eran arriadas dentro de un corral y se les echaban dos lazos a cada una, uno al cuello y el otro a uno de los cuartos traseros. Cada uno de los lazos era sujetado por dos hombres, mientras, después de dejar pasar un poco de tiempo para que el animal se cansara en esfuerzos inútiles, se aproximaba un quinto hombre y con infinitas precauciones le colocaba un tapaojos y procedía después a ponerle el resto de los aparejos. Durante todo este proceso, los esfuerzos de las mulas eran tremendos; y aun convencidas de la imposibilidad de escapar, gemían y bufaban como en una impaciente agonía, y trataban de destruir con sus dientes y patas delanteras todo lo que se encontraba a su alcance.

Sin embargo, una a una eran conducidas y enganchadas, todavía con el tapaojos, al carruaje; siempre eran viejas mulas juiciosas las de varas y las delanteras, mientras que las cuatro nuevas ocupaban el espacio intermedio; se les quitaba entonces el tapaojos y generalmente arrancaban a toda velocidad, hasta que la naturaleza del terreno o la resistencia de sus compañeras más prudentes las obligaban a moderar su paso. Nunca tuvimos un accidente de consecuencia en el curso de estas peripecias, ni en la operación de domar las mulas para la silla, que se hacía en forma similar.

Los malos jinetes de entre los sirvientes sufrían algunas caídas terribles, y ocasionalmente eran zarandeados hacia arriba y abajo de una barranca en posiciones bastante embarazosas, pero no hubo huesos rotos; y como cada quien en su oportunidad era objeto de risa, prevalecía el más perfecto buen humor; mientras, las mulas se iban amansando con el trabajo constante, y así entre Valladolid y México nos dieron relativamente pocas molestias.

Nos reunimos con nuestro grupo en la hacienda de San Andrés, a tres millas del río, donde el señor Carrington consiguió alojamiento para nosotros, ya que no había posada en Ocotlán; y a la mañana siguiente (enero 9) proseguimos hacia la Barca, a donde llegamos a temprana hora, pues la distancia era sólo de ocho leguas.

La Barca es cabecera de un cantón que tiene cuatro departamentos, con 96 178 habitantes. El pueblo carece de interés, y sólo es digno de mención por ser el último lugar visitado por nosotros en el estado de Jalisco, que está dividido allí por el río Grande de los

vecinos estados de Guanajuato y Valladolid. Nuestro camino pasaba a través del último de éstos, y consecuentemente enviamos nuestro carruaje y mulas al otro lado la tarde de nuestro arribo. Durante este proceso, que llevó cuatro horas, me fui a cazar en la gran ciénega, que comienza un poco al oeste de la Barca y se extiende paralela al río casi hasta el lago de Chapala. Encontré allí una prodigiosa variedad de toda clase de aves acuáticas: patos salvajes, gansos, cisnes, bitores y garzas, algunas de enorme tamaño, junto con otras muchas cuyas voces y plumaje eran igualmente nuevos para mí. En vano traté de acercarme a distancia de tiro de las especies más grandes; mi avance era interrumpido a cada paso por canales profundos o pantanos infranqueables. Sin embargo, por fin, siguiendo el consejo de mi guía indio, me embarqué sobre un manojo de juncos, que aunque pronto se hundió, sostuvo todavía mi peso muy tolerablemente durante una distancia considerable, mientras él me acompañaba en otra embarcación igualmente primitiva. Por este medio logré cazar varios patos y dos gansos salvajes; pero cuando quise regresar con mi botín, encontré que no era del todo fácil. Una fuerte corriente se dirigía hacia el lago, y cada intento de impulsar nuestras balsas de junco tenía el efecto de sumergirlas más en el agua, hasta que al cabo, mojado de medio cuerpo y ante todas las perspectivas de hundirme aún más debido a la cantidad de agua que habían absorbido mis juncos, me vi forzado a echar pie a tierra y hacer un rodeo de más de dos leguas para sacar la vuelta a la ciénega y llegar a la Barca, lo que no logré sino hasta muy tarde.

10 de enero. (A. Chiringuícharo, catorce leguas.) Temprano cruzamos el río y proseguimos por Buena Vista (una gran hacienda) y el pueblo de Tanguato hasta Chiringuícharo, pues se nos había hecho creer que evitando Zamora (la ruta usual) podríamos llegar a Valladolid un día antes. Desde el momento en que nos acercamos a Tanguato, empezamos a notar una apreciable mejoría en la apariencia del país: más variedad en la forma de las montañas, más árboles, más agua y una vegetación más rica. Los jacales también, aunque pequeños, estaban limpios; la gente era aseada y cortés. Un poco adelante de Tanguato encontramos un lago muy hermoso, que se extendía, con interrupciones ocasionales, cerca de dos leguas; estaba lleno de pequeñas islas cubiertas de acacias, y abundaban las aves de todas clases, en tanto que grandes manadas de ganado ocupaban los potreros en la proximidad de las riberas.

Habiéndome rezagado con la señora Ward del resto del grupo, que se había ido por otro camino, nos detuvimos a desayunar en un pequeño jacal, y una hermosa india, dotada de bella dentadura, por

cuatro reales nos dio tortillas con huevo, frijoles, chile y una poca de carne para nosotros y dos sirvientes. Era extremadamente comunicativa, y nos dijo que, al empezar su vida matrimonial, por la compra de la casa su esposo pagó cuatro dólares, y por las costas del matrimonio, veintidós; y que su esposo todavía estaba en deuda con el sacerdote por el bautizo de un niño, estipendio que actualmente estaba tratando de reunir. Le dimos unos cuantos reales para ayudar al logro de tan laudable propósito y la dejamos muy contenta de nuestra visita, como nosotros lo estuvimos de su conversación y modales tan sencillos.

Sólo encontramos los restos de una casa en Chiringuícharo, pues la hacienda había sido quemada durante la revolución. Sin embargo, instalamos dos apartamientos muy tolerables en el corredor, usando cobijas y capas, dentro de las cuales pasamos la noche sin incomodidad, ya que no hacía mucho viento.

11 de enero. (A Tlasesalca, diez elguas.) La experiencia de este día nos convenció de la tontería de tomar atajos con un carruaje. Teníamos la intención de dormir en Zipimeo, otra hacienda que estaba en nuestra ruta a una distancia accesible; pero tras de llegar cerca de las dos a la hacienda de Changetiro, hallamos que nuestro avance se veía impedido por una serie de estrechamientos, a través de los cuales era preciso abrirnos camino, haciendo en la piedra brechas suficientemente grandes para permitir el paso del carruaje. Afortunadamente, los mexicanos tienen gran talento para la demolición; y los sirvientes, trabajando todos *con amore*, pronto nos abrieron un pasaje; pero después de continuar el trabajo hasta las seis de la tarde, y de haber cruzado durante este tiempo a través de seis o siete gargantas, nos encontramos a la puesta del sol en la cima de un cerro inmediatamente sobre el pueblo de Tlasesalca (a diez leguas de Zipimeo), donde decidimos pasar la noche. No fue fácil llegar a él, pues la bajada era toda de fragmentos de roca sobre los que parecía imposible que pudiera pasar un carruaje sin romperse. Fuimos sacados del dilema por un vaquero, que se ofreció a enseñarnos una serpenteante vereda a través de la cual había conducido una vez a la artillería insurgente durante la revolución. Con gusto aceptamos la proposición, y sanos y salvos llegamos al pueblo, por una ruta muy tortuosa, cerca de las siete, y logramos obtener alojamientos para la noche.

A la mañana siguiente (12 de enero), continuamos nuestro viaje y llegamos a Zipimeo (diez leguas) a primeras horas de la tarde. El camino era bastante abrupto, pero la región sumamente hermosa, ya que las vastas planicies del interior habían sido remplazadas por

un agradable y variado paisaje montañoso. Sin embargo, el tiempo estaba nublado, y en los bosques de pinos sentíamos el frío severamente. La parte central de Valladolid se halla por encima del nivel del territorio circundante; se encuentra situada sobre la parte de la sierra Madre en que empieza la pendiente hacia la costa occidental y donde una serie de altas y abruptas serranías interrumpen la uniforme superficie característica de la Mesa Central. Los valles entre estas serranías abundan en agua y son sumamente fértiles, y las montañas que los rodean están cubiertas de maderas magníficas. En uno de estos valles está situada la hacienda de Zipimeo, anteriormente una de las más ricas del estado de Valladolid, pero que ahora apenas estaba recuperándose de los efectos de la guerra. El propietario actual, don José María Torres, era oficial del ejército criollo en 1810, y su padre ayudó a salvar la vida a veinte europeos residentes en Pátzcuaro, contra quienes Hidalgo había lanzado uno de sus inicuos bandos de proscripción. Estas ofensas atrajeron sobre la familia la mala voluntad de los primeros insurgentes, y la propiedad era devastada con tanta frecuencia, que estuvo totalmente abandonada durante algunos años.

La hacienda posee una gran extensión de terreno boscoso; tierra suficiente para sembrar cuatrocientas fanegas de maíz, toda ella irrigada; pastos ricos y abundantes, y un copioso abastecimiento de agua. A través de ella pasa un río, y por varias leguas a la redonda se extienden ciénegas (muy valiosas para el ganado durante la época de sequía). En frente de la casa existe una singular montaña volcánica, cuyo cráter forma una alberca o lago natural. El agua, que es salada, empieza a cosa de 200 pies del borde del cráter, cuyo fondo no ha sido posible alcanzar.

El vaso en que está contenida el agua es perfectamente circular, y la bajada hasta ella es casi a pico; la distancia de un lado a otro debe ser de 200 a 250 pies. Desde un poco arriba de la alberca, teníamos una vista magnífica de las tierras circunvecinas; y el señor Torres nos señaló la ciénega, en cuyo centro se levantaba el fuerte de Jaujilla, en una ocasión sede del único gobierno independiente de que México podía ufanarse.

13 de enero. De Zipimeo seguimos a Tecacho (doce leguas), hacienda y venta que habría de ser nuestra última etapa en el camino de Valladolid. Este seguía siendo sumamente pintoresco, rodeado de cerros, algunos de ellos de las formas más fantásticas, mientras otros, aunque aislados, parecían haber sido vaciados en idéntico molde. Al pasar por las ciénegas maté nueve patos y dos gansos salvajes, estos últimos con un doble tiro, cuando alzaban el vuelo de entre unos

juncos cerca del camino. Los encontramos excelentes como comida, y nos pudo mucho no agregarlos con más frecuencia a nuestro menú, ya que, a no ser por un golpe de suerte, es extremadamente difícil obtener piezas de tal valor. En los lagos del Valle de México se les ve raras veces, aunque se encuentran patos, agachadizas y bitores en cantidades prodigiosas. Frecuentemente he matado veinte y hasta treinta agachadizas en una mañana; y un gran tiro de patos cerca de México es una de las escenas más curiosas que sea posible presenciar. Los indios, que son quienes principalmente lo practican, preparan una batería de setenta u ochenta cañones de mosquete dispuestos en dos hileras, una de las cuales barre el agua, mientras la otra, un poco levantada, está dirigida de modo que pegue a los patos en el momento de alzar el vuelo. Los cañones están interconectados y se disparan en batería; y todo el aparato, así como el individuo encargado de él, se esconden entre los juncos hasta el momento en que, después de muchas horas de cautelosa espera, una de las densas columnas de patos que en ocasiones obscurecen la superficie del lago es conducida suficientemente cerca del lugar fatal por las distantes canoas de sus compañeros. La doble hilera de escopetas se dispara de inmediato, y el agua queda sembrada con los cuerpos de los muertos y de los heridos, cuya fuga es impedida por el cercano círculo de canoas. Frecuentemente se recogen mil doscientos patos como resultado de un solo tiro; y durante toda la temporada forman parte de la alimentación ordinaria de las clases bajas de la capital, donde se venden a real o cuando mucho a dos reales cada uno.

En el norte no vi tales cantidades de patos, pero sí en cambio gansos, cisnes y grullas, así como garzas de tamaño prodigioso, en parvadas que cubrían gran extensión de terreno cuando volaban y que llenaban el aire de discordantes gritos. Sin embargo, nunca tuve éxito al tratar de matar a alguno de los pájaros de mayor tamaño, tan extremadamente cautelosos que era difícil acercarse a ellos aun a distancia de tiro.

14 de enero. Salimos de Tecacho a las siete y llegamos a Valladolid (doce leguas) a las tres y media. Nada había en la ruta que nos anunciara que viajábamos sobre un camino real o que nos acercábamos a la capital de un floreciente estado. Unos cuantos paupérrimos jacales, en uno de los cuales nos detuvimos a desayunar, y dos o tres miserables arrieros fueron las únicas cosas que nos recordaron la presencia del hombre. Sin embargo, el paisaje de los bosques era magnífico, y ocasionalmente vimos estupendas masas de lava, tan frescas como si hubieran sido producidas por una erupción muy reciente. La constante aparición de estos restos volcánicos es una

característica singular en la Nueva España, aunque desde la Conquista no se ha registrado una sola erupción de importancia (excepto la del Jorullo), y la mayor parte de los volcanes actualmente conocidos están apagados. Sin embargo, en todas las regiones de la Federación se encuentran masas de escoria y distritos cubiertos de lava: en las cercanías de la capital, sobre el camino a Guanajuato, en partes de San Luis, entre Sombrerete y Durango, por todo Valladolid y al subir de Veracruz entre Jalapa, Jilotepec y las Vigas, así como en las llanuras de Tepeyahualco; en todas partes su vasta extensión prueba que las convulsiones que las produjeron deben haber sido realmente terribles.

Conozco pocos lugares cuyo acceso sea tan tedioso como el de Valladolid. Por más de dos horas se puede ver la ciudad al parecer debajo de uno, mientras el camino continúa serpenteando entre los cerros circundantes. Al fin, una rápida bajada lo lleva a uno a la planicie, donde una larga calzada construida a través de una ciénega constituye la entrada a la ciudad. Los suburbios son pobres e insignificantes, pero la calle mayor es magnífica, y la catedral, que se destaca sola y sin que la oculte ningún edificio secundario, produce un efecto imponente.

Como no teníamos conocidos en Valladolid, nos alojamos en la posada de Nuestra Señora de la Soledad, donde obtuvimos alojamientos bastante decentes, con mesas, sillas y muchos otros lujos que todavía no son comunes en la República Mexicana.

El estado de Michoacán comprende el territorio que antiguamente pertenecía a los tarascos, nación india muy poderosa, primero aliados y después rivales de los aztecas, a quienes se dice que siguieron en su emigración desde el norte. Su capital estaba sobre las orillas del lago de Pátzcuaro, llamado por ellos Tzintzuntzan, debido a la gran cantidad de colibríes (*tzintzun*) en sus cercanías, con cuyas plumas adornaban las estatuas de sus dioses.* Relegados a las montañas por la persecución de los conquistadores, los indios llevaron una vida salvaje y bárbara hasta que fueron reivindicados por los esfuerzos de Vasco de Quiroga, primer obispo de Valladolid, quien dedicó treinta años de su vida a mitigar los males que la ambición de sus compatriotas había hecho caer sobre la raza aborigen. El obispado fue creado en 1536 y estuvo a cargo de Quiroga hasta 1566; y durante ese período los valles se llenaron de nuevo de habitantes y los nativos se distribuyeron en villas, donde han seguido

* Los indios de Pátzcuaro todavía son famosos por este arte. Con las plumas del colibrí hacen figuras de santos, asombrosas tanto por la delicadeza del trabajo como por la brillantez de los colores.

desde entonces cultivando las tierras que les fueron asignadas por su protector y, en algunos casos, practicando los oficios que había conseguido se les enseñaran.

La población registrada del estado era en 1822 de 365 080 almas. En la actualidad, se puede calcular en 450 mil, agregando un sexto más por omisiones y con un margen adicional de tolerancia por los habitantes que han regresado a sus hogares desde el restablecimiento de la tranquilidad, pues Valladolid fue una de las provincias que sufrió más durante la guerra civil. Ha sido justamente llamada la cuna de la revolución; la mayor parte de los propietarios son antiguos insurgentes; y, con excepción del Congreso reunido por Morelos en Oaxaca, todos los gobiernos sucesivamente establecidos por los caudillos de la Independencia (la Junta de Zitácuaro, el Congreso de Apatzingán y la Junta de Jaujilla) buscaron refugio en territorio de Michoacán. El resultado fue la desolación casi universal, y todavía se necesitarán muchos años para reparar la ruina tan extensa que ocasionó contienda tan prolongada.

Valladolid tiene dos ciudades (Pátzcuaro y Valladolid), tres villas, 256 pueblos, 333 haciendas y 1 356 ranchos, distribuidos en ochenta y tres parroquias y veintiún partidos o distritos.

La legislatura se compone de una cámara, integrada por once diputados, que reciben un salario mensual de 150 dólares sólo cuando hay sesiones. Los gastos totales del gobierno no exceden de 120 mil dólares. El contingente asciende a 175 mil dólares, del que se adeudaba la mitad para 1825. Se había pagado el contingente reducido de 1826.

Debido a la miseria universal ocasionada por la guerra civil, las rentas públicas de Michoacán en 1827 eran todavía de poca consideración. Las antiguas riquezas del estado consistían casi totalmente en su producción agrícola, pues las manufacturas más comunes se llevaban desde lugares vecinos del Bajío. Los pueblos tienen actualmente tan poco que ofrecer a cambio de estos suministros, que las alcabalas (o impuesto sobre mercancías domésticas) rinden poco o nada. Una contribución directa, calculada a dos reales por cabeza, nunca hasta ahora ha producido más de 20 mil dólares; e inclusive en el caso del tabaco la demanda es insignificante. Los diezmos, cuya mitad pertenece al estado, antiguamente producían 500 mil dólares; ahora sólo dan 200 mil; y no hay perspectiva inmediata de aumento, ya que su disminución se atribuye no sólo a la depresión de los intereses agrícolas sino a la propagación de ideas contrarias a los intereses de la Iglesia, ideas que día a día ganan terreno.

Las únicas minas activas ahora en Michoacán son las de Tlalpujahua, Ozumatlán y Angangueo. Existen en la sierra Madre muchos otros distritos que, según se dice, son muy ricos; y las minas de Huetamo, entre otras, han llamado la atención de nuestras compañías; pero parece que su valor no basta para compensar las desventajas de una población escasa y un clima tan insalubre. Todo el declive occidental de la sierra Madre comprendido dentro de la provincia de Michoacán es notable por su insalubridad. *Fríos* de los más peligrosos prevalecen durante gran parte del año, y los habitantes sufren no solamente de buches (como en algunas partes de Sonora), sino de una enfermedad llamada quiricua, especie de lepra que decolora la cara y el cuerpo con grandes manchas azules, sin afectar de otro modo la salud de los que padecen el mal. El foco principal de esta enfermedad se encuentra en los valles situados entre Temascaltepec y Huetamo y la costa, en donde casi toda la población se compone de pintos, y se dice que el mal es contagioso y se extiende poco a poco hacia el interior, de manera que una raza pinta puede probablemente propagarse hasta las mismas cercanías de la capital.

La tierra caliente al pie de la cordillera, fertilizada en parte por el río Balsas, es pródiga en todas las producciones comunes de los trópicos, y aun en los valles más elevados, antes de la revolución, se cultivaba caña de azúcar en grado considerable. Las mejores tierras para azúcar se encuentran actualmente a cosa de doce leguas al sur de Pátzcuaro, donde residen los propietarios de casi todos los ingenios o haciendas de azúcar; pero a la fecha sólo ha podido ser remplazada una porción de la maquinaria destruida durante la guerra. Al pie de la montaña del Jorullo existen algunas plantaciones de cacao y añil pertenecientes al general Michelena, pero todavía no adquieren valor ni extensión considerables.

Casi todos los edificios públicos de Valladolid que no están inmediatamente vinculados al gobierno son fruto de la munificencia de los obispos de esa sede, la mayoría de los cuales han contribuido a enriquecer y adornar la ciudad. La catedral, los hospitales y el acueducto son todos obra de la Iglesia. El primero es un edificio magnífico y rico, aunque durante la revolución fue desprovisto de gran parte de sus tesoros por el comandante real Trujillo. Las balaustradas de plata maciza que rodean el altar principal escaparon a la suerte de las lámparas y candelabros (fundidos como préstamo a la Tesorería Real), porque fueron pintadas de un color caoba, que todavía conservan.

El obispado de Michoacán ha permanecido vacante por muchos

años; pero no sé de ningún otro lugar donde el recuerdo de la larga lista de prelados que han ocupado la silla episcopal sea conservado con sentimientos de tanto respeto y cariño. De hecho, he escuchado con frecuencia a mexicanos, poco dispuestos a hablar bien de España en otros aspectos, admitir que la conducta de los grandes dignatarios de su Iglesia ha sido, en términos generales, de lo más ejemplar. Los miembros del clero parroquial de la Nueva España, por el hecho de vivir tan distantes unos de otros y por la falta de todo control, han caído ocasionalmente en un grave estado de relajación moral y han convertido a la religión en un tapujo para cometer los mayores excesos; pero los obispos, en general, han sido hombres de gran sencillez y benevolencia, cuyas costumbres morigeradas y vidas carentes de ambición personal harían bien en imitar sus sucesores criollos.

Salimos de Valadolid el 16 de enero. La vista de la ciudad desde el lado de México es realmente bella: jardines y huertos forman el fondo, mientras que el elevado acueducto, las suntuosas iglesias y atrás una escarpada cadena montañosa ocupan el espacio restante. Nuestra ruta cruzaba por Charo e Indaparapeo, hasta Zinapécuaro, donde pasaron la noche la señora Ward y el resto del grupo. Este pueblo es cabecera de un partido o distrito que tiene 25 174 habitantes y abunda en las producciones comunes a la Mesa Central. Su nombre se deriva de la palabra india *tzinapu,* que en lengua de los otomíes o tarascos significa obsidiana, de la que hay abundancia en las cercanías de la ciudad. De acuerdo con una gramática de la lengua tarasca que obra en mi poder, ésta dista mucho de ser sencilla. El alfabeto consiste en sólo veintiún letras; cinco vocales y dieciséis consonantes. La *f* y la *l* no se conocen. La *e* (como ya se ha señalado) es especialmente prevalente en la lengua azteca, mientras que la *r,* rechazada por los aztecas, es casi universal entre los otomíes. Sin embargo, ambas tribus emigraron juntas desde el norte y siguieron siendo aliadas, hasta que, debido a su mutua cercanía, se convirtieron en enemigas, y ambas fueron vencidas por un enemigo común. Todavía existe en muchas partes de Valladolid una casta pura de otomíes. Viven principalmente en los distritos montañosos y nunca se mezclan en matrimonio con otras tribus.

En Indaparapeo dejé el camino real a la capital y corté a través de las montañas hacia Ozumatlán, pequeño distrito aislado donde la Real del Monte Company está explotando las minas de San Pedro Barreno, los Apóstoles y la Machorra.

Ozumatlán es de acceso extremadamente difícil; las montañas están cortadas por inmensas barrancas, y las veredas son tan poco fre-

cuentadas que a menudo se pierde todo rastro de ellas. Sin embargo, con un excelente caballo, logré encontrar el camino a la boca de una barranca de más de una legua de longitud, en cuya parte alta se encuentran situadas la villa y las minas. A los lados, las montañas son elevadas y están cubiertas de magníficos bosques de encinos y pinos, mientras que un arroyo de curso rápido, pero con poca agua, ocupa casi todo el espacio intermedio. El camino serpentea alternativamente de margen a margen, hasta que, en una vuelta pronunciada, se descubre una pequeña plataforma sobre la que se encuentra la villa. La única casa sólida está ocupada por la compañía, cerca del socavón de San Pedro. La hacienda construida por esta última se encuentra un poco más abajo. El establecimiento de la hacienda de beneficio ha consumido los principales gastos de la compañía en Ozumatlán, pues la calidad de las minas había sido determinada por el señor Dollar (quien invirtió 22 mil dólares en ellas) antes de que fueran contratadas. La hacienda ha costado cerca de 35 mil dólares más. Cuenta con una gran rueda hidráulica para moler los minerales, y con todo lo demás que es necesario para una fundición, único proceso utilizado en Ozumatlán, donde los minerales contienen algo de plomo y donde la amalgamación en patio sería doblemente tediosa, dada la ausencia de sol, pues sólo tres o cuatro horas de las veinticuatro pueden sus rayos llegar a las partes más bajas de la barranca. Cuando estuve de visita, se encontraban en los depósitos novecientas cargas de mineral muy rico; y la opinión de los mineros era que, tan pronto como estuviera terminada la hacienda, se extraerían, solamente del socavón de San Pedro, setecientas cargas más por semana. La veta principal tiene cerca de cuatro varas de anchura, y presenta todos los indicios de ser abundante y de producción duradera. Sin embargo, los minerales más ricos, que contienen cristalizaciones masivas de plomo y plata (de las que vi algunas magníficas muestras en Real del Monte), se extraían de una pequeña veta lateral, que fue abandonada después de una corta prueba, porque se encontró que seguía en forma de hilito, de manera que los minerales, aunque excesivamente valiosos, no compensarían los costos de extracción.

Los trabajadores se consiguen con facilidad en Ozumatlán; las provisiones son abundantes, y, por estar cerca de Valladolid y de la tierra caliente al sur y al oeste, se pueden obtener con facilidad abastecimientos de todas clases. Pero como residencia, el lugar es tan triste que desafía toda descripción, ya que está completamente aislado del mundo. El resultado de la especulación para la compañía no parece ser dudoso; se creía suficiente el mineral dispo-

mible en 1827 para cubrir casi la inversión, tan pronto como la terminación de la hacienda proporcionara los medios para convertirlo en barras

17 de enero. De Ozumatlán proseguí a través de las montañas hasta Zinapécuaro. El camino, después de salir de la barranca, es bueno por unas tres leguas, punto donde una bajada casi a pico lleva desde el borde de una elevada plataforma hasta el valle de Zinapécuaro, que se encuentra abajo. Creí que nunca llegaría al pueblo: durante una hora entera lo estuve viendo abajo de mí sin que aparentemente me encontrara más cerca de él que cuando empecé la bajada. Por fin llegamos, y, después de despedir a mi guía, seguí a paso rápido por el camino hacia Maravatío, que tres horas antes de mí había seguido el carruaje. Alcancé al grupo en Acámbaro (a seis leguas de Zinapécuaro y once de Ozumatlán), y, después de tomar un refrigerio y cambiar de caballo, continuamos nuestra ruta hacia Maravatío, donde teníamos la intención de pasar la noche. Cometimos la imprudencia de vagar un rato en Acámbaro, para ver el pueblo, que aunque se encontraba entonces casi en ruinas, había sido lugar importante antes de la guerra civil; y como consecuencia de ello nos sorprendió la noche en camino a Maravatío (la distancia era de diez leguas), a donde no llegamos sino hasta cerca de las once, luego de perder el camino y errar durante varias horas por las llanuras. Para colmo de nuestra desventura, el cocinero, que había sido enviado por la mañana para que se abasteciera de provisiones y tuviera algunos cuartos listos a nuestro llegada, parecía haber sufrido la misma suerte. No supimos de él durante tres días, al cabo de los cuales se reunió con nosotros en Tlalpujahua, casi muriéndose de hambre, porque su caballo lo tiró en las montañas y se le escapó, dejándolo encontrar su camino como pudiera hacia algún pueblo o villa, los que anduvo buscando cerca de treinta y seis horas. Como prueba de la honradez de la gente, debo agregar que el caballo, que por algunos de sus aparejos no podía sino ser inglés, me fue entregado en Tlalpujahua por orden de un alcalde, a quien le había sido llevado sano y salvo.

Una lata de carne en conserva nos salvó de morir de hambre en Maravatío, ya que sin ella hubiéramos tenido que irnos a dormir sin comer, pues era tan tarde que ni siquiera se podía conseguir pan.

18 de enero. Temprano al día siguiente salimos para Tlalpujahua, acompañados por el señor Moro, el principal ingeniero de la compañía, quien había tenido la bondad de echarse a cuestas el guiarnos a través de las montañas. El camino para el carruaje deja la elevada terranía sobre la cual y hacia la derecha se encuentra Tlalpu-

nible en 1827 para cubrir casi la inversión, tan pronto como la terminación de la hacienda proporcionara los medios para convertirlo en barras.

17 de enero. De Ozumatlán proseguí a través de las montañas hasta Zinapécuaro. El camino, después de salir de la barranca, es bueno por unas tres leguas, punto donde una bajada casi a pico lleva desde el borde de una elevada plataforma hasta el valle de Zinapécuaro, que se encuentra abajo. Creí que nunca llegaría al pueblo: durante una hora entera lo estuve viendo abajo de mí sin que aparentemente me encontrara más cerca de él que cuando empecé la bajada. Por fin llegamos, y, después de despedir a mi guía, seguí a paso rápido por el camino hacia Maravatío, que tres horas antes de mí había seguido el carruaje. Alcancé al grupo en Acámbaro (a seis leguas de Zinapécuaro y once de Ozumatlán), y, después de tomar un refrigerio y cambiar de caballo, continuamos nuestra ruta hacia Maravatío, donde teníamos la intención de pasar la noche. Cometimos la imprudencia de vagar un rato en Acámbaro, para ver el pueblo, que aunque se encontraba entonces casi en ruinas, había sido lugar importante antes de la guerra civil; y como consecuencia de ello nos sorprendió la noche en camino a Maravatío (la distancia era de diez leguas), a donde no llegamos sino hasta cerca de las once, luego de perder el camino y errar durante varias horas por las llanuras. Para colmo de nuestra desventura, el cocinero, que había sido enviado por la mañana para que se abasteciera de provisiones y tuviera algunos cuartos listos a nuestro llegada, parecía haber sufrido la misma suerte. No supimos de él durante tres días, al cabo de los cuales se reunió con nosotros en Tlalpujahua, casi muriéndose de hambre, porque su caballo lo tiró en las montañas y se le escapó, dejándolo encontrar su camino como pudiera hacia algún pueblo o villa, los que anduvo buscando cerca de treinta y seis horas. Como prueba de la honradez de la gente, debo agregar que el caballo, que por algunos de sus aparejos no podía sino ser inglés, me fue entregado en Tlalpujahua por orden de un alcalde, a quien le había sido llevado sano y salvo.

Una lata de carne en conserva nos salvó de morir de hambre en Maravatío, ya que sin ella hubiéramos tenido que irnos a dormir sin comer, pues era tan tarde que ni siquiera se podía conseguir pan.

18 de enero. Temprano al día siguiente salimos para Tlalpujahua, acompañados por el señor Moro, el principal ingeniero de la compañía, quien había tenido la bondad de echarse a cuestas el guiarnos a través de las montañas. El camino para el carruaje deja la elevada serranía sobre la cual y hacia la derecha se encuentra Tlalpu-

jahua, y serpentea casi alrededor de ella dentro del valle de Tepetongo, donde reanuda su dirección a la capital, mientras el camino hacia el real se bifurca, cerca de dos leguas arriba del valle o cañada de Tlalpujahua, transitable sólo para caballos y mulas.

En la hacienda de Tepetongo nos recibieron el señor de Rivafinoli, varios mexicanos y otros caballeros al servicio de la compañía. Nos trajeron una remuda de caballos frescos, con mulas de carga para el equipaje, y con la ayuda de ellos el contenido del carruaje fue transportado rápidamente a la hospitalaria casa del señor de Rivafinoli. Las niñas fueron llevadas a caballo por dos sirvientes; las criadas montaron también y, tras una corta demora, toda la cabalgata tomó el camino hacia Tlalpujahua a través de la nueva hacienda de Chimal, donde nos detuvimos a desayunar. Nada más bonito que el acceso al real por este lado. El paisaje varía a cada vuelta de la barranca, mientras la abundancia de agua y la magnífica y vigorosa vegetación de los bosques sobre las montañas circundantes constituyen un contraste sumamente agradable con los monótonos llanos del interior, por cuyo recuerdo nos vimos perseguidos durante largo tiempo.

Permanecimos en Tlalpujahua dos días enteros, y en todas partes encontré señales de la incansable asiduidad con que se llevaron a cabo los trabajos de la sociedad. Sólo cuatro meses habían transcurrido desde mi visita anterior y, sin embargo, en todos sentidos había tenido lugar una apreciable mejoría. Estaban terminados edificios que dejé por empezar, se instaló maquinaria cuyo diseño había visto antes sólo en el papel y fueron puestas en actividad las minas cuya explotación apenas podría decirse que había comenzado en septiembre. La gran hacienda de San Rafael también estaba terminada; y aunque la cantidad de minerales valiosos extraídos no era todavía de consideración, los nativos tenían las más optimistas esperanzas respecto a los resultados.

Confieso que yo mismo comparto absolutamente estas esperanzas. Siempre he considerado como modelo el sistema de administración del señor de Rivafinoli: su actividad es incesante, y su ascendiente sobre los nativos y los funcionarios de la compañía es ilimitado. La publicidad que se da a todo lo relacionado con los intereses pecuniarios del establecimiento hace imposible que este ascendiente pueda atribuirse a otra causa que no sea la verdadera, es decir, a una convicción, por parte de los mexicanos, de las ventajas que toda la región ha obtenido como consecuencia de la capacidad con que se han llevado a cabo los trabajos de la compañía. Cierto que se ha requerido más tiempo que del que en un principio se había creído

necesario para poner las minas en situación ventajosa, pero confío en que los abundantes detalles de los libros anteriores hayan tenido el efecto de convencer a mis lectores de que en empresas de tal envergadura, donde el resultado puede verse afectado no sólo por dificultades imprevisibles sino por muchas otras circunstancias que, aunque se puedan prever, no se pueden remediar, no es el tiempo el único criterio con el que deben enjuiciarse el resultado probable de una empresa o la habilidad desplegada en su ejecución. Actualmente, no veo ningún motivo razonable de desaliento para los inversionistas de Tlalpujahua. Su desembolso es moderado; se sabe que sus minas han rendido minerales ricos, y todavía lo hacen, dondequiera que los filones son accesibles; y aunque el distrito fue abandonado durante cosa de sesenta años (después del retiro de La Borda), se debe recordar que en esos mismos años las grandes bonanzas de San Acasio (en Zacatecas) y el Pabellón, junto con el descubrimiento de Catorce, Guarisamey y la Valenciana (en Guanajuato y en el norte), naturalmente desviaron hacia otros canales los capitales generalmente invertidos en descubrimientos mineros.

La cuestión no es si existen otros distritos más ricos que Tlalpujahua, sino si este distrito, ahora que capital y ciencia han sido empleados en él, remunerará los esfuerzos de quienes hicieron la inversión. Y, al respecto, hay toda clase de motivos para imaginar que, dentro de un período de tiempo razonable, se tendrá una respuesta muy satisfactoria.

El 19 de enero visitamos la hacienda de San Rafael, uno de los establecimientos más ingeniosos y completos que actualmente existen en México. Ya se ha descrito la rueda del mortero. Su efecto es realmente hermoso, y su construcción hace honor al señor Moro, tanto más cuanto que perseveró en sus proyectos originales a pesar de las descorazonadoras predicciones de los que señalaban la imposibilidad de su ejecución. Cuando la vimos, tenía un suministro de agua bastante escaso; pero éste era un mal menor en un año en que la cosecha de maíz en toda la región había fallado por falta de lluvia.

El día 20 asistimos a la bendición de la nueva máquina para sacar agua en la mina de Arévalo, inventada por el señor Seidenstücker, *machiniste* alemán que ya había dado pruebas de gran ingenio en su ramo y que mejoró notablemente la maquinaria de la compañía. En el presente caso, invirtiendo la forma ordinaria de aplicar la fuerza del vapor y haciendo que un movimiento rotatorio produjera otro vertical, esperaba poner en movimiento, con un caballo, una bomba capaz de hacer el trabajo de dos malacates. El señor Martin y yo tuvimos el honor de ser padrinos en esta ocasión, por

lo cual la galería fue adornada con una profusión de ramilletes verdes y otros decorados. Se levantó un altar rodeado de banderas de diversos colores, con todos los candeleros de plata de la iglesia acomodados a cada lado; y el cura, con toda su vestimenta, bendijo solemnemente la máquina, rociándola por todas partes con agua bendita; mientras los padrinos, con grandes cirios de cera, que lo menos pesaban seis libras cada uno, seguían de cerca sus pasos. La ceremonia concluyó con la distribución de vino y pastelillos y con una descarga general de fuegos artificiales o cohetes, en cuyo estampido se complacen muy especialmente los indios, aunque, a medio día, su efecto mientras zumban por el aire se pierde totalmente en el esplendor de la luz solar.

Sentimos fuertemente el frío durante nuestra estancia en Tlalpujahua, y no menos en nuestro regreso a la capital. Salimos el 21 y viajamos a través de las montañas hasta la hacienda de Tepetitlán (cerca de siete leguas), donde fuimos muy cómodamente alojados por el administrador y su esposa, que nos dieron la bienvenida con esa fácil cortesía que ciertamente distingue a la raza española dondequiera que se encuentran sus descendientes. Las niñas hicieron este largo viaje a caballo sin experimentar la menor incomodidad: tanto se habían habituado a todas las posibles formas de viajar durante sus tres meses de recorrido. Le tomaron mucho apego a su gran coche, apego que persiste con toda su fuerza hasta el presente. Lo veían como si fuera su hogar, y en la mañana se mostraban impacientes porque llegara la hora de instalarse en él y verse liberadas de la monotonía de un cuarto oscuro y sucio. Tampoco habían sufrido en ningún otro aspecto: la niña mayor, una triste inválida cuando salimos de la capital, recuperó su salud y fortaleza durante el viaje; y en cuanto a la menor, se fortaleció tanto con la vida constante al aire libre, que su corpulencia y sonrosadas mejillas eran admiración de cuantos la veían. Hasta en Zacatecas, donde no se produjeron sentimientos de cariño hacia sus padres, fue visitada por varios frailes, que influyeron en el ánimo de su nana india para que los dejara besarla y cargarla en brazos; y en otros lugares ella y su hermana eran solicitadas por las gentes del pueblo, a cuyos deseos de verla Chapita siempre accedía, por miedo, según nos dijo, de que pudieran hacerles mal de ojo a las niñas si rehusaba.

Hallamos nuestro coche en Tepetitlán, a donde había llegado por la carretera ordinaria desde Tepetongo. El 22 salimos a las cinco de la mañana (hora en que el suelo estaba cubierto de una escarcha blanca y dura, y el agua con una capa de hielo) y seguimos por

Ixtlahuaca hasta Lerma, a donde llegamos sin otro accidente que la pérdida de dos mulas, que se soltaron mientras estábamos cambiando el tiro del coche, se dirigieron al río y, en realidad, se mataron por beber agua en exceso cuando todavía estaban calientes.

Salimos de Lerma el 23, cerca de las seis de la mañana, y llegamos a México a las tres, ya que nos retrasamos mucho a causa del coche, del que pensé que nunca llegaría a la cumbre de las Cruces. El placer de regresar a nuestro bello hogar después de una ausencia de casi tres meses fue realmente grande; y el contraste entre San Cosme y los infames alojamientos a que nos habíamos visto confinados por tan largo tiempo nos hizo considerarlo como poco menos que un palacio. Además, todos estábamos cansados de la constante locomoción, pues hicimos un promedio de treinta millas diarias durante todo el tiempo de nuestro viaje. Nuestros caballos, que habían empezado su expedición gordos y rozagantes, quedaron reducidos a huesos y pellejos; sin embargo, todos regresaron; ninguno de ellos se acabó tanto como para obligarnos a dejarlo; y muchos, tras de dos meses de descanso y forraje verde, recuperaron totalmente su buena estampa, lo que me permitió venderlos, a mi partida, con una pérdida insignificante. Entre las mulas el daño fue considerable, ya que muchas de mis nuevas adquisiciones resultaron malas; pero mi grupo original regresó indemne, a pesar de haber llevado sus cargas todo el día, sin uno solo de descanso.

En las páginas anteriores he tratado de incluir todos los detalles estadísticos importantes acerca de las partes de la Federación que visité durante mi recorrido por las minas (la Puebla, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Guadalajara y Valladolid), así como aquellos datos adicionales que, respecto a las provincias del norte, he juzgado más dignos de atención y crédito.

Unos cuantos detalles acerca de los estados de México, Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Yucatán, con algunas observaciones finales sobre las perspectivas generales del país, será todo lo que mis actuales informaciones me permitirán agregar y lo que admiten las dimensiones de mi libro.

El Estado de México, con una población de cerca de un millón de habitantes, está dividido en ocho distritos (Acapulco, Cuernavaca, Huejutla, México, Taxco, Toluca, Tula y Tulancingo). Abarca una gran proporción de minas valiosas, así como varios distritos célebres por la riqueza de su producción agrícola. Real del Monte, Chico, Capula, Zimapán, San José del Oro, el Cardonal, la Pechuga, el Rancho del Oro, Taxco, Tepantitlán, Zacualpan y Tetela

del Río se encuentran todas en el Estado de México; así como los valles de Toluca y Cuautla de Amilpas, los ricos llanos de Pachuca y la fértil vega de Tulancingo. La capital del estado es Texcoco, pues México ha sido declarada ciudad federal y fue escogida como residencia del presidente, del Congreso y de todas las altas autoridades de la Federación. Debido a esta decisión, el estado fue despojado de una porción muy considerable de sus rentas públicas, representadas por los derechos municipales colectados a las puertas de México; y la dificultad de recabar de inmediato un equivalente de estos derechos ha retrasado el pago de la deuda con la Federación, a la que, en 1827, todavía se debían 182 712 dólares. Pero los recursos del estado son tan grandes, que estos tropiezos no pueden ser de larga duración.

La asamblea legislativa está compuesta de diecinueve diputados, elegidos a razón de uno por cada cincuenta mil habitantes. Los distritos están colocados bajo la inspección de prefectos y subprefectos, uno de cuyos deberes es el de establecer escuelas en cada villa y hacer un censo, así como una encuesta estadística, en todo el territorio del estado. Pero debido a que la Constitución apenas se promulgó en febrero de 1827, estas providencias todavía no se han realizado.

Veracruz está dividida en cuatro departamentos: Veracruz, Jalapa, Orizaba y Acayucán. El departamento de Veracruz comprende cuatro cantones, con una población total de 63 106 almas (Veracruz, 29 987; Tampico, 20 785; Papantla, 7 981; Misantla, 4 353), distribuida a través de la tierra caliente de la costa en cincuenta y tres pueblos, rancherías o congregaciones. Las producciones de estos cantones consisten en maíz, frijol, arroz, algodón, azúcar, maderas preciosas (de todas clases, como caoba, ébano y cedro), zarzaparrilla, pimienta, hule y vainilla —que especialmente abunda en Misantla, donde se plantaron 20 mil raíces en 1826—.

El departamento de Jalapa está dividido en dos cantones, Jalapa y Jalacingo, que comprenden cuarenta y un pueblos y 53 061 habitantes. Orizaba abarca tres cantones (Orizaba, Córdoba y Cosamaloapan), con sesenta y tres pueblos y 84 148 habitantes. La población de Orizaba y Córdoba se dedica principalmente al cultivo del tabaco y del café. Asimismo, los pueblos tienen varias destilerías y una buena cantidad de colmenares, que día a día aumentan en importancia.

En el departamento de Acayucán existen tres cantones (Acayucán, Tuxtla y Huimanguillo), veintitrés pueblos y 33 354 habitantes. El algodón constituye la principal producción agrícola, y anterior-

mente la cantidad promedio anual cosechada era de veinticinco mil tercios (12 500 cargas). Esta cantidad se ha reducido ahora a cerca de 800 tercios, ya que no hay demanda para las manufacturas nativas y el algodón no tiene valor como exportación hasta que se instalen máquinas para limpiarlo y comprimirlo, que no se conocen en la actualidad. De su probable importancia futura ya he dado mi opinión en la Sección III del Libro Primero.

La población total registrada de Veracruz, de acuerdo con los anteriores datos, parece ser de 233 705 almas. Los ingresos, de octubre de 1824 a diciembre de 1826, ascendieron a 650 657 dólares, y los gastos, a 350 796 dólares.*

Del estado de Oaxaca no he podido obtener informes similares a los que he dado con respecto a otras partes de la Federación. La agricultura se ve grandemente favorecida por la clemencia del clima, que produce tanto cereales como caña de azúcar; pero poco se sabe acerca de las riquezas minerales de la provincia. El señor Glennie tiene muy alta opinión de las nuevas minas pertenecientes a la United Mexican Company en Teojomulco (cuarenta leguas al sur de Oaxaca); pero, en general, las minas en ese estado han sido explotadas con tan poca habilidad y se han distinguido por tan pocas bonanzas, que no puedo dar ninguna información positiva sobre ellas. Si hubiera permanecido otro año en México, ciertamente hubiera explorado todo el territorio de Oaxaca y particularmente la Mixteca, donde se cultiva la cochinilla. Los indios que se emplean en un cultivo tienen la reputación de ser de raza muy superior a las otras tribus de la Mesa Central. Sus mujeres son conocidas como las circasianas de México, y la mayor parte de las familias son opulentas, pues anualmente se gasta en la Mixteca un millón de dólares en la compra de cochinilla. Además de estas atracciones, Oaxaca posee el famoso ciprés de Santa María de Tule (villa a tres leguas al este de la capital de la provincia) y el palacio de Mitla. El primero tiene noventa y tres y medio pies ingleses de circunferencia y, sin embargo, no muestra los menores síntomas de decaimiento; y el segundo se puede considerar como el más singular monumento antiguo actualmente en pie en el Nuevo Mundo. Respecto a Mitla nada puedo agregar a los detalles dados por Humboldt en el segundo volumen de su obra sobre México ni a los grabados publicados en su *Atlas americano,* excepto las dimensiones de las piedras que cubren las entradas al salón principal. De acuerdo con las medidas tomadas por el señor Glennie

* Noticia estadística rendida al Supremo Congreso por el gobernador de Veracruz, don Miguel Barragán, el 25 de enero de 1827.

(a quien también debo las dimensiones del ciprés de Tule), las tres piedras más grandes tienen las siguientes dimensiones:

	Longitud	*Ancho*	*Espesor*
1.	19 pies 6 pulgadas	4 pies 10 pulgadas	3 pies 4 pulgadas
2.	18 " 8 "	4 " 10 "	3 " 6 "
3.	19 " 7 "	4 " 10½ "	3 " 9 "

Todas se hallan a siete pies del suelo, y los extremos de cada una descansan sobre losas que miden ocho pies seis pulgadas por seis pies nueve pulgadas, con cuatro pulgadas de espesor.

Yucatán y Tabasco son dos de los estados más pobres de la Federación. El primero abarca un área de 3 823 leguas cuadradas, y en sus diferentes partes se producen maíz, frijol, arroz, algodón, tabaco, pimienta y caña de azúcar, así como palo de tinte, cueros, jabón y otros artículos. Pero la sequedad de las partes centrales de la península, donde no se sabe que exista corriente de agua de ninguna clase, más lo incierto de la temporada de lluvias, hacen que las cosechas sean muy variables; y frecuentemente se presentan años en que las clases más pobres se ven obligadas a buscar su subsistencia recogiendo raíces en los bosques, donde se suscita una gran mortandad como consecuencia de la exposición a clima tan ingrato.

La población se calcula en 130 almas por legua cuadrada, o sea 496 990 en total. El territorio está dividido en quince departamentos: Bacalar, Campeche, Ichmul, Izamal, Isla del Carmen, Jequelchakan, Hunucmá, Lerma, Mama, Mérida, Oxhuzkab, Seyba Playa, Sotuta, Tizimín y Valladolid. Mérida es la capital.

Yucatán no tiene minas. Anteriormente había un intercambio activo con La Habana, a la que Yucatán abastecía de madera de Campeche, sal, cueros, pieles de venado, carne salada y henequén, planta de la cual se hacía una especie de hilaza (pita) que se transformaba en sacos, cuerdas y hamacas. Este comercio fue interrumpido repentinamente por la guerra; y como pocos extranjeros se han sentido inducidos a establecerse en Yucatán, los habitantes han obtenido pocas ventajas del reciente cambio de instituciones. Los ingresos del estado, en 1826, ascendieron a 213 127 dólares. Los gastos fueron de 207 199 dólares; de manera que había un pequeño superâvit en la renta pública.*

Tabasco está dividido en tres departamentos y nueve partidos:

* Memorias de estadística remitidas por el gobierno de Yucatán a la Cámara de Senadores en 1826.

Villahermosa, Usumacinta, Nocajuca, Teapa, Tacotalpa, Jalapa, Macuspana, Cundacán y Jalpa, que en total tienen cuarenta y ocho pueblos, sesenta y tres parroquias, quinientas cuarenta y tres haciendas y 54 862 habitantes. Durante la estación de lluvias, una gran extensión del territorio del estado queda inundada, y la comunicación entre los poblados se efectúa en canoas. Esta circunstancia es particularmente favorable al cultivo del cacao, que se supone es una planta indígena. Ahora se cultiva en grado considerable: en el año de 1825 se exportaron doce mil cargas (de 60 libras cada una). Junto con el cacao se cultiva también café, pero la exportación nunca ha excedido de tres mil quintales. En las márgenes de los ríos se encuentra en gran abundancia la pimienta de Tabasco (pimienta malagueta ollainada). El añil y la vainilla crecen silvestres, aunque hasta la fecha se les ha prestado poca atención; y el cultivo del tabaco, que parece el producto espontáneo del suelo, ha sido prohibido por decreto del 9 de febrero de 1824, en el que, para facilitar la organización de la renta del tabaco, se reservó el privilegio del cultivo de esta planta a los distritos de Orizaba y Córdoba.

Los ingresos de Tabasco en 1825 fueron de 40 134 dólares, y los gastos de 29 879; pero lo estimado para 1827, incluyendo el contingente y el establecimiento de una imprenta y de escuelas, ascendió a 49 415 dólares, que se esperaba cubrir de las rentas públicas.*

* Véase estadística remitida, etc., fechada en Villahermosa el 19 de junio de 1826.

B

[INFORME SOBRE LA PROVINCIA DE TEXAS]

LA PROVINCIA de Texas está situada entre los 27 y los 36 grados de latitud norte y los paralelos 94 y los 103 de longitud oeste. Tiene una superficie de unos ciento sesenta millones de acres ingleses. En la parte septentrional el clima difiere muy poco del sur de Europa, de Buenos Aires o del cabo de Buena Esperanza. En el sur, los colonos blancos de los Estados Unidos no experimentan efectos malsanos por exponerse al sol. Pocos países poseen tan gran proporción de tierra rica o son tan capaces de sostener una población densa.

La costa es baja, pantanosa durante la estación de lluvias, época en que se vuelve insalubre. Está rodeada por muchas islas separadas de tierra firme por estrechos canales. La más grande es San Luis o Galveston, cuyo extremo oriental abriga la bahía de ese nombre. La sigue en importancia la bahía del Espíritu Santo, que, debido a la frecuencia de los bajos, no puede ser visitada por barcos de más de ocho o diez pies de calado.

El anclaje es generalmente bueno, y conforme baja el nivel del agua, los barcos que se aproximan a la costa pueden guiarse enteramente por la sonda.

Pocos países tienen tantos ríos navegables, corrientes y riachuelos, como Texas. Sin embargo, excepto a lo largo de una parte de la costa y en las márgenes del río Rojo, cerca del Great Raft, no hay inundaciones que conviertan periódicamente en insalubre el distrito adyacente. La profundidad del agua en las barras en las desembocaduras de los principales ríos todavía no se determina exactamente, pero se cree que sea de sólo entre diez y doce pies. Sin embargo, el hecho de que una goleta con veintidós cañones haya recorrido veinte millas corriente arriba del río Colorado en el año de 1820, parecería probar que esta suposición es errónea; pero otra goleta, que entró en el Brazos en 1825, con dificultad pasó los bajos y se vio en inminente peligro debido a la fuerza de la corriente. A corta distancia de sus desembocaduras, los ríos son generalmente estrechos, profundos y despejados, con una corriente moderadamente rápida. Abundan en ellos los peces, a los que los colonos norteamericanos han dado nombres europeos: trucha, carpa, tenca, etc., aunque los que yo vi diferían radicalmente de los peces de los mismos nombres en Europa. El río Rojo también produce una especie de pez llamado pez caimán, tan voraz como el tiburón, que ha atacado a las personas mientras se bañan. El río mencionado es el más grande de Texas y por varios cientos de millas le sirve como límite con los Estados Unidos. Toma su nombre del color de sus aguas, que fluyen a tra-

vés de un suelo de rico migajón rojo, y desemboca en el Mississippi, como a 400 millas de la desembocadura de éste. Desde Nueva Orleáns hasta Natchitoches, 300 millas arriba de la confluencia de los dos ríos, una o dos veces por semana viajan buques de vapor; excepto durante el otoño, época en que una cadena de rocas impide que sigan más allá de Alexandria, 120 millas corriente abajo. Como 150 millas río arriba de Natchitoches, se encuentra el Great Raft; es decir, una acumulación de madera flotante, que por muchas millas forma una masa compacta en todo el lecho del río y obstruye la navegación, excepto cuando el nivel del agua es muy alto. Algunos barcos de quilla han viajado ya varios cientos de millas más arriba del Raft; y parece no haber duda de que, cuando se remueva este obstáculo, el río será navegable en muy considerable distancia, y de hecho, la creencia general es que lo será hasta Nuevo México. El gobierno de los Estados Unidos comisionó al capitán Birch, junto con otro oficial, para examinar detalladamente el Great Raft y determinar la posibilidad de removerlo o evitarlo. De acuerdo con su informe, parece que con sólo abrir un canal, a un costo estimado en 30 o 40 mil dólares, los botes podrían pasar a través del Chiodo —una cadena de pequeños lagos—, evitando no solamente el Raft, sino también una desviación de unas 100 millas. La mira del gobierno de los Estados Unidos era abrir un canal para comunicación con Nuevo México y para el comercio indígena.

Algunos ramos de este comercio han mostrado ser muy lucrativos, ya que, además de metales preciosos en pequeñas cantidades, se ha obtenido cobre, lana y cueros y pieles muy valiosos, a cambio de artículos de poco valor. Los indios necesitan muy pocas cosas: cuentas, espejos pequeños, pistolas y rifles comunes, un tipo de bayeta roja y azul llamada *strouding* por los norteamericanos, cuchillos, lesnas, bermellón y municiones. Son afectos con pasión a las bebidas, y harán cualquier sacrificio por conseguirlas; pero está prohibido por la ley proveerlos de ellas, porque en ellos actúan casi como un veneno, y han dado pie con no poca frecuencia a asesinatos y atrocidades. Los cueros y pieles que se pueden obtener —de búfalo, ganado bovino, caballo, pantera, leopardo, oso, venado, antílope, tejón, zorro negro, rata almizclera y castor— son de la mejor calidad.

Los ríos Brazos y Colorado de Texas son los que siguen en importancia al río Rojo. Ambos son navegables en una extensión considerable a partir de la costa; pero cerca de sus desembocaduras están sujetos a inundaciones ocasionales. El Guadalupe es apenas de menor importancia que los ya nombrados. El Nueces, el Trinidad y el San Antonio son también magníficas corrientes, casi iguales en tamaño al Sabina, que forma la frontera. El Navasoto, el Angulino, el Neckas, el San Jacinto y el Arroyo de Cedros son navegables en una gran extensión, excepto en ciertas épocas; y el Arroyo de la Vaca

(o río Lovelace), que penetra muy poco hacia el interior, tiene, según se dice, nueve pies de agua arriba de su barra. Los riachuelos y corrientes menores son innumerables. Como en Devonshire, casi cada valle tiene su corriente o riachuelo; y yo diría que la mayoría son perennes, a juzgar por los pequeños peces que observé en ellos.

Las tierras bajas que se extienden a lo largo de la costa están admirablemente adaptadas para el cultivo del arroz. En algunas partes se puede producir azúcar y en otras algodón, similar al de las Sea Irlands. La parte central de Texas es pradera casi llana, en la que abunda una vegetación muy exuberante; las márgenes de los ríos están llenas de bosques o flanqueadas por terrenos de ondulación suave y cubierto de árboles. Es muy considerable en ellas la profundidad del suelo de aluvión muy rico, y se producen algodón, trigo, cebada, centeno, maíz y todos los productos tanto de Europa como de climas más templados, en igual abundancia y perfección. Las praderas, en su estado natural, proporcionan un constante suministro de pastura excelente. Debido a su gran fertilidad, las márgenes del San Marcos fueron elegidas por los españoles para el establecimiento de una colonia, proyectada en 1804; y también los que han visitado las del Colorado y del Nueces hablan de ellas en términos muy elogiosos. En la parte más al noroeste del distrito montañoso de San Saba, el terreno es generalmente rocoso y estéril. Hacia el este hay también muchas colinas, cubiertas con abetos. Esta tierra es pobre, pero evidentemente produciría vino, ya que la vid crece ahí espontáneamente y en gran abundancia. Las hay de tres clases: dos son pequeñas y agrias, pero la uva de la otra, a pesar de tener cáscara gruesa, es grande y dulce. Dicen muchos colonos norteamericanos que el valle del río Rojo abarca algunos millones de acres que superan en fertilidad inclusive al famoso fondo del Mississippi, el valle del Roanoke o a cualquier tierra que se pueda encontrar en los Estados Unidos. Le han puesto por nombre Jardín del Oeste, y el algodón que ya produce excede en mucho al de Alabama, Tennessee o a cualquier otro, con excepción del de las Sea Island. En este punto debería hacer notar que cultivar algodón tiene una gran ventaja. Es posible emplear en cosechar algodón a niños que por su edad no pueden ocuparse de otra cosa, y a los nueve o diez años probablemente hagan casi tanto como un adulto. Cualquier especie de grano se da admirablemente en esta fértil comarca, y se cree que la caña de azúcar costilluda, recientemente traída de las Filipinas y que alcanza su madurez un mes antes que la de clase común, respondería bien aquí. En los valles se encuentra cedro rojo del tamaño más grande, así como gran cantidad de *bois d'arc,* del que los indios hacen sus arcos. Es de precioso color amarillo, susceptible del mayor pulimento, no pesado y muy resistente y elástico. Además de éstos, se encuentran árboles de todas las variedades que se dan en los Estados Unidos:

encino blanco, encino rojo, chaparro y encino alto (del primero se hacen duelas; en tanto que el último es tan resistente, duro y fuerte, que con frecuencia se le emplea en lugar del hierro, para hacer los tornillos de las prensas de algodón); junto con palo fierro, nogal americano y muchas otras maderas admirablemente adecuadas para trabajarse en torno. El arce es también muy valioso: después de hacérsele un agujero en el tronco durante la primavera del año, se le inserta un vertedero y se recoge el líquido, que posteriormente se evapora en un recipiente, hasta que espesa. Se sabe que un solo árbol ha dado ciento cincuenta libras de azúcar; la producción promedio diaria es de tres a cuatro o seis libras. Encontré su sabor muy agradable, pero no creo que sea tan dulce como el azúcar común. La predicción de Humboldt, de que los carruajes pasarían desde Washington hasta la ciudad de México, se ha cumplido. Los norteamericanos, en sus cómodos y ligeros *dearborne* o vagones Jersey, han pasado repetidamente desde los Estados Unidos hacia el interior de México. Los caminos se hacen muy fácilmente en Texas, ya que el territorio es llano o ligeramente ondulado. El desmonte cuesta muy poco trabajo; y a pesar de que los ríos son numerosos, por ser generalmente estrechos y profundos no presentan obstáculo difícil de vencer. El hecho de que el señor Couci, un francés emprendedor, con unos cuarenta compañeros más, casi todos compatriotas suyos, haya atravesado Texas en junio de 1826, con varias carretas grandes cargadas de mercancías, es la mejor prueba de la facilidad con que se vencen aquí todas las dificultades que generalmente se encuentran en una comarca nueva. El coche *dearborne* o Jersey, arriba mencionado, está adaptado admirablemente para viajar a través de terrenos donde los ríos y otros obstáculos naturales hagan necesario que cada objeto pueda reducirse rápidamente a un tamaño o un peso pequeños y se vuelva portátil. Se convierte en piezas con la mayor facilidad, y basta luego una balsa hecha con unos cuantos tablones o con grandes ramas de árboles para pasarlas a través de los ríos; o se pueden pasar progresivamente a mano sobre cualquier otro obstáculo.

Quienes han estado establecidos en Texas por algunos meses, realmente gozan de mayores comodidades (y además, de la oportunidad de obtener una magnífica propiedad) que cualesquiera otros labradores que yo conozca. Todos los vecinos tienen para con el recién llegado, siempre que su carácter sea intachable, un gesto de liberalidad y de hospitalidad que haría honor al pueblo más civilizado. Con sus hachas y bueyes de tiro, se congregan en el lugar que aquél haya elegido para residencia, cortan madera y le construyen una cabaña de troncos. Ésta consiste generalmente de tres apartamientos: uno para dormir y otro para comer, ambos cerrados por todos lados, más otro en el centro, que se deja abierto por ambos lados, en el que se guardan las monturas y las herramientas y se hacen las

comidas durante el tiempo de calor. La cocina (también una cabaña de troncos) generalmente está separada de la casa, como lo está el ahumadero, en donde se ahuma y guarda la carne. La cabaña de troncos no es de ninguna manera una residencia inconveniente; de hecho, algunas de ellas son amplias, limpias y durables, muy resistentes, y construidas para proporcionar protección contra cualquier inclemencia del tiempo.

Los animales salvajes qué se encuentran en Texas son: el búfalo o bisonte, conocido en esta región como *bonassus,* que entra en el invierno en grandes manadas a Texas desde el norte; la pantera, el leopardo, el oso, el ocelote, el castor, el antílope, el venado, el tejón, el zorro negro, etc. Abundan los guajolotes; hay dos especies de perdices; frecuentemente llegan cisnes en grandes cantidades, junto con inmensas parvadas de patos y gansos salvajes. La carne del búfalo, especialmente la joroba, es excelente, y por lo general es mucho más apropiada que la de res; también se considera que el pernil del oso es un gran bocado. Pero el animal más interesante es el caballo salvaje. Desde Berbería, el caballo árabe, trasplantado a España, pasó al Nuevo Mundo, y dejado en libertad por los primeros colonos europeos, pobló las ricas planicies de Texas con innumerables manadas. El *mustang* o caballo salvaje no es generalmente grande ni pesado, pero tiene casta; está bien hecho, es resistente, activo, y si se le captura joven, es muy dócil, aunque cuando se le presenta la oportunidad tiende a reunirse con sus hermanos salvajes. Predominan los pintos, castaños, alazanes y bayos. Su defecto es la suavidad de sus cascos, muy frecuente debido a que los caballos crecen en suelo blando; en tanto que, en todo México, los que crecen sobre suelo duro y rocoso tienen una solidez de cascos que hace innecesario el uso de herraduras, aun para las patas delanteras; las patas traseras raramente se hierran. La manera de capturarlos es semejante a la usada en la India para capturar elefantes salvajes. Se hace un corral lo suficientemente grande —con estacas, troncos y ramas de árboles— para contener una manada; la entrada es estrecha, pero gradualmente se ensancha hacia afuera, y un caballo especialmente amaestrado conduce o desvía hacia ese lugar a una manada. He visto casos en que un potrillo así capturado se apega a un amo cuidadoso mucho más de lo que haya podido observar antes en un caballo.

De las muchas tribus de indios que tienen residencia fija o que vagan por ciertos distritos de esta vasta región, los comanches son, con mucho, los más numerosos. Su ocupación principal es la caza del búfalo, al que siguen hacia el norte durante el verano por las vastas llanuras situadas entre los manantiales del río Rojo, del Arkansas, del Bravo del Norte y del Missouri. En el invierno, cuando la nieve obliga a las innumerables manadas de estos animales a buscar un clima más propicio, los indios depositan entre las montañas de San

Saba los cueros que han obtenido, y persiguen a los búfalos hasta las fronteras de Coahuila. En esas temporadas, con no poca frecuencia han cruzado el río Bravo del Norte, han matado a los ganaderos y se han llevado el ganado de diversas partes de los distritos adyacentes. Ocasionalmente, también se han aventurado a atacar las haciendas y caseríos, llevándose a los habitantes, algunos de los cuales, según se informa generalmente en todo Coahuila, han sido vendidos como esclavos en la frontera con los Estados Unidos. La causa principal de estas atrocidades es el tráfico inicuo llevado a cabo por algunos fronterizos, habitantes del estado de Louisiana y de sus alrededores, que animan a dichos indios y les compran los frutos de sus robos. También los convierten en enemigos más peligrosos suministrándoles armas de fuego y municiones. Sin embargo, el establecimiento de un cónsul mexicano en Natchitoches servirá como freno a este mal; y se le pondrá fin completamente cuando se establezca una población adecuadamente reglamentada en Punta Peccan y sus alrededores, que es donde se efectúan ahora todos los contactos con los comanches.

Estas expediciones son emprendidas casi invariablemente en la luna nueva, cuando la obscuridad de las noches ayuda a la sorpresa o facilita la retirada; en tanto que la siguiente luna llena permite a los indios llevarse el ganado y los caballos, objetos principales de sus incursiones. El gobierno español consideraba estos males como de menor magnitud que los que probablemente se pudieran producir en caso de que se dieran los pasos necesarios para reprimirlos, ya que se haría demasiada luz sobre la situación de estos vastos territorios. Sin embargo, durante los últimos dos años se han adoptado medidas suficientemente enérgicas, y habiendo pasado algún tiempo, en 1825, en la vecindad inmediata de la escena de las devastaciones anteriormente cometidas, estoy convencido de que no será tarea difícil reprimirlas para siempre.

De hecho, el jefe de las muchas tribus que solicitaron tierras para establecerse en la parte oeste de Texas dijo al gobierno mexicano que sus guerreros estaban preparados, al mando de un líder mexicano, para atacar a los comanches y arrojarlos al Bolsón de Mapimí o reducirlos a la sumisión, con la condición de que una parte del territorio que ocupan se entregara a los vencedores. Y no puedo dudar de su éxito, ya que los rifles y cierto conocimiento del arte de la guerra adquirido durante sus luchas contra los norteamericanos contrarrestarían con ventaja tanto el arco como el valor mal dirigido de los comanches.

Si de una tribu nómada pudiera decirse que tiene una residencia, la de los comanches sería el distrito montañoso de San Saba, que atraviesan tanto en primavera como en otoño, y donde ocasionalmente dejan a sus familias durante sus largas expediciones. Estos indios

Generalmente cazan al búfalo con arco y flecha, y entrenan sus caballos para darle alcance por su flanco derecho. Algunas veces persiguen al animal, y pasando por su flanco izquierdo, lo hieren con un hierro agudo (en forma de media luna) en el tendón de la pata derecha, con lo que el búfalo cae hacia el otro lado del caballo; algunas veces también lo cazan con rifles. Sin embargo, el olfato del búfalo es tan agudo que sólo es posible aproximársele contra el viento; es tímido mientras no está herido, pero, cuando lo está, su impetuosidad es irresistible y repite sus ataqùes hasta que cae. Como es activo y muy poderoso debido a su gran tamaño, la carga de un búfalo viejo se describe como tremenda. El largo e hirsuto pelo que cubre su cabeza y su pecho le da una apariencia terrible al embestir de frente contra cualquier cosa que perciba (frecuentemente el humo de un rifle), resoplando y bufando con un ruido ensordecedor. En caso de descubrir y derribar a su antagonista, lo hiere con sus cuernos y lo pisotea hasta que (si él mismo está fatalmente herido) cae muerto a su lado. Los cuernos del búfalo son cortos, pero muy agudos, aunque gruesos en su base. Por ser muy negros y duros, son muy apreciados para hacer copas y para otros propósitos. La carne, cuando el animal está gordo, es excelente, especialmente la de la joroba; las pieles, cubiertas de pelo excesivamente grueso y casi parecido a la lana, se usan mucho en la parte norte de los Estados Unidos, especialmente como cobija al viajar en los trineos ,sobre el hielo o la nieve. Los indios dan a estas pieles una suavidad y flexibilidad mayores que las que se pueden dar a las del venado o inclusive al ante de Europa. Según creo, este es el proceso seguido: después de curtida con zumaque y tanino, la piel se restira sobre un hoyo en el suelo y se ahuma; también se talla con los sesos del animal y con alumbre. Después se le pintan cuadros, diamantes y otras figuras similares, con colores muy durables.

Hasta el año de 1823, exceptuando las tribus de indios salvajes, no había habitantes más que en el pueblo de San Antonio de Béjar y en su vecindario inmediato; en el fuerte de la bahía del Espíritu Santo y en los alrededores de Nacogdoch. El número total escasamente llegaba a tres mil almas. Se habían dado a otros tantos individuos muchos pequeños títulos de tierras cerca de los ríos Sabina, Nechas y Angulino, pero casi todas ellas permanecían desocupadas. Las primeras personas que tomaron medidas eficaces para poner en práctica por cuenta propia extensos planes de colonización en Texas fueron el señor Austin, habitante de Louisiana, y el coronel Milam. El primero, después de viajar por este vasto territorio cerca de la costa, se estableció en el punto que se encuentra entre los ríos Brazos y Colorado, donde obtuvo del gobierno español un título muy extenso. Dificultades financieras debidas a la quiebra de gran parte de los bancos de los estados del oeste, aunadas a la

revolución, lo privaron de cosechar los frutos de sus esfuerzos. Su hijo mayor, Stephen Fuller Austin, heredó los títulos y el infatigable y emprendedor espíritu de su padre, quien murió por el año de 1820 o 1821. En 1823, obtuvo del primer Congreso Independiente el reconocimiento del título; y a pesar de que las inundaciones, que no hay manera de prever, han dañado seriamente en dos ocasiones a la reciente colonia, tiene el mérito de haber logrado poblar esas soledades y proporcionado a una cantidad de familias industriales una amplia subsistencia, así como los medios de adquirir no solamente comodidades sino riquezas. Los colonos de sus tierras son todos norteamericanos; sin embargo, es de justicia decir que últimamente, cuando unos cuantos de sus conciudadanos proclamaron a Texas independiente de México (el plan Freedonia), su conducta y la de sus compañeros probó su fidelidad al gobierno de su país adoptivo: Austin se ofreció, a la cabeza de todos los que se hallaban capacitados para tomar las armas, a acudir a la defensa del legítimo gobierno. Esta colonia tiene por vecinas a algunas pequeñas tribus de indios, cuyos pillajes ha sido necesario castigar frecuentemente. El coronel Benjamín Milam, dotado por la naturaleza de una voluntad férrea y un espíritu de empresa propio de los habitantes de los estados del oeste de América, se asoció con las tribus indígenas a fin de explotar las partes más meridionales de esta extensa región. Luego estuvo comprometido en la guerra que dio a México su Independencia; y su valor, actividad, celo, y amor por la libertad hicieron que avanzara rápidamente. Viendo que las tierras en la margen suroeste del río Rojo eran, en todos aspectos y con mucho, las más valiosas de Texas —y de hecho, según lo declaran él y todos aquellos que las han examinado, muy superiores a las de cualquier parte conocida de los Estados Unidos— se decidió a establecerse allí. No logró obtener un título en esa región, pero tuvo éxito en la solicitud que hizo para uno en el río San Marcos, precisamente en el lugar donde anteriormente el gobierno español tenía intenciones de establecer una colonia.

La colonia a que se alude aquí debería haber consistido en unas 3 mil personas, y se confió a la dirección de un oficial muy inteligente, el general Grimarest. Pero cuando se preparaba a zarpar de Cádiz, tuvo lugar la captura de las cuatro fragatas españolas, en 1804; y las hostilidades subsecuentes hicieron impracticable el plan. Las tierras destinadas a recibirlo, las más ricas y mejor situadas de todo Texas, se otorgaron ahora principalmente a colonos de los Estados Unidos; únicas personas que han examinado el país y, puede decirse, casi las únicas que lo han visitado, excepto en tránsito momentáneo. Ha afluido de los Estados Unidos a Texas una parte tan considerable de la población de los distritos adyacentes, que ahora hay cuando menos diez veces más habitantes de los que había hace

sólo cuatro años: de hecho, tan sólo de uno de los territorios vecinos (Arkansas), según me lo ha asegurado uno de los hacendados más respetables, han salido 16 mil personas, de un total de 46 mil, a fin de establecerse acá. A lo largo de una parte muy considerable del camino que va de Natchitoches a San Antonio de Béjar, se encuentran en gran abundancia, y a precio menor, mejores alojamientos y provisiones, que en muchos de los principales caminos de España. La hospitalidad de todos es de lo más meritorio, y el precio usual de cada comida (que consiste casi invariablemente en carne de puerco, huevos, tocino, mantequilla, tortillas calientes, café y, a veces, venado y otras carnes) es de sólo un chelín (dos reales). Este país fácilmente podría absorber la totalidad de la población excedente de la Gran Bretaña, formando un núcleo con el establecimiento de alrededor de cien agricultores industriosos, que, después del primer año, podrían abastecer con grano por lo menos a un número diez veces mayor; el ganado, especialmente el porcino, crece muy rápidamente en los bosques, casi sin atenciones ni trabajos. Por consiguiente, cada año sucesivo permitiría, proporcionando un sustento mayor, triplicar cuando menos el número de colonos.

Evidentemente, la naturaleza ha dotado a Texas de las ventajas comerciales que ha negado a casi todas las otras partes de México; pocos países, si es que acaso hay alguno, están más convenientemente situados para llevar a cabo un extenso y lucrativo comercio exterior y doméstico. Sin duda, el principal producto de exportación ha de ser el algodón, que se da abundantemente y sólo es superado en calidad por el de las Sea Islands. Como el capital empleado para cosecharlo es muy poco considerable, los colonos texanos podrán venderlo en los mercados extranjeros a menor precio que todos sus competidores. Sus magníficas tierras, cultivadas con mano de obra libre y barata, casi no cuestan nada; en tanto que el norteamericano y el antillano necesitan pagar intereses por la gran suma empleada en la compra de propiedad y esclavos, sujeta a muchas contingencias. Al desmontar las tierras se obtendrá carbonato de potasio impuro y puro. Texas abastecerá a las Antillas con madera de construcción, alimentos salados, harina y todas las cosas que ahora piden a los Estados Unidos, por lo menos de igual calidad y a menor precio què lo que aquí puede obtenerse; también se exportarán mulas y caballos a Cuba y a las Antillas. Tanto Texas como Coahuila abastecen ya de ambos a los estados del sur de los Estados Unidos; pero especialmente de mulas, que a veces se embarcan en el Brazos de Santiago, cerca de la desembocadura del Río Bravo del Norte, pero más generalmente se envían por tierra. Se cree que Texas pueda prestarse para el crecimiento de los borregos merinos, tanto por su clima como por la extensión de su tierra no cultivada, en donde se pueden dejar pacer en libertad. Los norteamericanos han

importado lana de Coahuila, pero se me ha informado que, aunque la fibra es larga, el producto no es de buena calidad y tiene un cardillo cuya extracción requiere mucho trabajo. Esta última desventaja no se encuentra en Texas, excepto probablemente entre las montañas de San Saba, ya que en todo México he podido observar que, donde el terreno es árido, abundan cardillos y plantas espinosas de toda clase, aunque donde el agua es abundante raramente se les encuentra. Los pantanos, el agua estancada y la vegetación putrefacta, aunados a las enfermedades que se presentan por los miasmas de los pantanos, hacen de una gran parte de la región meridional de los Estados Unidos algo muy parecido a un desierto malsano. Una circunstancia que no me ha tocado observar en ninguna otra parte aumenta en sumo grado las inundaciones, verdaderas causas de estos males. El terreno es tan parejo, que no solamente se desbordan los ríos más considerables, sino que, por su reflujo hacia las corrientes tributarias más pequeñas, producen el mismo efecto a ambos lados en una distancia muy considerable. Me di cuenta más especialmente de esto al subir por el río Rojo: una corriente del Mississippi subía por él, a poco menos de cien millas. Por su parte, casi todos los ríos de Texas están encajonados y casi nunca producen inundaciones perjudiciales a la propiedad o a la salud, excepto cerca de sus desembocaduras. Sin embargo, durante la estación de lluvias hay en los ríos de Texas crecidas suficientes para hacer navegables aun los afluentes menores y proporcionar oportunidades para conducir a la costa los productos del interior por transporte de agua. Texas está limitado por el lado occidental por las áridas montañas de San Saba y por elevadas llanuras que sirven únicamente para proporcionar pastura a los búfalos y otros animales salvajes (el Bolsón de Mapimí). Por el lado sur están Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y San Luis Potosí, que, a pesar de ser excesivamente fértiles en algunas partes, tienen grandes extensiones de tierra en donde la esterilidad del suelo y la falta de agua siempre reducirán la población a un número muy limitado. Por tanto, se le puede considerar en gran medida como un oasis, y siempre deberá tener influencia considerable sobre la suerte de los distritos circundantes.

[WAVEL]

INDICE GENERAL

Estudio preliminar 7
Prefacio 20

Libro Primero

Sección I 29
Límites, estructura geológica, clima 29

Sección II 42
Población 42

Sección III 50
Producciones. Las necesarias para el consumo de los habitantes y las calculadas para la exportación 50
Maíz 50
Cereales 52
El banano 56
Pan de mandioca 57
Arroz 57
Olivos 57
La vid 57
Chile o *capsicum* 58
Maguey 59
Producciones coloniales 62
Azúcar 62
Café 68
Tabaco 71
Añil 71
Cacao 72
Algodón 73
Vainilla 74
Jalapa 75
Cochinilla 75
Cera 77

Sección IV 80

Sistema colonial español 80

Libro Segundo

Sección I 99

Efectos producidos por los sucesos del año 1808 en la Península 99

Sección II 114

Comienzo de la Revolución en México, desde 1810 hasta la muerte de Morelos 114

Sección III 148

La Revolución desde la muerte de Morelos hasta 1820 148

Sección IV 175

La Revolución desde 1820 hasta 1824. El ascenso y la caída de Iturbide 175

Libro Tercero

Sección I 191

Forma actual de gobierno. Cómo está compuesto 191

Sección II 204

La armada y el ejército de México en 1827 204

Sección III 212

Religión. Estado de los establecimientos eclesiásticos en México. Número de obispados. Del clero secular y regular. Rentas. Influencia. Efectos producidos por la Revolución. Extranjeros: su posición 212

Sección IV 239

Rentas públicas de México. Sus fuentes y cantidades antes de la Revolución. Estado actual y perspectivas 239

Sección V 268

Reflexiones sobre el comercio de México. Su anterior importancia y su probable importancia futura. Cómo ha sido afectado hasta ahora por la Revolución 268

Libro Cuarto

Las minas de México. Observaciones generales. Tema, división del tema 311
Primera sección 312
Segunda sección 312
Tercera sección 312
Cuarta sección 313

Sección I 314

Sección II 339

El sistema minero de México antes de 1810; cambios ocurridos desde esa fecha hasta 1823, cuando por primera vez se pensó en las compañías extranjeras. El número de estas compañías establecidas en México en la actualidad, con una relación de sus gastos. Extensión de las actividades en que se encuentran ocupadas, dificultades que han tenido que enfrentar; sus progresos, más particularmente durante mi residencia en México, y su situación en 1827 339

Sección III 370

De si los grandes capitales remitidos a México e invertidos en las minas por súbditos británicos y por cuenta de Inglaterra tienen probabilidades de producir dividendos adecuados a la inversión; y dentro de qué período puede esperarse razonablemente que estos dividendos sean bastante considerables para que la producción general del país vuelva a ser igual o, en última instancia, exceda a la cantidad anual promedio obtenida de las minas antes de 1810 370

Sección IV 397

Algunas observaciones generales acerca de México como país minero; con un examen de la probabilidad de que sus tesoros minerales le permitan multiplicar sus relaciones comerciales con Europa y pagar el interés de cualquier préstamo allí contraído. 397

Observaciones adicionales 408

Libro Quinto

Narración personal 415

Sección I 415

Primera visita a México en 1823. Viaje de Vera Cruz a la capital 415

Sección II 441

Estancia en la capital y regreso a la costa 441

Sección III 461

Segunda visita a México en 1825. Estado de la Puebla. Descripción de Huehuetoca y Texcoco. Ruta a Cuautla de Milpas 461

Sección IV 489

Preparativos para viajar por México. Viaje a los distritos mineros de Tlalpujahua 489

Sección V 501

Diario de un viaje a los distritos mineros de Zimapán, San José del Oro, La Encarnación, El Chico, Capula y Real del Monte 501

Sección VI 525

Visita a las minas de Temascaltepec, Angangueo, Tlalpujahua y el Rancho del Oro 525

Libro Sexto

Sección I 541

Principio del viaje al interior. Estado de Querétaro. Celaya. El Bajío. Guanajuato; minas de las dos compañías ahí establecidas. Rentas y recursos del Estado 541

Sección II 576

Camino de Guanajuato a San Luis Potosí. Hacienda del Jaral. Estado de San Luis Potosí. Camino a catorce minas de ese distrito 576

Sección III 607

Viaje de Catorce a Sombrerete. Minas de ese distrito 607

Sección IV 624

Viaje de Sombrerete a Durango. Relación de dicho estado. Minas de Guarisamey y la Sierra Madre en general. Frontera oriental, Texas. Estados de Sonora y Sinaloa. Golfo de California. Mazatlán y Guaymas. Minas de Arizpe, Álamos, Mulatos y Cosalá. Observaciones generales sobre el norte de México 624

Sección V 659

Regreso de Durango a Sombrerete. Zacatecas. Minas de Veta Grande y de la United Company. Camino a través de los estados de Guadalajara y Valladolid, por Ozumatlán y Tlalpujahua a la capital. Una relación sobre los estados de México, Veracruz, Oaxaca, Yucatán y Tabasco 659

Sección VI 708

Regreso a Inglaterra por los Estados Unidos. Carácter de los criollos. Sentimientos en el país con respecto al sistema actual. Conclusión 708

ÍNDICE GENERAL

APÉNDICES

A. Detalles de un viaje de Altamira a Catorce 727
B. [Informe sobre la provincia de Texas] 743
C. Notas sobre el Estado de Sonora y Sinaloa 753

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES 781

GRABADOS EN MADERA 781

Esta obra se terminó de imprimir el día 27 de abril de 1981 en los talleres de Editorial Melo, S. A., Avenida Año de Juárez 226-D, México 13, D. F. En su composición se emplearon tipos Baskerville de 10:11, 10:10 y 8:9 puntos. El tiro fue de 3 000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de *Víctor Adib.*

BIBLIOTECA PUBLICA
DEL
ESTADO DE JALISCO